NOVELA DEL CLAN

Gangrel

GHERBOD FLEMING



VAMPIRO
LA MASCARADA

Durante siglos los vampiros de la Camarilla han preservado la Mascarada, una compleja danza de engaños, mentiras y manipulaciones que oculta sus actividades nocturnas a los ojos mortales. Pero la ofensiva del Sabbat está barriendo la Costa Este y la Camarilla estadounidense está sitiada. Y, para empeorar las cosas, es activado el Ojo de Hazimel, una reliquia antiquísima y horriblemente poderosa…

Esta serie es una monumental exploración en trece novelas autoconclusivas con historias independientes, cada una de ellas, del mundo prohibido de los Vástagos. Lo que comenzó Novela del Clan Toreador continua en esta nueva entrega, cuyo final determinará el destino de todos los seres humanos (e inhumanos) del mundo.

Gherbod Fleming

Gangrel

Novelas de clan - 03

ePub r1.1

TaliZorah 03.06.13

Título original: *Clan Novel: Gangrel*
Gherbod Fleming, 1999
Traducción: David Alabort
Ilustración de la portada: John Van Fleet
Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0



PRIMERA PARTE:
«PIEDRA»



Miércoles, 7 de julio de 1999, 12:34 am[1]
Una vivienda en Harlem, ciudad de Nueva York

Silencio. O al menos lo más parecido al silencio que Zhavon podría oír jamás. El verdadero silencio era algo que ella no reconocería. Aun en mitad de la noche, había coches a lo lejos. Y quizá disparos, pero no le molestaban a menos que sonasen realmente cerca. Incluso podía bloquear los sonidos que llegaban de su misma calle, un borracho, o una prostituta, a veces las dos cosas: una mujer tirada y sin rostro que quizá fue bella alguna vez (aunque era difícil imaginarlo), pero consumida por las drogas y el interminable juego de las pollas musicales hasta no quedar de ella más que un flaco conjunto de colores chillones y ángulos agudos, tetas y codos, lápiz de labios y tacones altos.

Aquellos ruidos eran el sonido de fondo de la vida. Zhavon los hubiese echado de menos si hubiesen desaparecido.

Casi no oía ya las pisadas y los gritos de los niños de los Hernández escaleras abajo. Estaban acostados, y la casi calma de la noche había caído a regañadientes sobre el edificio de apartamentos.

Los sonidos en particular que Zhavon se esforzaba por oír no estaban presentes. La siguiente habitación estaba en silencio. Mama se había acostado. Media hora más tarde, como cada noche, se había levantado para tomar un vaso de agua y volver a acostarse. Había pasado una hora desde entonces: si aquélla fuera a ser una de las noches sin sueño, el televisor ya estaría encendido. No muy alto, porque Mama no querría despertar a Zhavon, pero con unas paredes lo bastante finas como para que ella pudiese oír los movimientos de quien estuviese al otro lado, los anuncios llegaban tan claros como el día. Pero no aquella noche. Mama estaba dormida: debía levantarse temprano a la mañana siguiente y coger el metro para irse a trabajar.

Zhavon se vistió en silencio. Quizá Mama quisiese gastar sus noches durmiendo, pero su nenita no iba a hacerlo.

Nenita, un cuerno, pensó.

Ya había cumplido los quince y era toda una mujer. Algunas amigas suyas ya habían tenido bebés. Pero aquello no era la vida que le esperaba. Ni hablar. Nada de eso. Había visto lo que tragaban sus amigas, acarreando niños gritones o dejándolos con una tía o una prima para poder salir de vez en cuando. No tenía nada contra los bebés, pero exigían un montón de tiempo y de dinero.

Al menos Mama tenía un trabajo. No iba a quedarse sentada pudriéndose con la asistencia social, y tampoco Zhavon. Iba a terminar el colegio. Algún día tendría un trabajo y un bebé, pero no todavía.

Por supuesto, aquello no significaba que los chicos estuviesen vedados.

La ventana abierta era una invitación. El maltrecho aparato acondicionador de aire había dejado de funcionar. Sí, goteaba y hacía ruido, pero aquello era todo. El aire no quedaba muy acondicionado. Con su siguiente paga, Mama podría comprar un ventilador, pero por el momento Zhavon no tuvo problemas para deslizarse por la ventana, después de comprobar la escalera de incendios para asegurarse de que el señor Hernández no estuviese sentado abajo.

Algunas noches, sobre todo cuando hacía verdadero calor, él se sentaba allí y bebía cerveza. En aquellas ocasiones Zhavon podía oler el humo de los cigarrillos y oír el tintineo de las chapas de las botellas cuando caían rebotando por las escaleras de hierro hasta la calle. El señor Hernández no estaba aquella noche, pero el resplandor azul del televisor llegaba desde su apartamento.

Zhavon bajó con cautela hasta la ventana de los Hernández y atisbó entre las gastadas cortinas que colgaban pesadamente. El señor Hernández estaba dormido en el sofá. Su mujer estaba sentada junto a él, viendo la tele. La señora Hernández, como Mama, era guapa, pero se trataba de una belleza cansada. Cuatro bebés habían consumido a la mujer puertorriqueña, le habían absorbido la vida, pero a pesar de los ojos hundidos, su rostro era todavía delgado y atractivo, de nariz pequeña y pómulos altos. Era afortunada de no tener ninguna cicatriz de los tiempos en que el señor Hernández bebía demasiado y la golpeaba. No ocurría con mucha frecuencia, pero cuando pasaba, Zhavon y Mama lo oían como si estuviesen allí.

Demonios, todo el bloque lo oye, pensó. La última vez había sido la peor. Tan alto que Zhavon pensaba que podía sentir el puño del hombre. Mama se había hartado, y

aunque Zhavon intentó detenerla, había bajado para decirle que si iba a golpear de nuevo a su mujer, antes primero que pegarle a ella. Al oír el intercambio de gritos, Zhavon temió que lo hubiese hecho, pero al cabo de un rato el hombre salió maldiciendo y con un portazo. Todo había estado bastante tranquilo desde entonces.

Agazapada en la escalera de incendios, reparó en las botellas de cerveza casi vacías a sus pies. Cogió una: no había colillas dentro, así que echó un trago. Intentó evitar una mueca —*¡Sabe a pis!*— pero no tuvo éxito. Sus amigos siempre se burlaban de aquello cuando Alvina escamoteaba unas cuantas latas a su padre.

Todavía preguntándose cómo podía gustarle aquello a nadie, Zhavon volvió a dejar la botella en su sitio, pero el cristal golpeó la escalera metálica. En el silencio de la noche, el ruido le sonó como el camión de la basura recorriendo el callejón a las seis de la mañana. Se echó hacia atrás, apartándose de la ventana, y contuvo el aliento. Su corazón latía con furia. Esperó durante lo que pareció una eternidad, tan quieta que pensó que se había meado encima.

No ocurrió nada. La cháchara del televisor siguió adelante, y la luz azul continuó saliendo por la ventana. No había señales de que nadie hubiese oído la botella, pero Zhavon seguía sin estar segura. Volvió a acercarse a la ventana y atisbó el interior.

El señor Hernández no se había movido. Seguía muerto para el mundo, con la cabeza recostada en el sofá. Pero su esposa parecía más alerta que antes: había inclinado la cabeza a un lado y escuchaba con atención.

¡Lo ha oído! comprendió Zhavon. Se quedó completamente rígida, temiendo moverse, temiendo respirar.

Por fin, la señora Hernández, al parecer convencida de que lo que había oído no era uno de sus hijos, devolvió su atención al suave zumbido de la tele. Su marido se removió en sueños, y ella le apartó con cariño un mechón de pelo de la frente.

Zhavon soltó un largo y discreto suspiro. Sólo para asegurarse, esperó unos pocos minutos más —le parecieron horas— antes de echar una nueva mirada para comprobar que la señora Hernández no estaba en guardia: la mujer volvía a estar tan absorta como antes.

Cuatro niños en un apartamento de un dormitorio, pensó Zhavon, meneando la cabeza con incredulidad. El suyo era del mismo tamaño y resultaba insuficiente para Mama y ella, y eso que Mama le cedía el dormitorio y dormía en un sofá cama. Volvió a menear la cabeza. Pero era la vida de la señora Hernández, y ella tenía la suya propia.

Los dos último tramos de la escalera de incendios pasaban junto a una pared sin ventanas y terminaban a unos tres metros por encima del callejón. Desplegar el final de la escalera haría demasiado ruido, así que Zhavon se colgó del último escalón y se dejó caer. Más tarde treparía por el canalón de desagüe para volver sobre sus pasos. Era bastante atlética y coordinaba bien sus movimientos, pero falló al aterrizar y tuvo que agarrarse para no caer de culo. Un dolor agudo y punzante atravesó su mano derecha.

—¡Oh, mierda! —gritó y susurró a medias.

Levantó la mano para ver una chapa de cerveza clavada a la palma. Debía de haber estado en el suelo, con el borde hacia arriba. Zhavon se la arrancó, y la sangre salió del anillo de pequeños pero profundos agujeros. Se sintió más enfadada que dolorida al tirar la chapa contra la pared y mirar hacia la ventana de los Hernández.

Apestoso riqueño *borracho*.

No había nadie en el callejón, nadie que hubiese podido verla u oír su grito al herirse en la mano. A pesar de todo, Zhavon permaneció agazapada y miró con cuidado a su alrededor. A veces, aun cuando estaba sola en su dormitorio, tenía la sensación de que alguien la observaba. Por un momento volvió a sentirse así. Pero sabía que no había nadie.

Zhavon volvió a pensar en lo que le había hecho salir aquella noche.

Adrien.

Sólo pensar en él envió un estremecimiento por su columna vertebral. Era alto y estupendo, y no llevaba los pantalones a punto de resbalársele del culo. Vale, ella le había dado una bofetada el otro día cuando intentó meterle mano, pero era porque quería respeto por parte del hombre, no porque no lo desease. Pero Zhavon no iba a dejarle que se escurriese entre sus pantalones tan fácilmente, todavía no. Conocía el cutre club que él frecuentaba: tampoco era lo bastante mayor para entrar, pero su hermano trabajaba en la puerta, y mientras no hubiese polis cerca y nadie armase broncas, ¿a quién le importaba?

Zhavon se volvió hacia la derecha, apartándose de la calle principal y adentrándose en el callejón. Le quedaban unas veinte manzanas por recorrer, y no quería llamar la atención de nadie que pudiese pasar en coche a aquella hora… poli o chulo. Había multitud de callejones entrecruzándose por los bloques, y ella era lo bastante silenciosa y rápida como para eludir a cualquiera que pudiese suponer un problema. Se habría ido, avanzando o retrocediendo, antes de que detectasen siquiera

su presencia.

Intentó pensar en lo que iba a decirle a Adrien cuando le viese. No quería que se le subiese a la cabeza ni que pensase que estaba desesperada por él, pues no era así. ¿Pero entonces por qué estaba cruzando media ciudad para verle? No iba a creerse de ninguna manera que ella hubiese salido y parado allí simplemente para conseguirle una cerveza a su culo menor de edad. Tenía que pensar en algo. Podía verle riendo, y la forma en que brillaban sus ojos. Zhavon había visto cómo miraba a otras chicas. Quería que también la mirase así a ella, pero no que fuese un hombre que primero la agobiase, después pasase de ella y al final saliera de su vida. Era lo que le había pasado a sus amigas. Los chicos se arremolinaban a su alrededor como perros tras una hembra en celo, pero cuando habían conseguido lo que querían, se marchaban hasta la siguiente ocasión en que les picasen los huevos. Zhavon no quería que fuese así.

Se detuvo, apretándose contra la pared, cuando el callejón dio a una calle más ancha. Un coche viejo y maltrecho circulaba por ella. Zhavon pudo distinguir las siluetas de dos personas y la resplandeciente brasa de un cigarrillo colgando de la boca de una de ellas. No parecieron verla cuando el coche pasó junto a la muchacha. Volvió a mirar, y cruzó la calle corriendo, y después parte de la manzana hasta llegar al siguiente callejón. Ya había recorrido siete u ocho bloques, casi la mitad del camino.

Unas pocas semanas antes, Zhavon había mencionado el nombre de Adrien a Mama, que se había despachado con «ese aprendiz de pandillero, drogata y robacoches». Mama dijo que conocía a su madre, y que Adrien podía estar criándose en un fumadero de crack. Dijo que ni siquiera el buen Señor podía hacer que aquella manzana cayese muy lejos del árbol.

—¡Pero ni siquiera le conoces! —había insistido Zhavon—. Siempre estás diciendo que hemos de ser caritativos con la gente.

—Sí le conozco —había respondido Mama—. Conozco a su *tipo*. ¿Por qué te crees que tu padre ya no aparece por aquí? Seré caritativa con Adrien, de acuerdo. Seré caritativa cuando se deje caer por la iglesia en vez de vender drogas y perseguir chicas.

Pero Mama estaba equivocada. Zhavon reculó ante la idea de las dos gritándose una a otra. No solían discutir. Antes, al menos. Pero últimamente parecía haber más peleas cada día. Pero sólo se debía a que Mama era tan cabezota como falible.

—Si eres tan lista, ¿cómo es que te matas a trabajar y seguimos siendo pobres y viviendo en este sitio apestoso? —Aquello repuso Zhavon, y deseó no haberlo hecho

apenas las palabras salieron de su boca.

Mamá había explotado.

—¡Lleva tu pobre persona a la cama ahora mismo! ¡No digas ni una palabra más! ¡Ni una, o…! —Pero aquella noche Zhavon había oído llorar a Mama, aun por encima del sonido de la tele.

¡Pero está equivocada! Zhavon seguía aferrándose a aquello. Mama no siempre podía saber lo que era bueno para ella. Tenía claro lo que estaba haciendo. Eso era lo que pensaba cuando dobló la esquina y se topó con un hombre flaco aparentemente salido de la nada.

Zhavon soltó un gañido de sorpresa. Pero el hombre, como comprendió ella mientras la cogía, no estaba nada sorprendido. Una sucia mano se apretó contra su boca con la suficiente fuerza como para que Zhavon no pudiese morder. El hombre la levantó hasta que sólo las puntas de sus zapatos rozaron el suelo, y la arrastró hasta el oscuro callejón. Con la mano que no tenía puesta sobre la boca de Zhavon, le agarraba el pecho, apretando y estrujando sus senos. Ella intentó morderle de nuevo. Estaban demasiado cerca uno del otro para poder agarrarle las pelotas, así que levantó la mano libre para arañarle los ojos.

Entonces oyó otro ruido… el de una navaja al abrirse. Pero el hombre que la sujetaba no llevaba cuchillo. Zhavon percibió un movimiento en las sombras a su derecha. Había alguien más.

Por un instante, pensó que quizá alguien le prestaría ayuda, que le clavaría aquel cuchillo al bastardo de manos sucias que la sujetaba, pero entonces vio la torcida sonrisa del hombre bizco que salió de las sombras.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué tenemos aquí, Reggie?

La luz brilló sobre la hoja de su navaja.

Reggie no contestó, pero rió y palpó con más fuerza cuando Zhavon dejó de debatirse. Ella pudo sentir su dureza apretada contra sus nalgas.

—Así está mejor —dijo el bizco—. No queremos problemas, ¿verdad?

Acercó la punta del cuchillo a la cara de Zhavon, trazando suavemente una línea desde la barbilla hasta el cuello. El corazón de la chica latía tan fuerte que pensó que iba a explotar y salírsele por las orejas. El hedor y el sabor de la mugrienta mano abrumaba sus sentidos. Mientras Reggie hurgaba bajo su blusa y el bizco se afanaba con su cinturón, empezó a sentir que su estómago se rebelaba. Si vomitaba, quizá Reggie apartase la mano. O quizá no, y ella se ahogaría con su propio vómito.

El cuchillo punzó su piel en la clavícula. El bizco estaba cada vez más excitado, y se descuidaba. Había bajado la mano hasta sus pantalones, sondeando, pero Zhavon tenía las rodillas apretadas. Frustrado por su resistencia, le dio un puñetazo en el ojo. Las luces bailaron en la oscuridad, y la fuerza desapareció de sus piernas. Mientras el bizco tironeaba de sus pantalones, el cuchillo se hincó más profundamente en el hombro de Zhavon.

Las luces se despejaron y Zhavon se retorció. El súbito movimiento cogió a sus agresores con la guardia baja, pero no tanto como para que Reggie la soltase. El bizco maldijo y volvió a darle un golpe en la cara. La oscuridad se cerró sobre ella, y apenas fue consciente de que tenía los pantalones bajados hasta las rodillas. Reggie le había arrancado el sujetador y frotaba un pezón entre sus dedos. Zhavon pudo sentir su fétido aliento y sus babas quemándole el cuello.

No me matéis, rogó mientras las luces bailaban para ella. *No me matéis*. ¿Pero por qué iban a violarla y dejar la viva para llamar a la poli?

—Mama… —Zhavon oyó su propia voz. Reggie le había soltado la boca y estaba aferrando su ingle mientras el bizco se ocupaba de su propia bragueta.

De pronto, en un rugiente destello de movimiento, el bizco desapareció. Su cuchillo calló al suelo, y pudieron oír su grito de dolor y miedo.

—¿Qué demonios…? —Reggie aflojó la presa justo lo suficiente para que Zhavon pudiese escurrirse. La chica giró y cayó de rodillas, y después le golpeó en la ingle con todas sus fuerzas.

Reggie se dobló y cayó al suelo, donde se quedó boqueando. Zhavon se apartó de él. Su visión volvió a enturbiarse y las luces la rodearon de nuevo.

Dios querido… Dios querido… Dios querido… Notaba la aspereza del pavimento bajo su cadera desnuda. Se hizo un ovillo, apretando la destrozada blusa contra su pecho. A unos pocos metros, el bizco había dejado de luchar. La noche estaba llena de salvajes gruñidos y el sonido de ropas… ¿o piel?… rasgándose. Un perro rabioso. Zhavon creyó ver el destello de unos caninos. Aquello se lanzó sobre Reggie, que empezó a gritar. Pero el grito se extinguió rápidamente, perdido entre los gruñidos y chasquidos.

Zhavon sabía que debía levantarse y correr. El perro caería sobre ella en cualquier momento. Pero no podía moverse. Su voluntad se había retirado a lo más profundo de su ser. No podía hacer más que abrazarse las rodillas, meciéndose adelante y atrás mientras llamaba a Mama. El callejón estaba girando. Tenía el sabor de la mano de

Reggie en su boca, en su lengua. Se estremeció cuando la sangre del hombre salpicó su cara desde unos metros de distancia. Oyó unos gemidos… Segundos y minutos corrían juntos. Sintió unas manos sobre ella. El bizco tiraba de sus pantalones. Reggie la agarró por el pecho, levantándola del suelo. ¿Pero no se habían ido? No me matéis… Dios querido…

—No me matéis.

Luces danzantes. Oscuridad. Dando vueltas.

Los ojos de Zhavon se abrieron, confusos. Hierro oxidado. Escalera. Salida de incendios. Y vio un rostro, una chica no mucho mayor que ella misma (*¿es sangre lo que hay en su cara?*) arrodillada sobre ella en la oscuridad. La chica sostenía la mano de Zhavon… estaba besándola… no, *lamiendo* su palma.

Oscuridad de nuevo.

Pero entonces Zhavon abrió los ojos, y era por la mañana. La primera luz rosada del amanecer era visible, y la ciudad ya estaba caliente y pegajosa.

Le dolía todo: la cabeza, el hombro, el pecho, las piernas… Pero estaba en casa, echada junto a su ventana. Estaba viva.

Apartando la mano derecha del pecho, recordó la primera y con mucho la menor herida de la noche, pero el anillo de pequeñas punzadas de la chapa había desaparecido.

Miércoles, 7 de julio de 1999, 9:39 pm
El Bronx, ciudad de Nueva York

Agua. Goteando. Ramona abrió los ojos, pero la oscuridad tras sus párpados reflejaba la oscuridad del exterior. ¿Hacia dónde era arriba, y hacia dónde abajo? Un agudo dolor en el cuello le dijo que había pasado demasiadas horas hecha una bola, pero no se movió. Escuchó el gotear del agua. Un *plink* a lo lejos. Después le seguiría otro. El intervalo entre ambos se extendió hasta el infinito. ¿Cuánto tiempo llevaba tumbada allí? Las orejas de Ramona se alzaron. Podía esperar la siguiente gota durante horas. Era la depredadora definitiva. La paciencia combaría el tiempo a su voluntad. Imaginó, en algún lugar a kilómetros de roca y hielo sobre ella, los rayos del sol abriéndose paso entre las espesas nubes para jugar sobre la cegadora superficie de un glaciar. Aun bajo el mordiente viento, se formó una gota de agua que, prisionera de la gravedad, recorrió su camino entre grietas y aberturas. Abajo, abajo. ¿Horas? ¿Días? Se aferraba a la cara inferior de un bloque de piedra sobre el vacío, se alargaba, se contraía, empezaba a caer, volvía a unirse a la roca. Por fin, quedaba libre. Cayendo, cayendo…

Allí estaba. El distante *plink* de la gota de agua.

Ramona apretó un botón de su reloj, y una pálida luz verdosa iluminó el pequeño espacio. Gotas de agua. O quizá anticongelante. Leyó los números de la pantalla digital. Veintiocho segundos.

—Mierda. —La depredadora definitiva, desde luego.

Se acercó las rodillas hasta el mentón —sólo unos centímetros más—, y con una precisa patada doble abrió de golpe el maletero. El coche de Ramona estaba en la parte más baja del montón de chatarra, así que no tuvo que saltar demasiado para llegar al suelo.

Torres de metal dentado y retorcido la rodeaban casi por todas partes. Había angostos senderos como cañones entre la chatarra que partían en diversas direcciones. Mientras Ramona se estiraba y bostezaba, costras de sangre seca cayeron de su boca.

Casi en cuanto sus pies tocaron el suelo, los ladridos comenzaron en algún lugar al otro lado del depósito. El sonido se acercó rápidamente a través del laberinto de trastos, hasta que los dos rottweilers, con los colmillos desnudos y las bocas llenas de saliva espumeante, aparecieron por la esquina más próxima a Ramona.

—Buenas, chicos.

Al instante, los perros se callaron y se echaron al suelo, temblando y lamiéndose la espuma de las fauces. Ramona rascó a Rex tras la oreja. Rover, que según había visto ella antes, tenía un mal caso de garrapatas, gruñó apreciativamente cuando se arrodilló junto a él para lamerle la oreja rosada. Rex y Rover. Ramona los había bautizado así por los atributos de una puta a la que había conocido, cuyos «perros gemelos de hocico rosa» siempre se habían mostrado felices de saludar a un cliente.

Ramona se sintió tentada de enroscarse con los chicos y pasar una velada tranquila. Tenía la barriga llena, así que no necesitaría alimentarse durante varias noches. Pero tras la noche anterior, sentía una vaga inquietud. Probablemente tendría que ver a Jen y Darnell, pero la idea no era muy excitante. Todavía insegura de lo que quería hacer, dio una última palmadita a los chicos y se alejó entre las pilas de coches.

Dejó que sus pies tomasen un camino cualquiera, y con un fácil salto sobre el alambre de espino que coronaba la valla, entró en la jungla más grande que había al otro lado. Ramona conocía poco de Nueva York, y no se preocupaba por aprender más. Qué diferente era su visión de la ciudad de la que hubiese tenido sólo dos años antes. Ese barrio o aquel otro, nombres de calles y vecindarios… todo eran distinciones sin sentido del mundo de la luz diurna. Había una lección esencial que había aprendido mucho antes de asentarse en Nueva York: *Cuidado*. Las permutaciones eran muchas.

Cuidado con el sol: quema la carne.

Cuidado con la falta de sangre: el hambre tomará el control.

Cuidado con el exceso de sangre, su visión y su olor: el hambre, de nuevo, tomará el control.

Cuidado con los de tu propia especie: están por todas partes.

Aun vagando sin rumbo fijo, Ramona estaba alerta. Sabía lo bastante como para no descuidarse, y poco más. Mientras caminaba por las calles sin nombre, los mortales

que se dedicaban a sus propias vidas no le preocupaban. ¿Pero quiénes eran de verdad los mortales que aparentaban ser, y quiénes eran como ella? Sin forma de saberlo, Ramona procuraba mantenerse apartada de todos ellos. Recordaba la banda de Los Ángeles que ella había tomado por mortal, y cómo habían reído sus miembros cuando hubiesen debido huir a la carrera. Recordaba a la *cosa* entre el mezquite en Tejas, y lo cerca que había estado de no escapar.

Ramona cruzó la calle para evitar la luz y la actividad de una casa de empeños. Desde lejos, observó al empleado en la cabina a prueba de balas, al hombre negro que usaba el teléfono público. ¿Eran lo que parecían ser o algo más? La curiosidad de Ramona no pudo con ella, y siguió su camino. Pero un cambio en la ligera brisa llamó su atención. Un olor tenue, vagamente familiar. Sus fosas nasales lo captaron sólo por un momento antes de que desapareciese.

Conozco ese olor, se dijo. ¿Pero de dónde salía, y qué era?

Se puso en pie y husmeó el aire, pero la brevemente provocadora brisa ya estaba muerta en la pegajosa noche de verano.

Conocía aquel olor. *¿Qué es?* intentó recordar.

De pronto, Ramona se volvió hacia la derecha, contra el viento, y se lanzó en aquella dirección. Si el viento no cooperaba, encontraría la fuente del olor por sí misma.

Fue dejando atrás un bloque tras otro. Observaba la calle, manteniéndose alerta al olor que rastreaba. Probablemente, los mortales que pasaban en sus coches no la veían. Se movía con una velocidad que hasta poco tiempo antes le había sorprendido incluso a ella.

Tras seis manzanas, se detuvo de nuevo y volvió a husmear el aire. El olor había desaparecido, o estaba enmascarado por las abundantes capas de hedor de la ciudad. Ramona estaba segura de que podría captarlo si estuviese allí.

Se quedó varios minutos, olfateando con desgana. Nada.

Quizá, empezó a pensar, sólo estuviese reaccionando excesivamente al entorno. Nueva York ofrecía cientos de nuevos olores cada noche, y la potencia de su sentido del olfato seguía sorprendiéndola a veces, incluso después de dos años.

Aparte del enigmático y posiblemente imaginario olor, Ramona se dio cuenta de que estaba en un vecindario familiar. La ruta de su vagabundeo había sido involuntaria, pero no se sorprendió. La noche anterior. Aquella misma. Muchas noches antes. Había pasado por aquellas calles en particular muchas veces desde su

llegada a la ciudad.

Olió la sangre a dos manzanas de distancia. No hizo que el ansia saliese aullando a la superficie, pues estaba llena, y la sangre no era fresca. Pero el olor era más claro a cada paso. Nadie se había molestado en limpiar el pavimento. Ramona oyó el zumbido de las moscas antes incluso de doblar la esquina y pasar agachada bajo la cinta de la policía. Aquellos dos hombres no serían llorados. Las huellas ensangrentadas denunciaban la despreocupación e indiferencia de la policía.

Ella no había planeado salvar a la chica. De hecho, Ramona la había seguido a distancia y se había encontrado, en medio de la caza. Había acechado en silencio, esperando el mejor momento para atacar. No importaba que no estuviese hambrienta, que no necesitase alimentarse. Su instinto cazador se había vuelto muy fuerte… casi demasiado para ser ignorado.

La noche anterior había sido la que más cerca había estado Ramona de perder el control, pero no era la primera vez que había observado a Zhavon durante la noche, o escuchado desde el exterior mientras la chica bromeaba o discutía con su madre.

Sabe discutir, tuvo que admitir Ramona.

De hecho, la primera vez que se fijó en la chica, justo tras el anochecer varias semanas antes, Zhavon se había visto envuelta en un pequeño altercado. Estaba con algunos amigos en una esquina cerca de su casa, hablando con un chico más o menos de su edad. Ramona los observaba sin ser vista desde una terraza al otro lado de la calle. El chico estaba haciendo el tonto, poniendo el brazo en torno a Zhavon, y entonces avanzó un poco más y le metió mano. La bofetada que le dio la chica resonó como un tiro en el silencio de la noche. Ramona había reído, contemplando cómo retrocedía el avergonzado muchacho. Aún podía ver el fuego en los ojos de Zhavon, el crudo desafío.

Antes de aquella noche, Zhavon había sido como cualquier otra de los millones de personas de la ciudad, pero, desde entonces, Ramona le había prestado una especial atención, volviendo noche tras noche. ¿Cuántas veces… diez, veinte? No podía decirlo con exactitud. Había vuelto esperando ver aquel destello de bravura en los ojos de Zhavon, oírlo en su voz. Incluso en sus horas de sueño, el sereno movimiento de su pecho al respirar parecía un desafío a cualquiera que se opusiese a ella. Haría frente a todo lo que hubiese allí fuera en el mundo.

La diferencia era que la noche anterior Zhavon había probado un poco de lo que realmente había allí fuera en el mundo.

Ramona tenía una idea bastante más clara que Zhavon de lo que había fuera —ella misma era parte de ello, a fin de cuentas—, pero también tenía preguntas, preguntas sobre el instinto cazador, sobre la sed de sangre que casi había tomado el control mientras seguía a Zhavon por los oscuros callejones. Había sido mientras se debatía con aquellos impulsos depredadores de cazar y alimentarse cuando habían atacado los otros cazadores.

Zhavon se había metido directamente en la trampa que habían tendido para ella, y cuando Ramona vio a su presa cobrada por otros, una oleada de rabia —no de hambre, aunque procedía del mismo sitio— la había inundado: se encontró saltando sobre ellos. Sus colmillos desgarraron el cuello del que tenía un cuchillo… no sólo buscando sangre, sino rasgando la carne, dejando una herida abierta. Y después el otro.

La sangre de los hombres la había apaciguado, calmando su rabia, el frenesí que era casi tan fuerte como podía ser el hambre. Mientras tanto, Zhavon se había quedado llorando en el suelo. Ramona había tomado a la histérica muchacha en sus brazos, viendo su rostro antes desafiante retorcido por el miedo y la desesperación. Su invulnerabilidad se había resquebrajado, exponiendo a la víctima que había debajo. Ramona lo había visto, y había comprendido.

Ramona inspiró profundamente el aroma de la sangre sobre el pavimento. Pensó por un momento que podía ver a los dos hombres caídos ante ella, con los ojos en blanco, pero era sólo la falsa memoria de la sangre en su interior, como el picor fantasma de un miembro amputado…

Por segunda vez aquella noche, Ramona se dio la vuelta y corrió, casi antes de darse cuenta de que estaba haciéndolo. Sus piernas la llevaban hacia delante a largas zancadas, más poderosas de lo que hubieran parecido capaces.

Rehizo sus pasos de la noche anterior, esa vez sin llevar carga. Pocos minutos después se encaramó sin problemas a la familiar escalera de incendios, subiendo por sus escalones.

Ramona atisbó por la ventana abierta. Sus ojos recorrieron la oscuridad del interior hasta encontrar a Zhavon, dormida en su cama. El suave murmullo de un televisor en otra habitación flotaba en el aire. La chica descansaba en silencio. La piel ya oscura de su rostro estaba magullada y entumecida alrededor de los ojos y la boca. Había una toalla húmeda en el suelo junto a la cama. A pesar del calor y la humedad, Zhavon se había subido la sábana hasta el cuello, como si el fino algodón pudiese

protegerla del daño.

Quédate dentro sí quieres estar a salvo, pensó Ramona, pero ella más que nadie sabía demasiado bien que no había verdadera protección.

Jueves, 7 de julio de 1999, 2:15 am
Una vivienda en Harlem, ciudad de Nueva York

Zhavon abrió los ojos, pero seguían llenos de sueño. Había vuelto a soñar con la chica: más o menos de su edad, quizá un poco mayor; delgada pero musculosa; una piel suave y varios matices más clara que la de Zhavon; pelo corto, rizado y enmarañado. ¿Y de verdad podía recordar que a veces tenía sangre en la cara? Pero no aquella noche.

Mama no se había acostado aún. Zhavon podía oír la tele. Pensó soñolienta que si no hubiese estado tan magullada y asustada, Mama la hubiese azotado hasta dejarla sin sentido por escaparse. Pero tal y como estaban las cosas, habían pasado la mayor parte del día en el hospital, y después con la policía. Empezó a darse la vuelta, pero estaba demasiado dolorida. Cara, cuello, hombros, brazos, pecho, pelvis, caderas… magulladuras por todas partes.

Zhavon se envolvió en la sábana y miró por entre los hinchados párpados. Todo estaba como antes de dormirse, salvo por el hielo de la toalla, que se había fundido. Intentó sacudirse la inquietante sensación de que alguien la observaba. La habitación estaba vacía. La escalera de incendios estaba vacía. Echó la cabeza hacia atrás y escuchó el reconfortante sonido de la tele al otro lado de la pared hasta que volvió a quedarse dormida y soñó con la chica.

Jueves, 15 de julio de 1999, 1:21 am
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

La sensación de la plumilla de bronce de su pluma sobre el papel alivió un poco la tensión de Johnston Foley. La escritura era satisfactoria, incluso con aquel papel de grano tan moderno. Aunque la experiencia era muy inferior a la de usar sus plumas de ave rituales sobre auténtico pergamino —realmente no había comparación posible— proporcionaba la consoladora familiaridad de la disciplina. De hecho, la lista a la que Johnston estaba añadiendo entradas era un puro ejercicio de disciplina, pues no *necesitaba* una lista. Su memoria era infalible. Pero se había convertido en una criatura de listas con el paso de los años. Para él, habían sido inicialmente una forma de establecer el orden en un mundo donde la entropía estaba siempre dispuesta a aprovechar el menor fallo en la guardia para llenar el vacío. Aun después de que sus facultades hubiesen progresado más allá del punto en que las listas *per se* eran una necesidad en sus complejos y exigentes estudios, había proseguido y redoblado sus esfuerzos por imponer el orden… aquel orden perfecto que era un reflejo de su mente y espíritu tan disciplinados. Y su inamovible perseverancia no había pasado inadvertida a sus superiores.

Johnston se detuvo al terminar la siguiente entrada de su lista —levantando la pluma del papel, para que la tinta no se acumulase produciendo una letra imperfecta— y se felicitó por su firmeza en los propósitos. Era una pequeña vanidad, lo reconocía, pero se la permitía de forma consciente, y mediante aquella consciencia de su propia naturaleza anulaba aquella flaqueza, una entre muy pocas, relegándola a un inofensivo nicho en su ordenada psique.

Johnston se enorgullecía mucho, aunque no en exceso, de su atención al detalle y la organización —había sido un buen presbiteriano en sus días mortales—. Su

escritorio estaba despejado, salvo por el tintero y el papel que estaba usando, y todo su pequeño estudio, aunque repleto hasta el límite de su capacidad de estanterías, vasos de precipitados, instrumentos alquímicos y demás, estaba inmaculadamente ordenado. Cada libro, cada vial, cada pergamino arcano tenía su sitio, del que sólo salía cuando Johnston necesitaba usarlo, y al que volvía de inmediato.

Un golpe sonó de pronto en la puerta del estudio.

—Adelante —dijo Johnston, permitiendo que el desagrado se distinguiese en su voz. La llamada llevaba diez minutos de retraso.

Jacqueline, Tiruncula Tertia del Clan Tremere, entró tímidamente en la habitación. Era una mujer madura, una antigua académica cuyas facciones traicionaban constantemente el tormento de alguien acostumbrada en su vida mortal a hablar autoritariamente a los estudiantes, pero que ahora se veía obligada a aceptar órdenes de prácticamente todos los demás miembros del clan vampírico que la había elegido. Era obvio que no encajaba bien aquel abrupto cambio. Pero su satisfacción o la falta de la misma no era nada que interesase a Johnston.

—Llegas tarde —dijo secamente.

—Estaba ayudando a Aaron con una tarea —respondió ella, con la mirada gacha.

—¿He pedido una explicación?

—No.

Johnston entornó los ojos.

—¿Y es así como te diriges a un superior?

Jacqueline se envaró, reparando en su violación de la etiqueta.

—No, Regens Secundus.

Johnston hizo una pausa y puso la pluma en el tintero, dejando tiempo a la aprendiza para que reflexionase sobre su error. Parecía adecuadamente contrita, aunque una Aprendiza Iniciada del tercer Círculo hubiese tenido que dejar ya atrás aquellos descuidos con el decoro. Era una situación difícil cuando las capacidades de un aprendiz excedían su entendimiento de su posición —pues Jacqueline había demostrado sin lugar a dudas su ilimitado potencial— pero los Tremere no podían permitirse grietas en la armadura de disciplina que había permitido sobrevivir tanto tiempo al clan a pesar de los esfuerzos de incontables enemigos. Johnston tomó nota mental de hacerla azotar más tarde, y de aconsejar a la Regens Quinta Sturbridge la eliminación de Jacqueline si el problema persistía.

—No toleraré familiaridades de un subordinado —dijo por fin, haciendo otra

significativa pausa.

—Sí, Regens Secundus.

Cuando Johnston consideró apropiada la cantidad de angustia mental sufrida por la aprendiza, le entregó la hoja de papel que había sobre su escritorio.

—Aquí está la lista de materiales que necesito para cierto ritual la semana que viene —dijo—. Asegúrate de que estén preparados en mi laboratorio el día 22 al amanecer.

Jacqueline estudió la lista. Un momento después, Johnston alargó de nuevo la mano: ella, comprendiendo el significado del gesto, le devolvió el papel a regañadientes.

—Eso es todo. —Johnston la observó mientras salía de la estancia. Estaba satisfecho por el breve destello de alarma que había visto en sus ojos cuando le devolvió la lista. Le había dejado bastante tiempo para memorizarla. Si olvidaba algo, sería su error, y le sería tenido en cuenta. Por supuesto, Johnston no iba a dejar que su posible incompetencia interfiriese en el ritual: la fecha tope del día 22 al amanecer le dejaba tiempo más que suficiente para inspeccionar el trabajo de la aprendiza y hacer todos los ajustes necesarios. El hecho de que en última instancia él sería el responsable de los fallos de sus subordinados tampoco era algo que pasase por alto.

Se levantó con la lista en la mano y pasó al laboratorio, una habitación contigua llena también de mesas, estantes, balanzas para distintos tipos de materiales, más libros, y multitud de otros objetos cuidadosamente apiñados. La angosta naturaleza de sus cámaras —incluyendo su *sanctum*, poco más que un armario empotrado— era una fuente de cierta irritación para Johnston. Sabía que sus aposentos no eran una ofensa dirigida contra él, pero a pesar de todo el asunto resultaba molesto. Así era la no vida en la Capilla de los Cinco Distritos. La ciudad de Nueva York estaba tan disputada por la Camarilla y el Sabbat, que la energía de todos los Tremere presentes era necesaria para la defensa, y había poco tiempo que dedicar a la expansión o la comodidad material. Así había sido durante muchos años.

Johnston supuso que podía olvidar la cuestión de sus cámaras. Después de todo, su asignación a la capilla no era algo fortuito. Había sido aquella misma situación inestable la que le había llevado allí. No importaba que hubiese podido estar dirigiendo cualquier otra capilla a la que le hubiesen enviado. La de los Cinco Distritos era una de las pocas capillas con dos regentes: él mismo como regente *júnior*, y su superior, Aisling Sturbridge. No era la política normal del clan, pero con el

Sabbat tan cerca, aquélla tampoco era una capilla normal. Al fin y al cabo, Sturbridge había sido una regente *júnior* antes de que su superior fuese atrapado por sorpresa por el Sabbat más allá de las defensas de la capilla. Aisling había heredado el mando: que Johnston tuviese el mismo golpe de suerte, recibiendo un ascenso largamente merecido, no era algo imposible.

Así que intentaba, con un éxito no completo, mantener su resentimiento en un nicho apropiado en el fondo de su mente. Probablemente las cámaras de Sturbridge no fueran más espaciosas que las suyas, aunque nunca había sido invitado allí. Otro aspecto del problema de la falta de espacio era la masificación. A causa del peligro Sabbat en el exterior de la capilla, y especialmente más allá de los límites de Manhattan, había más aprendices residentes en la capilla de lo normal. Aquello provocaba trabajar y existir más estrechamente de lo que Johnston hubiese preferido con neófitos como Jacqueline, Aaron y los demás.

La capilla, encajada como estaba en la parte de la Camarilla de la ciudad, compensaba con valor estratégico lo que le faltaba en espacio físico. «Hay un espacio limitado entre Barnard College y el río Harlem», le había dicho Sturbridge la única vez que él se aventuró a mencionarle lo estrecho de sus habitaciones. La inmediata desestimación por parte de la regente de su comentario le había disuadido de preguntar por qué la capilla no se expandía en otras direcciones.

En su laboratorio, Johnston se volvió hacia el modesto cofre de madera, no más grande que un joyero, que contenía el sujeto del ritual cuyos preparativos había encargado a Jacqueline. El único adorno del cofre, un grabado de madreperla en la tapa en forma de *fleur-de-lis*, relucía suavemente. Johnston puso la mano sobre el adorno y sintió el ligero calor que desprendía.

Bien, pensó. *Sigue activo*.

Con mano firme y experimentada, abrió la tapa y miró el contenido, que tan ocupado le había tenido últimamente. En el interior revestido de fieltro había una piedra semipreciosa, no mayor que una canica. Se trataba de un cuarzo finamente pulido, de un turbio rojo oscuro salvo por dos círculos negros en puntos opuestos, que a Johnston le recordaban a los polos en un globo terráqueo. La superficie negra en lo más alto, el «polo norte», era suave y perfecta. El rojo a su alrededor formaba una impoluta espiral descendente. El «polo sur», a diferencia del resto de la piedra, era un poco áspero, aunque Johnston no distinguía ninguna disposición concreta en los puntos más elevados. Nunca había esperado que la piedra fuese tan intrigante.

Sturbridge se la había entregado varios años atrás, esperando que hiciese experimentos con ella, pero la piedra no había sido considerada de alta, ni siquiera media, prioridad. Irradiaba un aura mágica de algún tipo, pero era algo que también hacía un asombroso número de baratijas y falsos artefactos que habían acabado en posesión del clan Tremere. Johnston había hecho algunos experimentos preliminares con escasos resultados, dejando la gema a un lado con la aquiescencia de Sturbridge. Raramente había vuelto a pensar en ella, y en tales ocasiones lo había hecho en términos despectivos, una piedra semipreciosa que ocupaba un precioso espacio en sus estantes.

Pero todo había cambiado tres semanas atrás.

Después de disciplinar a uno de los aprendices, Johnston había entrado en su laboratorio, encontrando no sólo roto el sello que había puesto sobre el cofre como medida de precaución, sino la tapa abierta. La gema estaba prácticamente ardiendo con una energía sobrenatural… ¡una energía asombrosa! Johnston nunca había imaginado que la gema pudiese tener tal potencial. Y cuando se hubo repuesto de su sorpresa, disponiéndose a examinarla… había vuelto a quedar inactiva. Había indicios de energías residuales, por supuesto, pero no eran nada comparados con lo que había percibido momentos antes.

Así que se había visto forzado a seguir un patrón de atenta espera. Había comprobado la gema varias veces cada noche, sellando de nuevo la tapa tras cada inspección. Nada cambió en semanas, aparte de las energías residuales que fueron desapareciendo. Pero la noche anterior, la gema había vuelto de pronto a la vida, y esa noche seguía en activo, tal y como revelaba el resplandor de la madreperla. Para el ojo inexperto no había ningún cambio, pero Johnston pensó que casi podía oler la abrasadora energía.

Tomó la lista que había mostrado a Jacqueline, poniéndola en un brasero sobre su mesa de trabajo, y acercó una cerilla al papel. Los bordes se curvaron y ennegrecieron. Johnston ya no necesitaba la lista; había hecho que Jacqueline se la devolviese por una mera cuestión de principios. Antes de que el papel ardiese del todo, cogió una larga vela púrpura de un estante cercano y acercó el pabilo a la llama. Una vez encendida la vela, Johnston se volvió hacia el cofre y empezó el encantamiento adecuado. Lentamente, pasó los dedos de su mano izquierda a través de la llama de la vela. No se quemó ni sintió la menor molestia.

Habiendo preparado la vela, empezó a acercarla despacio y con firmeza al cofre.

Cuando la vela estaba todavía a unos treinta centímetros de la gema, la llama vaciló y se apagó, como si hubiese sido extinguida por una ráfaga de viento. Pero no había viento, ni la más ligera brisa.

Johnston repitió el ritual menor, y de nuevo una fuerza invisible apagó la vela a la misma distancia del cofre. Asintió con alegre satisfacción.

Cuatro centímetros más lejos que anoche, pensó. *¡Se está haciendo cada vez más fuerte!* Si la potencia seguía aumentando a aquel ritmo, tendría que adelantar su ritual varias noches… ¿y no distraería aquello a Jacqueline?

Pero era el tipo de decisión que no debía tomar hasta que Sturbridge regresase a la capilla. Había sido llamada a una reunión del concilio en Baltimore… algo relacionado con la reciente agitación del Sabbat en el sur. Como si la Capilla de los Cinco Distritos no tuviese bastantes dificultades sin que el resto de la Camarilla llegase suplicando ayuda. Además, cuando pasase el peligro los demás clanes volverían a ponerse en contra de los Tremere.

Johnston devolvió la vela a su sitio y cerró el cofre. Seguiría observando la gema. Era el tipo de progreso que podía hacer que sus superiores del clan le otorgasen su propia capilla. Una en la que tuviese suficiente espacio para trabajar.

Jueves, 15 de julio de 1999, 11:44 pm
Una gruta subterránea

La vacilante bombilla de la lámpara del escritorio creaba un efecto estroboscópico en el pequeño oasis de luz. La figura sentada tamborileó con sus dedos como garras, y finalmente alzó una mano para golpear la recalcitrante lámpara. Una iluminación firme, si no brillante, remplazó a las vacilaciones justo antes de cayese el golpe. La mano bajó lentamente.

La figura se volvió hacia la vieja máquina de escribir sobre la que estaba inclinada y arrancó impaciente la hoja de papel. Antes de que se apagase del todo el chirrido del carro, una pluma roja estaba escribiendo rápidamente y sin dudas a través de la página[2].

5 de julio de 1999
Ref: Ojo de Hazimel

COPIA DE ARCHIVO

Atlanta - confirmado mensajero de Hesha entre las bajas de la incursión; informa Rolph - no hay señales del Ojo en la ciudad. ¿Caído en poder del Sabbat? No, de acuerdo con la información vía el asesino/ghoul mascota de Vykos.

¿Dónde ESTÁ el maldito Ojo?

«incursión» ¡UN CUERNO! : Atlanta, Savannah, Columbia, Charleston, Raleigh, Wilmington, Norfolk, Richmon, DC...

Nota: actualizar archivo:
Pierterzoon, Jan, se espera llegada a Baltimore esta noche

Viernes, 16 de julio de 1999, 11:03 pm
Piedmont Avenue, Atlanta, Georgia

—Quédate quieta, querida.

¡Maldita seas, puta!

Aun con la ventaja de su nueva visión, la musa entraba y salía del campo visual de Leopold. Se tapó el ojo derecho con la mano, y la buscó ansiosamente con la mirada.

Al principio había intentado ir detrás de ella, pero no tardó en descubrir que el mundo, una vez puesto en movimiento, tendía a seguir así. Su estudio oscilaba como si estuviese borracho. Arriba y abajo, izquierda y derecha, él mismo y otro… aquellas distinciones se emborronaban con la Visión. Demasiado al principio. La negrura le había atrapado, y se había roto la cabeza contra el suelo de hormigón.

Ahora se movía con más cuidado, perolas ondas del movimiento, de la Visión y la no Visión, se enturbiaban en los bordes, confundiéndose. ¿O era la musa provocándole de nuevo?

—Ven donde pueda verte, querida. —Pero ella ignoraba sus intentos más amables. *¡Zorra! ¡Puta!*

Ella le provocó. *Cógeme, Leopold*.

El estudio oscilaba. Leopold tropezó y cayó sobre… ¿una mesa, un caballete? Lo que fuese cedió bajo su peso y cayó al suelo. El pie de ella pasó a unos centímetros de su cara. Su fino tobillo desnudo destelló ante él como una epifanía. En el fondo de su mente, algo más reclamaba atención… un dedo torcido y doblado hacia atrás en la caída, con el hueso forzado y roto. Apartó a un lado el lejano dolor mientras florecían imágenes de la musa… el ángulo agudo de su tobillo, la incitante curva de su pantorrilla.

Se había ido de nuevo, pero su seductora risa resonó por el estudio, creciendo de

un tintineo de campanillas a un estruendo de címbalos. El mundo se estremeció, haciendo rodar a Leopold por el suelo… ¿o era el techo? Siguió a rastras, con la visión siempre ante él. Su mente de artista se fijó sobre el detalle que quería resaltar. Aunque la musa fuese esquiva, la Visión no sería denegada.

Todo había cambiado para Leopold la noche de la fiesta de Victoria. ¿Sólo habían pasado tres semanas y media? A veces le parecía que había pasado una vida con cada minuto, tales habían sido sus progresos. Tanto le había sido revelado. Nunca más se reirían de él, ni Victoria ni ninguno de los otros Toreador de la alta sociedad, tan sumidos en sus mezquinas y huecas apreciaciones, pues le había sido revelada una gran verdad, y aún lo estaba siendo.

Desde el momento en que había visto aquella visión de belleza, la forma humana despojada de las preconcebidas limitaciones de la autoconsciencia —y, mirando desde el centro de todo ello, el Ojo— Leopold había sabido que debía reproducir el efecto. La verdad inherente a su descubrimiento se haría visible para todos. Nadie negaría su pericia, la inmensidad de su visión. Así que había alargado la mano y cogido el orbe, pues era el corazón de su visión.

Y el momento de claridad se había desvanecido.

La visión de belleza había desaparecido. Con el Ojo descansando sobre su palma, Leopold se había alzado sobre un montón de carne desgarrada y huesos rotos, el mutilado cuerpo de Vegel.

Presa del pánico, había devuelto el Ojo a su soporte, pero el orbe eclipsaba su entorno como si el sol apareciese en el cielo nocturno. La imagen que le había cautivado ya no estaba.

Pero no importaba.

Leopold tenía el alma de un artista, y resultaba que tenía la visión. Una vez la había tocado, era incapaz de olvidarla. Volvió a coger el Ojo y dejó atrás la masa pasajera que tan brevemente había sido parte de una efímera belleza.

Casi de inmediato, Leopold había hecho inventario de los cambios ocasionados por la visión. De vuelta a su estudio, se encontró rodeado por los restos de sus anteriores y no iluminadas empresas artísticas. El mero hecho de estar en la misma habitación que las piezas que antaño le habían hecho sentir tanto orgullo era doloroso. Veía claramente los fallos de cada obra.

No le extrañaba que Victoria y los demás se hubiesen burlado de sus pretensiones.

Victoria. El nombre se aferró a su memoria. Él había querido descubrir algo…

había visitado a la bruja Tremere. Pero aquello era un asunto del pasado. Como los patéticos intentos de escultura dispuestos para su crítica, que pertenecían al antes… y le resultaban intolerables.

Hizo pedazos los moldes. Metió los modelos en una caja que ocultó después bajo un banco de trabajo. Y así comenzó el período de iluminación de Leopold, con la destrucción de lo que había sido antes.

Una mesa de la que barrió todo lo que había se convirtió en el pedestal de madera del Ojo. Lo puso allí con amor y reverencia. Aun después de colocarlo, podía sentir su húmedo tacto en la palma de la mano. Sobre la mesa, el venoso párpado se abrió lentamente y después se apartó de casi toda la pulsante esfera, hasta que la carne protectora no fue más que una pequeña base bajo el Ojo. Leopold se maravilló al verlo.

Durante semanas, trabajó bajo su constante mirada. Durante semanas, la belleza que había contemplado, que había esperado que se hiciese evidente, no se reveló en los frutos de su labor. El Ojo observaba impasible el embarazo de Leopold y su insatisfactorio primer modelo. El Ojo miraba cuando desechó el segundo intento a la mitad, y cuando aplastó llevado por la frustración el tercero, el cuarto y el quinto…

Las noches pasaron. Los ataques de rabia fueron haciéndose más frecuentes a medida que la desesperación hacía presa en él. Con sus ojos, dentro de su alma, había visto la visión. La verdad y la belleza le habían sido reveladas. Pero una y otra vez, sus manos le fallaban. ¿Carecía de la habilidad para mostrar lo que había sostenido? ¿Había meramente imaginado que el talento residía en sus dedos?

Sólo en una ocasión flaqueó Leopold en su búsqueda. *Victoria*. Su nombre le llegó en aquella segunda noche tras su asombroso descubrimiento. Se movió hacia las escaleras de su estudio en el sótano. Iría a ella. Podía que le necesitase. Pero entonces su mirada, como hacía inevitablemente aquellas noches, cayó sobre el orbe de su pasión, y bastó con ver el Ojo, esperando pacientemente entre sus burbujeantes secreciones, para volver a sus sentidos. Victoria no era más que cualquier otro de los no iluminados. ¿Por qué iba a interrumpir sus labores por alguien como ella?

Y entonces la musa le había hablado. *Confía*, dijo, amasando con su voz sensual los músculos y tendones que le fallaban. *Confía*.

Todos los pensamientos salvo los de su arte fueron desterrados de la mente de Leopold.

Confía.

Dejó a un lado sus herramientas de precisión y la arcilla de modelar. Olvidando métodos y procesos, avanzó como un niño desnudo hacia el bloque de mármol. Puso el cincel contra la piedra y buscó en su alma el ángulo y presión que dejarían libre la perfección que había contemplado, y que sabía que estaba en el interior de la piedra. Cada golpe del martillo arrancaba mármol del velo que ocultaba la verdad. La encontraría y se la mostraría al mundo.

Y su grandeza sería revelada. Mientras tanto, el Ojo observaba.

Leopold trabajó noche tras noche. Se levantaba al crepúsculo y se ponía directamente manos a la obra, sin distraerse pensando en alimentarse o alguna otra distracción. A medida que la piedra caía, una figura iba tomando forma, pero Leopold no se permitiría el lujo de retroceder unos pasos para ver la imagen completa. No se permitiría el menor respiro ni recompensa hasta que la representación de su visión estuviese completa. Dedicó horas de esfuerzo a los más nimios detalles. De arriba abajo, de cabeza a pies, la pieza empezó a perfilarse. Leopold apartó sin descanso todo granulo de mármol que no formase parte de ella, hasta que finalmente estuvo terminada.

Leopold bajó su cincel. Había visto el Ojo, recordatorio tangible de la más perfecta de las formas, y después contemplado su obra. El vacío de su estómago le atrapó como un cepo, pues se dio cuenta de que la pieza era una burda parodia de la belleza que había visto. No encontraba ni rastro de verdad en la curva de sus miembros, ni huella de perfección. Su criatura había nacido muerta, una deforme y monstruosa aberración.

Fue entonces cuando oyó por primera vez la risa de la musa… una risa cruel y burlona. No reconocía el gasto de voluntad, los enormes esfuerzos que él había invertido en la obra. Sólo percibía el fracaso. Su risa llenó el corazón de Leopold como un ácido, pues no podía defender su fallida obra maestra. Con un grito angustiado, cogió su martillo más grande y emprendió la tarea. En una hora, el trabajo de semanas quedó reducido a cascotes, pero incluso los cascotes ofendían a Leopold y se burlaban de su dolor. Siguió usando el martillo, aplastando cada pedazo de mármol por pequeño que fuese, hasta que al final no quedó más que un fino polvo. Pero su fracaso no estaba purgado, y la risa de la musa seguía provocándole. Leopold vio a Victoria riéndose también de él. Estaba de pie, con su lujoso vestido de noche, llena de joyas, y el fracaso de Leopold era su diversión. Él había pretendido mostrarle su valía, y temía haberlo hecho con un fracaso. Decidió borrar la risa de sus labios.

Tomó su cincel, y poniéndoselo en el pecho a Victoria, golpeó con un feroz y desafiante grito. Pero ella se había ido, y Leopold cayó sollozando al suelo.

Y mientras tanto, el Ojo observaba desde el centro de sus abrasadores jugos.

La musa le habló de nuevo, y Leopold se aferró a cada una de sus palabras. No podía albergar resentimiento porque ella hubiese rechazado su obra maestra, porque tenía razón: él había fallado.

¿Cuál es la esencia de la vida, de la belleza? preguntó la musa. Su pregunta flotó en el rincón más lejano y elevado del estudio.

La esencia de la vida. La esencia de la belleza.

Leopold yació en el suelo durante horas, en sincera contemplación. Un fino polvo de mármol se posó sobre él, cubriéndole hasta que hubiese podido pasar por una de sus propias creaciones. Mientras el sol se elevaba y él retrocedía hacia el sótano, las palabras de la musa resonaban en sus oídos.

La esencia de la vida. La esencia de la belleza.

Pasó un día y una noche y otro día meditando en el suelo. Cuando se levantó, envolvió con cuidado el Ojo en una tela limpia y reunió los cinceles y herramientas que podría necesitar. Así equipado, se aventuró fuera del estudio.

Leopold había olvidado prácticamente el perfil de Atlanta, el bohemio ajetreo del barrio de Little Five Points hacia el que gravitaba de forma natural. Pero sólo percibía el mundo exterior brevemente. Los clubes a la última y los *sex shops*, los punks y hippies, desaseados vagabundos de todas las edades… lo había visto todo antes, y aunque en el pasado aquella escena le había inspirado impulsos vanguardistas, ahora estaba absorto en la vida de la mente y del espíritu.

La esencia de la vida. La esencia de la belleza.

Leopold ignoraba el zumbido de la humanidad mientras avanzaba por Moreland Avenue. Dejaba atrás la avenida, pasando junto a un edificio de apartamentos y una casa victoriana abandonada, y adentrándose en un terreno arbolado. Noche tras noche volvía al grueso roble que había encontrado. Noche tras noche desenvolvía cuidadosamente el Ojo y lo ponía en el suelo para poder observarlo, y para que el Ojo pudiera verle a él. Había perdido la cuenta de los crepúsculos que llevaba visitando el roble: ¿una semana, dos?

Al fin terminó, y contempló su obra: un fracaso tan completo y absoluto como el anterior.

La risa de la musa resonó a través de la arboleda. Cada hoja bailaba con el peso de

su desdeñosa alegría. La figura vagamente humana grabada en el tronco también parecía reírse de él. Leopold puso las manos sobre el rostro de la figura y hundió los dedos en la madera, que se rompió bajo su contacto. Las astillas punzaron su carne, clavándosele bajo las uñas, pero Leopold no tenía espacio para la piedad, ni hacia él mismo ni hacia la figura del árbol. Rompió y arañó y desgarró hasta que desapareció la risa.

Súbitamente abrumado por el cansancio —¿cuántas noches llevaba sin alimentarse?— Leopold cayó al suelo. Sus colosales esfuerzos no habían servido de nada. Se llevó a la cara las manos cubiertas de sangre y savia. Echado en el suelo y llorando su fracaso, su mirada cayó sobre el Ojo, y como Saulo había sido cegado en el camino a Damasco para que pudiese convertirse en Pablo y ver realmente, una epifanía llegó a Leopold. Firme en la convicción de que toda su existencia, como ganado y como Vástago, había estado destinada a su preparación para el momento, avanzó.

Las epifanías se sucedieron durante las tres noches siguientes, sin que pasasen más de dos o tres horas libres de atisbos de la musa. Ella guiaba a Leopold hacia la eterna e innegable estética, y él la seguía gracias a su nueva visión.

Leopold se arrastró hasta su proyecto en curso, pero el estudio se invirtió como un giróscopo enloquecido. Se tambaleó hacia un lado, intentando agarrarse a la pata de una mesa, pero estaba más cerca de lo que creía y se golpeó en la cara con ella. Un miedo paralizante recorrió su ser.

Por el momento, desapareció todo pensamiento acerca de su atisbo del tobillo de la musa y de la elegante curva del muslo. Leopold cerró fuertemente los ojos, su párpado izquierdo incapaz de proteger del todo su nueva carga. Con los dedos temblorosos por los nervios, se inspeccionó la cara al tacto y suspiró aliviado al no encontrar daños. No había golpeado la mesa con tanta fuerza. El Ojo estaba a salvo. La Visión seguía siendo suya.

Se volvió de nuevo hacia su proyecto. Tras él, sonó tentadora la aguda risita de la musa, pero no se giró. No se distraería hasta haber dado el toque final, hasta haber cumplido con su visión. Entonces sería libre para perseguir a la musa.

Se arrastró sobre el icor gelatinoso que rezumaba del Ojo y goteaba hasta el suelo. Por fin llegó a los pies. Leopold no levantó la mirada hacia la figura completa, hacia el joven desnudo y atado a un poste, sus manos alzadas hinchadas y azules sobre la cuerda. El escultor estaba demasiado centrado en lo que debía seguir. Avanzó

ciegamente, sin apartar la mirada del tobillo que estaba a unos pocos centímetros de su rostro, y atrajo hacia sí el mazo y el cincel, que nunca estaban lejos.

Cada atisbo de la musa estaba grabado en el alma de Leopold… la perfección de líneas y formas a la que siempre hubiese estado ciego de no ser por la Visión.

Alzó el cincel hasta la curva superior del hueso y, con un delicado golpe, a pesar de que aquél no era el medio al que estaba acostumbrado, eliminó lo que no encajaba en su visión. No le afectaba el resbalar de la carne sobre el hueso. Cada golpe del mazo era la precisión hecha realidad, con una firme presión sobre el cincel. Trabajaba con la diligencia de un maestro escultor espoleado hacia alturas cada vez mayores por la fuerza y la belleza de su visión.

Un pequeño flujo de sangre rancia salió de la incisión. Aunque Leopold se había alimentado la primera noche de su transformación, casi cada corte se las arreglaba para soltar una pequeña cantidad de sangre oculta en el tejido. Acarició la herida, llevándose los dedos a los labios y probando la mezcla de sangre y polvo de mármol.

Qué resistente es el cuerpo humano, pensó, *qué lleno está de potencial*.

Justo entonces reparó en el pesado silencio que había envuelto el estudio. El aire no se agitaba, no entraba ningún sonido del exterior, y lo más revelador de todo, la risa de la musa se había extinguido.

¿Lo he hecho yo? se preguntó Leopold esperanzado mientras miraba su obra, aunque no le parecía que hubiese terminado. Seguramente lo sabría en el momento oportuno.

Siempre muy despacio, como para no desequilibrar el precario mundo, volvió la espalda a la forma desnuda. Apretó el párpado derecho para eliminar la superposición de las perspectivas de la Visión y la noVisión. Las paredes del estudio se volvieron pálidas y fantasmales, como piezas a medio acabar de un escenario minimalista. Las columnas cobraron una pátina traslúcida. Allí donde miraba Leopold, la periferia de su visión era un torbellino de colores, una nube de langostas de diversos matices. Siguió girando con precaución, y su cuidado obtuvo recompensa.

Por un breve segundo, ella estuvo ante él en toda su gloria, pero aunque ahora Leopold pudiera verla con el Ojo, su inefable semblante estaba más allá de su comprensión. El Ojo veía, pero la Visión no podía abarcarlo. El mundo cambió otra vez, y Leopold cayó de rodillas. El estudio se estremeció ante él.

Pero pudo ver el disgusto en el rostro de la musa. La decepción.

Tan frágil, dijo ella mientras sacudía la cabeza.

Leopold, se volvió hacia su obra entre los salvajes giros de la realidad. El desnudo parecía colgar del techo, pero tenía las manos atadas bajo él. Leopold se apoyó sobre los codos, y el estudio se enderezó un poco, aunque seguía fluctuando como la aguja de un indicador graduado de pesado a ligero y después a pesado de nuevo, una y otra vez, y acercándose muy poco a poco al verdadero peso.

El desnudo colgaba sin vida, en una postura rígida, aunque al mismo tiempo parecía descoyuntado. Aquí y allá faltaban pedazos de carne y hueso… frente, hombro, barriga, cadera, rodillas, tobillos. Sólo entonces reparó Leopold en las moscas que se ajetreaban atraídas por el dulce olor de la carroña.

Tan frágil.

Leopold arrojó el mazo lejos de sí. La herramienta voló kilómetros y kilómetros hasta el otro extremo del estudio.

¡Puta mentirosa! quería gritar.

Pero de nuevo e inexplicablemente, ella tenía razón. Leopold no podía seguir mirando aquella locura. Lanzando un rugido de angustia, golpeó el cuerpo con el cincel. Las costillas se rompieron cuando clavó la herramienta en la cavidad pectoral. El desnudo se sacudió con toda la emoción de un saco de harina. Ni tampoco puso objeciones cuando Leopold lloró sobre sus pies magullados y ensangrentados.

—¿Por qué? —gritó. Tanto trabajo, y para nada. Se esforzaba por alcanzar la perfección que percibía, pero había fallado de nuevo. El fracaso le volvía loco. Tenía que conseguirlo.

Lejos de aquí, insinuó ella, su naturaleza juguetona pronto de vuelta. *Lejos de aquí*.

¿Lejos? Las palabras cayeron sobre Leopold.

Lejos de aquí. Lejos de este lugar, sus pensamientos fueron el eco de las palabras de la musa.

El duro hormigón, el sencillo interior de madera… eran anónimos para su Visión, casi inmateriales. ¿Cómo podía expresar la verdad en aquel entorno? Su espíritu se elevó ante la implicación de que el fracaso no se había debido por completo a su torpeza. Por supuesto que lo conseguiría. ¿Por qué si no le había escogido la musa?

Paciencia, se reprendió. *Paciencia*. ¡Pero lo deseaba tanto!

Mmm, ronroneó ella muy cerca, aspirando profundamente su confianza. Las *herramientas, Leopold… Te llevaré hasta ellas*.

Sí, las herramientas. El mazo en algún oscuro y remoto rincón, el cincel clavado

en la abominación… eran los primitivos instrumentos de su fracaso, y como aquel estudio, aquella ciudad, estaban contaminados por sus manos no iluminadas del ayer.

Te llevaré hasta ellas.

A las herramientas apropiadas. A un lugar de iluminación. Ella le confiaría las reliquias de la perfección, y él las emplearía en un santuario a la belleza. Ella era su musa, su diosa, y con el Ojo él aprendería sus misterios y se convertiría en sumo sacerdote de la verdad oculta. Las masas no iluminadas suplicarían beber de sus manos.

Ven.

—Sí, querida. —El mundo giraba de forma mareante a cada paso, pero Leopold siguió adelante.

Sábado, 17 de julio de 1999, 3:00 am
Puente George Washington, ciudad de Nueva York

El río pasaba a más de treinta metros por debajo de Ramona, y era difícil percibir el movimiento salvo en las zonas iluminadas. Allí, la superficie del agua ondulaba y parecía moverse rápidamente a través de la luz, de un negro vacío al siguiente. Aquélla era la cara nocturna del río… la única que Ramona vería jamás. Agarrada a la parte inferior de puente, pasó de una viga a otra. Por encima de ella, cada pocos momentos, pasaba un coche.

Podría ser el ogro bajo el puente, pensó, y cargarse mucho más que tres cabras tercas. Cazar, decidió, estaba regido por las mismas tres reglas de oro de la venta de propiedades, que el embaucador de su tío Kenny había recitado tan a menudo: el lugar, el lugar y el lugar. Gracias a Ramona, Kenny ya no vendía muchas propiedades.

Ramona detuvo su avance y echó la cabeza hacia atrás para ver el río bajo ella. Parecía realmente una calle asfaltada de noche. Quizá fuese aquello lo que hacía que tantos suicidas se lo pensasen mejor al encaramarse a la barandilla y ver lo que les esperaba. Saltar a un río no sonaba tan mal para un suicidio. Era casi como ser un niño de nuevo e irse a nadar, saltando a un estanque o una piscina. Pero cuando te ponías en el borde y veías que, con la fuerza del impacto, iba a ser como caer sobre el pavimento…

Primero uno y después el otro, quitó los pies de la viga. La mitad inferior de su cuerpo quedó colgando, pero Ramona no era grande ni pesada, y apenas sintió el peso adicional que aguantaban sus brazos.

¿Qué me pasaría? se preguntó. *¿Qué le pasaría a esta cosa que era antes mi cuerpo?*

Se había sentido invencible durante un tiempo después de convertirse en lo que

era, pero cuando viajaba hacia el este con los demás, atravesando el país, fueron atacados por aquel… monstruo, a falta de otro nombre: un gigantesco borrón de garras y colmillos y muerte. Lo que le ocurrió a Eddie demostraba que la especie de Ramona *no* era invencible. Ni mucho menos. Justo cuando ella pensaba que ya lo tenía todo controlado, parecía que siempre llegaba algo nuevo para liarlo todo.

Soltó la mano derecha, dejando que el brazo colgase flojamente.

¿Qué me pasaría?

¿Sería el súbito impacto el final? ¿O saldría a rastras del agua, con el cuerpo roto pero sólo necesitando más sangre para estar tan bien como siempre?

Colgando de una mano, Ramona contempló los danzarines parches de luz que interrumpían el pavimento negro del río. Su mundo se había convertido en aquel río negro, y ella era un pequeño punto familiar rodeado por la oscuridad y lo desconocido.

No había pedido aquello. Por imperfecta que hubiese sido su vieja vida, se las hubiera arreglado. Nunca hubiese elegido entrar en aquel mundo donde había tantas cosas engañosamente familiares, pero en el que al rascar un poco la superficie nada era lo mismo.

Alzó uno de los dedos de su mano izquierda, y después otro. Levantó un tercero, y el pulgar. Sólo un dedo la sostenía. Tenía fuerza más que suficiente para ello. El vigor de su cuerpo, aquella colección de músculos y huesos y tendones que había conocido antes, era una constante fuente de sorpresas para ella. Sintió que una garra —allí donde solía estar su uña— se clavaba en la viga de acero.

¿Qué me pasaría?

¿Qué le había pasado ya?

A regañadientes, Ramona alzó de nuevo la mano derecha y volvió a agarrarse. Como las zonas de luz en el río, no estaba sola, y aunque las responsabilidades que asumiese eran obra suya, servían para hacer que siguiese moviéndose hacia delante, como el agua bajo el puente.

Con increíble facilidad, volvió a poner los pies sobre la viga y siguió arrastrándose como un comando.

Más cerca de la orilla, se dejó caer al suelo, a unos siete, quizá diez metros por debajo. Cayó como un gato, sobre las cuatro patas. Subiendo por la cuesta, se detuvo para ajustarse la zapatilla: la notaba rara, como si un costado hubiese reventado, pero no parecía haber daños. Probablemente la caída desde el puente había roto la capa interior de aislante o algo así. Ramona saltó sobre la barandilla y dio unos cuantos

golpes con el pie para afianzar la zapatilla.

—Hey, dulzura. Bonita acrobacia.

Ramona se agazapó en una postura defensiva. Pero el tipo ante ella no parecía muy preocupado. Estaba recostado tranquilamente sobre su moto, con las manos tras la cabeza y los pies puestos sobre el manillar. Sonrió con un lado de la boca, obviamente disfrutando de la sorpresa que le había dado.

—Bonita noche para el salto del ángel, ¿no? —El hombre soltó un silbido agudo y prolongado, el ruido de una bomba cayendo sobre la tierra, imitando después un chapuzón.

Ramona le miró con cautela. Muy poca gente la cogía ya por sorpresa, y quien lo hacía significaba problemas casi con total seguridad. Las cejas y el pelo corto del motorista eran muy oscuros, en contraste con su piel increíblemente pálida. Venas azules abultaban en sus bíceps, sus antebrazos y su cuello.

¿Como yo? se preguntó Ramona.

Su propia tez había sido más oscura antes de… antes del cambio. Pero no podía comparar su palidez con la de aquel tipo. Su piel parecía envolver todos y cada uno de los músculos por separado, y sus pronunciadas facciones le recordaron a Ramona lo que ella veía al mirar un espejo.

—Yyyyyyy… —El hombre dejó salir la palabra mientras se desvanecía su sonrisa torcida.

Antes de que Ramona pudiese reaccionar, el motorista estaba de pie junto a ella. En apenas un segundo, había pasado de estar medio tumbado sobre su moto a erguirse a su lado.

Al menos, aquella exhibición confirmaba las sospechas de Ramona. Tenía que ser como ella. O algo peor.

—¿Lista para jugar con los chicos grandes? —le preguntó.

Ramona se sorprendió ante el profundo y amenazador gruñido que salió de su interior. El motorista retrocedió casi imperceptiblemente, pero trató de compensarlo de inmediato.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Ramona.

—La cuestión es quién demonios eres tú, y qué demonios crees que estás haciendo aquí. La última vez que lo comprobé, esto era territorio del Sabbat, y tú no perteneces al club.

Sabbat.

Era un nombre que Ramona había oído ocasionalmente a lo largo de los últimos dos años, sobre todo antes de que dejase Los Ángeles con los demás, ¿pero qué era? ¿Una especie de banda, pero en la Costa Este y en la Oeste?

Se mantuvo en su sitio, atenta a cualquier movimiento que pudiese hacer el motorista. Ramona tenía una cierta idea de sus propias capacidades, pero no podía saber si aquel tipo era igual de rápido y fuerte que ella, o si lo era más.

—No eres muy habladora, ¿verdad, dulzura? —dijo él, empezando a retroceder hacia su moto—. Te voy a decir lo que haremos. Como soy un buen tipo… —explicó mientras pasaba una pierna sobre la moto y giraba la llave— voy a darte una oportunidad. Volveré. Y estarás preparada para venir conmigo. De lo contrario, habrá caña. —Arrancó la moto, revolucionando el motor en un ensordecedor y desafiante rugido, y con un malicioso guiño se alejó calle abajo y sobre el puente.

Ramona se relajó, pero no mucho.

Sabbat.

Ella y los demás habían dejado Los Ángeles porque había demasiadas criaturas como ellos vagando por las calles durante la noche. ¿Iba a pasar lo mismo en Nueva York?

Es en las ciudades donde está la comida, se recordó.

Comida. *Sangre*.

Qué rápido se había acostumbrado a aquella nueva dieta, tan rápido que pensaba en las ciudades de la misma forma en que antes había pensado en restaurantes. ¿Los Ángeles o Nueva York? ¿McDonald's o Burger King?

Convencida de que el motorista se había ido —el ruido de su motor había desparecido al otro lado del río— Ramona recorrió las últimas manzanas hasta un relativamente pequeño edificio de aluminio. Una cadena daba varias vueltas entre la manecilla y un soporte en la pared, pero cuando Ramona tiró de la puerta tanto como pudo quedó un espacio lo bastante ancho como para pasar.

—Hey —llamó mientras sus ojos empezaban a ajustarse a la oscuridad. Una luz iluminó el centro de la sala, estropeando su visión nocturna.

—¿Ramona? —preguntó una débil voz desde uno de los grandes agujeros del suelo, también la fuente de la luz.

—Eso es.

La cabeza de Jenny salió a la vista. Después sus hombros y el torso, a medida que iba subiendo los escalones de uno de los fosos de reparaciones gemelos. Llevaba en

un gancho el tipo de luz que un mecánico colgaría sobre el motor en el que estuviera trabajando. Un cable desaparecía escalera abajo.

—¿Está Darnell contigo? —preguntó Jenny.

—No.

Jen era más alta que ella, y rubia. Debía de haber sido un bombón antes, pensaba Ramona, pero ahora era un poco demasiado flaca y pálida para resultar guapa. Las dos llevaban pantalones vaqueros, rotos no por seguir la moda, sino tras meses y meses de uso y desgaste. Pero mientras Ramona llevaba una vieja camiseta, Jenny se ocultaba bajo no una sino dos grandes sudaderas, a pesar del calor veraniego.

—Hace frío aquí —dijo Jen. Se cruzó de brazos, apretándolos contra el cuerpo—. ¿No tienes frío?

—No.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí. —Ramona echó una mirada al garaje abandonado. Las dos puertas de vehículos seguían cerradas con cadenas por dentro. Aparte de eso, realmente no podía ver mucho más allá de la pequeña área iluminada. Probablemente, pensó, podrían ver mejor si Jenny apagase la maldita luz. La potente visión nocturna era otro de los efectos secundarios que Ramona había notado desde el cambio. Pero Jen se aferraba a sus viejas costumbres.

Como un saltador a la barandilla, pensó Ramona recordando el puente.

—¿Tenéis algún problema? —preguntó. No veía señales de que el motorista, ni nadie más, hubiese estado molestando.

—No. ¿Y tú?

—No. En realidad, no.

—¿Qué quieres decir con «en realidad no»? —Jenny se agitó de inmediato. No hacía falta mucho para ello.

Ramona deseó no haber dicho nada.

—Quiero decir que en realidad no. Un motorista haciéndose el duro, eso es todo.

Las dos dieron un respingo cuando sonó la cadena de la puerta. Para su alivio, Darnell pasó al interior.

—Apagad la jodida luz.

—Jódete —repuso Jen.

—Jódete *tú* —fue la respuesta—. Se puede ver la luz desde fuera a través del hueco de la puerta. Déjala en el foso si te da miedo la oscuridad.

Ramona suspiró. Por eso se mantenía apartada. No necesitaba el dolor de cabeza. Estaría mejor sin ellos. O podría estar muerta sin ellos.

—¿Qué importa si la ve alguien?

—Tú no duermes aquí de día —señaló Darnell.

Ramona suspiró de nuevo. Él tenía razón. No había que correr riesgos estúpidos. Asintió a Jen, y la luz desapareció. Permanecieron en la oscuridad por un rato. Ramona podía oír a Jen rechinando los dientes, y a Darnell pasando su peso de un pie al otro, cruzando y descruzando los brazos. No tardarían en ver bastante bien. No con tanto detalle como con la luz, pero a mayor distancia.

—También hay otros aquí —dijo Darnell por fin.

—¿Otros? ¿Dónde? —Jen miró frenética a su alrededor, como si los otros estuviesen pisando los talones de Darnell y fuesen a derribar la puerta en cualquier momento.

—Aquí en la ciudad —dijo Darnell—. Los seguí. Observé cómo se alimentaban.

—¿Los seguiste? —La idea sorprendió a Jen—. ¿Te vieron? ¡Puede que te hayan seguido!

—No me vieron. No me han seguido.

Ramona los contempló mientras Darnell miraba a Jenny. Él desdeñaba siempre sus temores, pero no podía aparentar que ignoraba su histeria. Darnell olvidaba cuánto se habían ayudado unos a otros. Todos tendían a olvidarlo, comprendió Ramona, cuando el peligro no era inmediato.

—Eddie tampoco creía que nos estuviese siguiendo nadie —dijo Ramona con calma. Un pesado silencio cayó sobre todos. Darnell le lanzó una dura mirada.

—Aquello fue distinto —respondió—. Era un hombre lobo.

—¿Hombre lobo? ¡Ja! —se burló Jen.

Darnell volvió a dirigir su ira contra ella.

—¿Y por qué coño no? No era un oso, y tan seguro como el infierno que tampoco un perro salvaje. —Los ojos en blanco de Jenny sólo sirvieron para hacer que insistiese—. Ya has visto lo que *nosotros* podemos hacer, lo que *somos*. ¿Por qué no un puto hombre lobo?

—No importa lo que fuera —dijo Ramona—. Escapamos.

—Eso cuéntaselo a Eddie —repuso Darnell.

El silencio los envolvió de nuevo. Jen dejó la lámpara apagada sobre el suelo, sentándose con los pies colgando por el foso. Ramona la miró, consciente de que

probablemente nunca se hubiesen conocido de no ser por su transformación. Desde luego, nunca se hubiesen hecho amigas. Jen procedía de una vida de privilegio, y aquella nueva forma de vida le costaba mucho. Podía resultar irritantemente difícil a veces, pero era una de las pocas personas que Ramona hubiese conocido —antes o después del cambio— que le ofreciera su amabilidad cuando lo había necesitado. Por eso, comprendió, volvía para estar con aquella mujer que se preocupaba más por todo lo que ocurría que ella misma.

Darnell era otra historia. A diferencia de Jenny, podía arreglárselas solo. Al menos, si alguno de ellos podía. Ramona le contempló mientras colocaba una gran caja para sentarse. Como ella, no hablaba mucho del antes. Ramona sabía que había vivido en Compton, y que procedía de una familia numerosa. En cierta ocasión había hablado de cómo su madre le arrastraba a la iglesia con todos sus hermanos y hermanas. Era todo lo que sabía Ramona de su antigua vida, y ellos no sabían mucho más de la suya. Lo raro era que en realidad tampoco importaba mucho. Aquellas viejas vidas habían terminado, y allí estaban los tres con gente a la que nunca hubiesen conocido de no ser por…

—¿Dónde los viste? —La voz de Jenny rompió el silencio. Estaba temblando en la oscuridad.

—Más hacia el centro. —Darnell estaba sentado sobre la caja, pero no cómodo. Nunca se sentía cómodo, pensó Ramona, a menos que estuviese en movimiento. Quedarse sentado le seguía poniendo nervioso—. Pude ver que estaban cazando —continuó—, así que me quedé atrás, permaneciendo fuera de su vista. Era bastante raro: noté que eran vampiros incluso antes de que cogiesen a alguien.

—Vampiros… —Jen meneó la cabeza, dejando que su voz se fuese apagando.

Darnell se puso en pie al instante.

—¡Hay que joderse! ¿Te parece que no somos vampiros?

Ramona suspiró para sus adentros. Habían tenido aquella discusión un centenar de veces.

—Si vais a gritar, también podemos encender la luz para que todo el mundo sepa que estamos aquí…

Darnell retrocedió, bajando un poco la voz.

—Bebemos sangre —dijo mostrando sus colmillos desnudos a Jen y señalándose la boca—. ¿Te suenan? Y no veo que te tumbes al sol para broncear tu blanco culito. ¿Qué piensas que somos?

—No lo sé —contestó Jenny. Después completó la frase en voz baja—. Pero no soy un vampiro.

—¿Seguro que no te vieron? —preguntó Ramona.

Darnell le echó otra mirada hostil, pero pareció decidir que era una buena pregunta.

—Estoy seguro.

—Yo también he visto uno.

Darnell volvió a sentarse. No parecía sorprendido. Jen se irguió, con los ojos muy abiertos.

—¿El motorista?

—Mm-hm… —Ramona miró a Darnell—. Dijo que estaba con el Sabbat, y que volvería.

Jenny se agitó, nerviosa, pero Darnell devolvió la mirada a Ramona.

—Pues que vuelva.

Un fuerte ruido llenó el garaje, el explosivo eco de la pesada puerta cerrándose de golpe. Los tres saltaron al unísono. Darnell se bajó de la caja. Ramona se agazapó, dispuesta para saltar en cualquier dirección. Jen estaba a mitad de la escalera del foso, mirando por encima del borde.

—¿Has dejado eso abierto? —preguntó Ramona a Darnell mientras señalaba la puerta con la cabeza.

—Supongo que sí.

Ramona no veía a nadie más en la habitación. Se acercó a la puerta, lista para atacar o retirarse en caso necesario. Husmeó el aire: un tenue olor por debajo del aceite de motor y las colillas. Lo había notado varias veces recientemente, pero seguía sin poder ubicarlo. Ahora se había ido de nuevo.

—¿Qué era? —preguntó Jen desde el foso.

—No lo sé. —Ramona se mantuvo perfectamente inmóvil, escuchando cualquier movimiento desde el otro lado de la puerta de metal. Nada. ¿Podía la puerta haber hecho ese ruido por el viento, a pesar de que apenas se abría unos centímetros? No recordaba haber sentido ninguna brisa.

Darnell estaba a su lado, moviéndose casi tan silenciosamente como ella.

Poco a poco, Ramona llegó hasta el picaporte. Abrió la puerta de un rápido tirón hasta chocar con la cadena. Esperó. Nada.

Convencida de que nadie iba a entrar, Ramona contó mentalmente hasta tres y

salió. A pesar de la velocidad de su movimiento y de lo estrecho de la abertura, apenas rozó la puerta. Darnell fue tras ella.

De nuevo le pareció sentir el extraño y pesado olor, pero entonces desapareció, ahogado por todos los aromas de la ciudad y el familiar olor de Darnell junto a ella.

—Supongo que estamos solos —dijo él.

Ramona observó la noche y meneó la cabeza.

—Sería una suerte.

Sábado, 17 de julio de 1999, 11:38 pm
Una vivienda en Harlem, ciudad de Nueva York

—*Puede* mandarme allí, y va a hacerlo —dijo Zhavon al teléfono, con una urgencia que casi arruinaba el propósito de sus susurros.

—Chica, dile a tu madre que no piensas ir —contestó Alvina.

—¿*Tú* le dirías eso a mi madre? —preguntó Zhavon. No hubo más respuesta que el silencio: Alvina tenía la experiencia suficiente para saber que no era buena idea hacer el tonto con Mama—. Eso pensaba.

—Bien, ¿y qué vas a hacer?

—No lo sé. —¿Cómo se suponía que iba a saberlo? Por eso había llamado a Alvina, pero hasta el momento su amiga no había sido de mucha ayuda—. Supongo que iré.

—Es por tu puta culpa —dijo Alvina.

—Ya *sé* que es por mi puta culpa —contestó. ¿Cuántas veces le habría machacado la cabeza Mama con las mismas palabras? Salvo que Mama no decía tacos, por supuesto—. No necesito que me lo recuerdes. —Zhavon se echó hacia atrás en la cama. Con la mano libre, se tanteó las marcas que le quedaban en la cara. No dejarían cicatriz. La mayor parte de las magulladuras habían desaparecido. En cuanto se le curasen del todo algunos rasguños, estaría tan bien como siempre. Entonces, se preguntaba a veces, ¿por qué todo el mundo armaba tanto revuelo?

—Si te hubieses mantenido alejada de Adrien…

—¡No iba a ver a Adrien! —La mentira le salió con prontitud, pero no fue convincente.

—Uh-huh.

—¿Qué quieres decir con «uh-huh»?

—Quiero decir «Uh-huh, ¿seguro que no ibas a verle?»

—No soy tan estúpida —dijo Zhavon, dándose cuenta, mientras pronunciaba las palabras, de lo estúpida que había sido… pero aquello no significaba que tuviesen que recordárselo constantemente—. Mira, no necesito que me toques las narices diciéndome lo estúpida que soy. Ya puedo hablar con Mama para eso.

Hubo otro largo silencio entre las dos chicas.

—Lo sé… —dijo Alvina por fin—. Pero a veces eres tan estúpida…

Zhavon se rió a su pesar. Todo había sido demasiado serio desde una semana y media antes, cuando fue golpeada y casi violada. Quizá fuese la primera vez que reía desde entonces. No podía recordarlo con seguridad. Contuvo la risa para no molestar a Mama… aunque ni siquiera sabía que su hija estaba al teléfono.

—De todas formas, seguro que en Hayesburg hay mejores colegios —dijo, no porque le interesase mucho, sino porque no se le ocurría nada más esperanzador a lo que aferrarse. Lo último que quería era ser enviada a casa de Tía Irma, pero no parecía tener voz ni voto en el asunto.

—Mejores colegios, pero Adrien no estará.

—¡Olvídame, tía! —gritó Zhavon, tapándose la boca enseguida. No tenía ninguna necesidad de cabrear de nuevo a Mama—. Escucha, me voy pasado mañana. Así que si te parece, puedes traer tu patético culo mañana por la noche para hacer compañía a mi *estúpido* culo…

—Y llamaremos al *gordo* culo de Angelique… —apuntó Alvina. Las dos soltaron risitas de nuevo.

—Llamaremos al gordo culo de Angelique —aceptó Zhavon— y… —De pronto, las palabras se bloquearon en su garganta. La risa se convirtió en un burujo en el fondo de su estómago. No podía forzarse a terminar—. Y… —Y después no volverían a verse.

—Y pasaremos un buen rato —dijo Alvina.

—Claro —contestó Zhavon, aunque ambas sabían que no era aquello lo que había querido decir—. Mira, tengo que dejarte. Hablamos mañana.

Tras colgar el teléfono, Zhavon oyó el suave sonido de la tele al otro lado de la pared. Probablemente Mama no dormiría aquella noche. Como la mayoría de las noches desde una semana y media antes.

Domingo, 18 de julio de 1999, 12:34 am
Una vivienda en Harlem, ciudad de Nueva York

Posada sobre la barandilla de la escalera de incendios, Ramona observó el tranquilo sueño de Zhavon. Las primeras noches después del asalto, la chica se había agitado y gritado, intentando escapar de los matones que embrujaban sus sueños.

Aquí fuera es peor, le advirtió Ramona en silencio.

Un chirrido de ruedas llegó desde varias manzanas de distancia. Ramona se encogió, esperando el choque, pero no lo hubo. Casi enseguida, volvió a mirar a Zhavon para comprobar que el ruido no la hubiese despertado. La chica seguía durmiendo en paz. A lo largo de semanas de observación, Ramona había desarrollado un increíble sentido de cuándo se despertaría la durmiente: un suave giro de la cabeza y un estiramiento del cuello justo antes del revelador temblequeo de los párpados. Ramona estaba segura de que aparte de la noche de la agresión Zhavon no la había visto nunca, y lo de aquella noche podía tomarse como efecto de la histeria o el trauma. Aun así, había ocasiones en las que Zhavon estaba despierta, ocasiones en las que Ramona sabía con seguridad que no podía verla, en que la chica de piel oscura parecía saber que alguien —o algo— la observaba.

Recuerdo esa sensación, pensó Ramona.

El ruido de algo moviéndose en las sombras de abajo la distrajo por un momento, pero no había nada allí.

Chica, esta noche estás a la que salta. Probablemente por aquel motorista de la noche anterior, pensó… lo que le hizo recordar que no debería dejar sola a Jen con tanta frecuencia. Darnell no pasaba más tiempo con ella del imprescindible, ¿y qué pasaría si volviese el motorista?

Pero la mirada de Ramona volvió a desviarse hacia Zhavon. Ramona comprendía

los temores de Jen, e incluso compartía unos cuantos, pero sentía una extraña y más profunda afinidad con Zhavon. Jen era el monstruo en que Ramona se había convertido, y había una conexión allí, pero Zhavon era el ser humano que ella había sido antes. La chica mortal parecía tan tranquila bajo la sabana… Pero cuando estaba despierta, mostraba un cierto desafío, una ingenuidad unida a una errónea idea de invulnerabilidad.

También recuerdo esa sensación, pensó. Una vez se había sentido exactamente así, pero ahora tenía más experiencia. Ya no pensaba que todo acabaría saliendo bien. Lo máximo que esperaba era que no le ocurriese nada demasiado malo. Pero Zhavon seguía durmiendo, ignorante de los peores miedos que podía ofrecer la noche.

Tras unos minutos, Ramona se dio cuenta de que había estado mirando fijamente a la mortal… y aquello era la gente normal para ella: mortales, carne, sangre. Por encima del borde de la sábana blanca, la mano de Zhavon reposaba sobre su pecho, con el cuello desnudo por encima. Ramona imaginó que podía ver el pulso en la yugular… ¿o lo estaba viendo de veras? Los sonidos de la ciudad se desvanecieron a su alrededor, bajo el tump-tump, tump-tump de un corazón humano, bajo el intermitente paso de la sangre impulsada a través de las arterias y las venas.

Ramona estaba ya medio entrando por la ventana, lamiéndose los labios, antes de darse cuenta de lo que hacía. Retrocedió a la escalera de incendios, sacudiendo la cabeza.

—¡*Odio* esto! —gruñó sordamente mientras se sentaba con las piernas recogidas contra el pecho. Perder el control de aquella forma, incluso momentáneamente, le hacía recordar el cambio, la primera noche que probó la sangre en sus labios y se entregó a la insaciable sed.

Allí sentada, Ramona quería mirar por la ventana a Zhavon, pero temía dejarse llevar.

¿Y si ocurre otra vez? ¿Y si no puedo parar? ¿Por qué tuve que molestarme siquiera en salvarla? se preguntó, aunque sabía que hacer trizas a aquellos dos hombres no había sido tanto un acto de heroísmo como el impulso depredador de un cazador cuya presa le había sido robada.

Demonios, si esos bastardos no se hubiesen metido por en medio, comprendió por primera vez, *yo misma podría haber matado a Zhavon*.

Los instintos cazadores habían tomado el control, como tantas otras veces. ¿Quién podía decir cuándo ocurriría de nuevo? No iba a cometer el error de pensar que no se repetiría. A pesar de todos sus nuevos poderes, estaba indefensa de otras formas.

Enfadada consigo misma y buscando distraerse, Ramona procuró no mirar a Zhavon, sino que volvió su atención a las zapatillas. Habían estado molestándola durante algún tiempo, y en aquel momento no estaba de humor para aguantar tonterías por parte de objetos inanimados. Tiró de las lengüetas como si fuesen la fuente de todos sus problemas, y cuando liberó los pies pudo ver la causa de su incomodidad física.

Las zapatillas estaban bien. Pero Ramona se miró los pies horrorizada. Del talón al empeine, estaban retorcidos y medían sólo la mitad de lo debido. Pero sus dedos estaban asombrosamente alargados, extendiéndose como si fueran los de las manos, y con gruesas uñas puntiagudas.

Garras, pensó Ramona, atónita.

Ya había visto antes cómo los dedos de sus manos se transformaban en garras afiladas como cuchillas, pero aquello sólo ocurría cuando estaba enfadada o molesta, y no duraba mucho. Siguió mirando aquellas cosas que no podían ser sus pies, esperando que la ilusión se desvaneciese, o que, al menos, los pies volviesen a cambiar.

Pero *eran* sus pies, y no cambiaron para encajar con el resto de su cuerpo.

Oh Dios mío.

Ramona alargó la mano con curiosidad y se sorprendió al notar el tacto de sus dedos a través de la piel arrugada y retorcida.

—Cediste a la Bestia —dijo una voz desde abajo.

Ramona se alzó de un salto sobre sus pies deformes. Había alguien un piso más abajo en la escalera de incendios, no el puertorriqueño de aquel apartamento que esperaba ver, sino un completo desconocido.

El pelo en la parte posterior del cuello se le erizó.

El desconocido no avanzó ni retrocedió. Se limitó a quedarse en el mismo sitio, con una expresión vacía y poco amistosa. Unas gafas oscuras y un cabello largo y enmarañado ocultaban a medias su rostro. Los matices de su ropa rota y arrugada se fundían casi a la perfección con la noche urbana.

La sorpresa inicial de Ramona dio paso rápidamente a un grave gruñido que se elevó desde su garganta, pero el desconocido se llevó un dedo a los labios, señalando la ventana de Zhavon con un gesto de la cabeza.

—Shh…

Ramona era consciente de que tenía razón. No quería correr el riesgo de despertar

a Zhavon. A pesar de todo, se rebeló: ¿quién era aquel tipo para decirle lo que debía hacer? Se tragó el gruñido, pero su cólera reclamaba una vía de escape, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se lanzó escalera abajo contra el desconocido.

El hombre pareció menos sorprendido que ella por su reacción. Con un fluido movimiento, puso una mano sobre la barandilla y saltó de la escalera.

Mientras las rodillas de Ramona absorbían el impacto de su aterrizaje, saltó tras él sin detenerse. Pasó por encima de la barandilla y aterrizó agazapada y lista para atacar en el callejón, a sólo unos metros del recién llegado.

—Quieto ahí, bastardo —gruñó, lejos ya de la ventana.

El desconocido movió la cabeza como si oyese un ruido lejano y después miró hacia la ventana de Zhavon.

—¿A quién dejarás sin vigilancia? —preguntó.

Aquello paralizó a Ramona. *Sabe de ella*, pensó alarmada, y en el instante en que siguió la mirada del hombre hacia la ventana, aquél desapareció. Ramona se quedó sola en el callejón desierto.

El extraño se había ido, si bien quedaba su olor… un aroma tenue pero característico que ella había percibido otras veces, aunque nunca había podido conectar con su fuente. De inmediato, empezó a seguir el rastro del desconocido, pero se detuvo a los pocos pasos.

¿A quién dejarás sin vigilancia? Aquellas palabras volvieron a ella.

Miró de nuevo a la ventana. ¿Amenazaba algo a Zhavon?

¿A quién dejarás sin vigilancia?

Era obvio que el desconocido sabía de la existencia de la chica, aunque ni siquiera Ramona comprendía qué la llevaba hasta allí cada noche. *El olor*. Ramona se forzó a pensar. Sus instintos habían pasado al instante de la agresividad contra el extraño a la protección de Zhavon, pero Ramona necesitaba pensar. Había notado aquel olor la noche pasada, en el garaje. ¿Significaba aquello que el desconocido sabía también de Jen y Darnell y de su lugar de descanso?

Volveré, había dicho el motorista… como una mala imitación de una peli de Schwarzenegger. ¿También pertenecería el desconocido al Sabbat?

Ramona volvió a mirar la ventana.

¿O está poniéndome un cebo para volver cuando me haya alejado? se preguntó.

Como tantas noches a lo largo de las últimas semanas, se encontró desgarrada entre quedarse y vigilar a la mortal dormida o irse con los suyos. Sin resolver conscientemente el dilema, empezó a seguir el rastro, y aunque pronto se desvaneció,

los primeros pasos la encaminaron hacia el Puente George Washington.

Tras recorrer algo menos de un kilómetro, Ramona se dio cuenta de que había olvidado sus zapatillas en la escalera de incendios, pero ya se había entretenido demasiado. Además, sus pies deformes se movían con facilidad sobre el pavimento. Ni las piedrecillas ni los cristales rotos conseguían atravesar sus duras y correosas plantas, y el rítmico repiqueteo de las garras sobre el asfalto hacía que entrase en una especie de trance.

¿A quién dejarás sin vigilancia?

Fue dejando atrás una manzana tras otra hasta cruzar el puente, adelantando a un coche que se apartó de la sombra que, sólo por un instante, apareció en la visión periférica del conductor. Después, también el puente quedó atrás. Ramona pasó junto al lugar donde se había encontrado con el motorista la noche anterior. Continuó frenéticamente, impulsada por el gran temor que sentía. ¿Y si era demasiado tarde para llegar junto a sus amigos? ¿Y si había tomado la decisión equivocada y a Zhavon le ocurría algo terrible?

Al ver el garaje, Ramona no sintió alivio, sino un instante de inexplicable terror. Todo parecía oscuro y tranquilo desde fuera.

¿Tranquilo como siempre o demasiado tranquilo?

La pregunta apenas había tenido tiempo de pasar por su mente cuando llegó a la puerta. La abrió violentamente, y las cadenas se partieron bajo una fuerza que los eslabones no podían resistir. El tintineo de los pedazos dispersándose por el aparcamiento se perdió en el estruendo de la puerta metálica al chocar contra la pared de aluminio. Ramona entró a la carga, lista para atacar.

Darnell saltó de su asiento, girándose para quedar frente a ella. Ramona pudo captar un fugaz atisbo de Jen escurriéndose por el foso más cercano.

—¡Hijos de…! —empezó a gritar Darnell, pero su juramento se desvaneció mientras el reconocimiento sustituía poco a poco a la sorpresa en su rostro—. ¿Qué *demonios* haces?

Ramona estudió rápidamente el oscuro interior del edificio.

—¿Ha estado aquí? —ladró.

—¿Qué…? ¿Quién? —Darnell, ya enfadado y bastante avergonzado por el hecho de haber sido sorprendido con la guardia baja, no se mostraba más tranquilo ante la casi frenética actitud de Ramona.

El motorista, empezó a decir ella, pero entonces se dio cuenta de que no era él quien más la preocupaba. *El desconocido*.

—Quien sea.

—¡Nadie más que una loca derribando la jodida puerta! —gritó Darnell.

Una luz parpadeó en el foso donde se había ocultado Jen. La cabeza de la chica apareció por el borde, con su lámpara de mecánico.

—¿Ramona? ¿Eres tú?

—¡Apaga la puta luz! —contestaron al unísono Ramona y Darnell mientras se tapaban los ojos.

Cuando Jen apagó la luz y quedaron envueltos por la oscuridad, Ramona oyó, por segunda vez aquella noche, el chirrido de unos neumáticos. La otra vez había esperado oír un choque, y por fin ocurrió.

Un rugiente motor resonó en un súbito *crescendo* de destrucción y metal destrozado cuando un coche atravesó la puerta izquierda de vehículos del garaje. Un faro estalló en un cegador torbellino de chispas y cristal. El coche acabó de arrancar la puerta y se detuvo junto a los fosos.

Ramona se apartó de un salto del coche y la puerta. Darnell no tuvo tanta suerte: el coche le golpeó en el costado, lanzándole por el aire a través de la oscuridad.

Ramona rodó, levantándose de un salto. El faro superviviente proyectó una siniestra luz por el garaje mientras el viejo coche frenaba entre el olor a goma quemada. Casi al instante se abrieron tres de las cuatro puertas, por las que salieron el motorista y otros dos tipos con uniforme similar: camiseta barata, vaqueros ajustados y desteñidos, botas negras…

—Hey, dulzura —llamó el motorista en dirección a la oscuridad, mientras sus compañeros le flanqueaban—. ¿Lista ya para jugar con los chicos grandes, o quieres hacer ese salto del ángel de verdad?

Ramona encontró al tacto una gran llave sobre una pila de cajas. El peso de la herramienta era sólido y reconfortante en su mano. La grieta en el mango no era un problema para ella. Con un rápido movimiento como si estuviese usando un hacha, lanzó la llave al motorista.

Le acertó en la sien, abriéndole la cabeza. El motorista dio un paso atrás, tambaleándose, pero no llegó a caer. Cuando recuperó el equilibrio, para desmayo de Ramona, lucía una maligna sonrisa.

—Ven con papá, nena —dijo, lamiéndose los labios y adentrándose en la oscuridad, hacia el lugar de donde había salido la llave. Parecía haber olvidado el reguero de sangre que bajaba por su rostro, y el golpe que hubiese matado a un

mortal.

Ramona miró a su alrededor en busca de otras armas mientras se alejaba del motorista. ¿Podía ser la misma persona que la noche anterior se había acobardado ente la perspectiva de luchar con ella? Sí, lo era, pero ahora tenía la ventaja del número.

O eso pensaba.

De pronto, un bestial rugido se impuso al motor del coche. Darnell llegó desde las sombras cruzando el aire como una demoníaca ave de presa. Cayó sobre los dos Sabbat que estaban tras el motorista, derribándolos con su furioso ataque.

Mientras el motorista se giraba al oír la conmoción, Ramona se lanzó a su garganta. El motorista detectó el ataque en el último segundo, pero sólo tuvo tiempo de desviar el golpe, no de esquivarlo. La fuerza de Ramona le hizo caer al suelo.

Por un momento, hubo cinco vampiros retorciéndose en una masa en el suelo como gusanos sobre la carroña. Pálidos cuerpos debatiéndose para prevalecer. Ramona y el motorista fueron los primeros en liberarse: ambos se aparataron rodando, levantándose después de un salto.

Darnell se puso sobre uno de sus dos adversarios, atacando su rostro con garras y colmillos. La desdichada criatura luchó para defenderse, pero con poco éxito ante el salvajismo de Darnell. Pero a su espalda, el otro Sabbat desenfundó un .38 especial, apuntándole a la cabeza.

Ramona se adelantó para salvar a su amigo, pero el motorista aprovechó la distracción para golpearla en el cogote con un puño duro como el hierro. Ramona cayó de rodillas mientras el tiempo parecía congelarse ante sus ojos.

De pronto, Jen salió del foso que había tras el Sabbat del revólver. Tenía un juego de cables de encendido en cada mano, y los usó contra el desprevenido pistolero.

Los cables debían de estar conectados a una batería en el foso, pues empezaron a brotar chispas de las pinzas, y también del vampiro del Sabbat: el revólver se le cayó de la mano mientras se contorsionaba de forma antinaturalmente rígida. Chisporroteantes descargas eléctricas recorrían su cuerpo, que se sacudía espasmódicamente. El vampiro puso los ojos en blanco, y un humo acre y el olor de la carne chamuscada parecieron llenar el garaje. A cámara lenta, el vampiro cayó sobre una rodilla, y con la boca abierta y babeando, se derrumbó sobre el suelo.

Jen, con el horror pintado en la cara, se apartó de su víctima. El otro Sabbat aprovechó la muerte de su amigo para huir de Darnell y salir a la carrera del garaje

con las manos sobre el rostro ensangrentado.

El motorista no pasó por alto nada de lo ocurrido. Se quedó paralizado por un momento, indeciso entre seguir luchando o huir como su compañero. Aquella vacilación le costó cara.

Ramona le pateó con todas sus fuerzas en la mandíbula. El chasquido de los huesos al romperse sonó por encima del zumbido de los cables de Jen.

El motorista aterrizó a unos metros de distancia, aturdido. Cuando se sentó por fin, su mandíbula estaba torcida a la derecha en un ángulo bastante extraño. Alzó una mano para tocarse la barbilla con cautela.

Ramona se acercó a él.

—Habías dicho algo sobre los chicos grandes —le recordó—. ¿Cuándo van a venir? —Un destello de duda cruzó las facciones del motorista—. Quizá seas *tú* quien practique el salto del ángel desde el puente.

Ella y Darnell se acercaron más al motorista. Jen, dando un amplio rodeo a causa del cuerpo electrificado en el suelo, se situó nerviosa tras ellos.

El motorista aún parecía aturdido por la patada con giro de Ramona. En lugar de responder a sus burlas, escupió sangre sobre el suelo, algo que obviamente le provocó un gran dolor.

Ramona se acercó un poco más. No pensaba ni por asomo que el motorista y sus compañeros hubiesen tenido misericordia con ella. Por lo poco que sabía del Sabbat, primero de la Costa Oeste y ahora de la Este, no eran precisamente compasivos. El chico de la moto no había contado con Darnell y Jen, ¿a que era una putada?

Pero su siguiente paso fue interrumpido por el sonido de más motores… coches, en su mayoría, y acercándose.

Ramona se volvió de nuevo hacia el motorista. Con la mandíbula rota y todo, su cara se retorcía en una enloquecedora mueca de burla.

—Más vale que te des prisa —murmuró dolorosamente, cuando la risa, que sonó en su garganta como una tos ahogada, empezó a sacudir su cuerpo.

—*¡Novata!* —Una voz distinta a sus espaldas atrajo la atención de Ramona.

Se volvió para ver la mitad superior del desconocido saliendo de una abertura en el suelo, donde antes había habido una pila de cajas.

—*¡Por aquí, rápido!* —Su voz era autoritaria. No había rastro de desesperación en ella, pero dejaba claro que nadie se retrasaría en obedecer.

Ramona volvió a mirar al motorista, que reía de forma enfermiza. Le salía sangre

de la boca.

Le dio otra patada en la cara. Él giró y cayó desmadejado, inerte. Ramona no había terminado. Quería arrancarle la cabeza.

Pero el desconocido estaba esperando. La abertura estaba en un sitio donde Darnell y Jen no podían verla. Sólo Ramona. Clavó los ojos sobre ella.

Los coches que habían alegrado al motorista estaban ya muy cerca. Las luces de los faros entraban por el agujero donde había estado la puerta. El motorista yacía completamente inmóvil, pero aquellos coches tenían que ser del Sabbat. Cuántos, Ramona no lo sabía. Y tampoco quería descubrirlo.

—Vamos —llamó a Jen y Darnell. Los guió hasta la trampilla abierta. El desconocido no estaba por ninguna parte.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó Jen.

Ramona se encogió de hombros.

—Estaba debajo de unas cajas.

Se detuvo ante la abertura. ¿Quién era aquel desconocido que primero la amenazaba y después la ayudaba? Pero un coche atravesando la otra puerta del garaje apartó la pregunta de su mente. Ramona se lanzó por la abertura, seguida por Jen y Darnell, que tuvo la presencia de ánimo necesaria para cerrar la trampilla tras él.

Estaban apretujados en un túnel bajo y angosto, recorrido por cañerías de todos los tamaños. La única luz era la que se filtraba por los bordes de la trampilla.

—Estupendo —musitó Ramona. Su primer pensamiento fue que el desconocido había saltado fuera mientras ella no miraba, y que ella y sus amigos estaban atrapados… al menos hasta que los refuerzos del Sabbat descubriesen la trampilla.

O quizá el desconocido hubiese huido ya.

Avanzó a rastras en la oscuridad. Sus ojos se estaban ajustando rápidamente.

—¡Au! —Jen no había mantenido la cabeza gacha.

—*¡Cierra esa puta boca!* —siseó Darnell con severidad.

Ramona los ignoró y siguió arrastrándose, hasta que estuvo a punto de caer de cabeza en el agujero que se abría bajo ella. Se detuvo tan abruptamente que Darnell chocó con su trasero, y Jen a su vez con el suyo.

—*¡Hey!*

—*¡Que cierres la puta boca!*

Ramona se arrastró por el agujero.

—Por aquí. Hacia abajo —dijo por encima del hombro por si no la veían.

Las cañerías fueron sustituidas por tierra y piedra, pero el nuevo túnel no resultaba más espacioso. Más bien todo lo contrario. Ramona nunca había estado bajo tierra, ni había tenido motivos para pensar que la claustrofobia pudiera ser un problema para ella, pero de pronto pudo sentir que el aire escaseaba cada vez más.

Ya no necesitas respirar, jodida, se recordó mientras seguía arrastrándose para que Darnell y Jen pudiesen avanzar tras ella.

El túnel iba hacia abajo, y aquélla parecía una dirección tan buena como cualquier otra. Un pequeño chorrito de agua de olor pútrido guiaba a Ramona. El techo del túnel bajaba más pronunciadamente que el suelo, y el espacio se iba reduciendo. Ramona no tardó en encontrarse con la cara vuelta hacia un lado, la mejilla hundida en el cieno. Tras ella, Jen se quejaba y Darnell maldecía por lo bajo. La espalda de Ramona rozaba el techo, pero ya estaba tan apretada contra el suelo como podía.

Observó la oscuridad ante ellos. Sus ojos se habían ajustado todo lo posible. Sencillamente había muy poca luz, y nada que ver salvo piedra y tierra. No quería quedarse atascada, pero tampoco quería intentar decir a Jen y Darnell que retrocediesen para intentarlo en la otra dirección o volver al garaje. Lo mejor sería avanzar.

Ramona se impulsó hacia delante con un poco más de fuerza, apretando en el lugar adecuado.

—Aquí se abre un poco —dijo a los otros.

El túnel también se inclinaba más hacia abajo. Apresuraron el paso y no tardaron en llegar a una curva. Ramona pudo sentir el aire fresco en su rostro. Veinte metros después salieron a la orilla del río Hudson, no muy lejos del Puente George Washington.

Ramona miró a su alrededor, pero no había ni rastro del desconocido. Estuvo a punto de preguntar a sus amigos si le habían visto, pero decidió que no era ni el momento ni el lugar adecuado. Las discusiones con Jen y Darnell tendían a degenerar rápidamente en disputas, y Ramona quería alejarse un poco más del Sabbat, por muchos de aquellos bastardos que hubiese por los alrededores.

—Por aquí —dijo, siguiendo el río hacia el norte.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Jen mientras se quitaba la sudadera exterior, manchada por delante con el cieno del túnel.

—A Hayesburg —dijo Ramona. Nueva York se había vuelto de repente muy peligrosa para todos. *Igual que Los Ángeles*, pensó.

Darnell debía de estar de acuerdo. De lo contrario no hubiese vacilado en discutir.

—Hayesburg —repitió—. ¿Dónde está eso?

—No lo sé. Supongo que tendremos que encontrarlo.

Ramona se mantuvo alerta, en busca de cualquier Sabbat al acecho… o del desconocido que parecía haberse interesado en ella, para bien o para mal. Mientras aceleraba el paso, intentó decidir qué haría si volvía a encontrarse con él: ¿darle las gracias, o patearle el culo? No pudo encontrar una respuesta.

Domingo, 18 de julio de 1999, 4:39 am
Interestatal 81-Norte, cerca de Roanoke, Virginia

El sol y la luna, mano a mano en su blanco resplandor, estaban atrapados en el pequeño espejo. Delante, las líneas blancas aparecían rítmicamente de entre las sombras, una tras otra, como hermosos cisnes, siguiendo infaliblemente a su predecesora.

Todo lo demás era oscuridad.

El aire movido por los cisnes al pasar golpeó el rostro de Leopold. Parpadeó para apartar las lágrimas escarlata evocadas por la dulce cacofonía visual de la Visión y la no Visión. La luz blanca del sol y la luna ardía en el espejo, rompiéndose en un espectro de matices que le llamaban para que se perdiese en su desnuda pureza. Las franjas del arco iris le envolvían. El sol y la luna habían dejado de estar encerrados. Los orbes gemelos se expandían más allá de los bordes de plástico del espejo, bañando a Leopold en una luz cegadora.

En el mismo instante, los cisnes, sin romper su formación en fila india, viraron rápidamente hacia la derecha. Sonó un grave cuerno que hizo estremecerse a Leopold hasta los huesos. El ruido estaba a su espalda. Miró por encima del hombro para enfrentarse al sol y la luna, libres del espejo retrovisor, mientras descendían sobre él.

Leopold se retorció al volante, virando a la derecha y pasando de nuevo entre los cisnes. El sol y la luna le dejaron atrás entre rugidos. Los espectrales colores lanzaron un destello más y desaparecieron…

Las ruedas del coche se separaron del asfalto, vacilando sobre la grava cuando el vehículo empezó a dar bandazos. Los instintos afinados durante la lejana experiencia mortal se impusieron, y Leopold giró el volante, compensando y girando en la otra dirección para corregir el patinazo. Dos ruedas se alzaron del suelo, y el coche estuvo

a punto de volar por un momento que se prolongó hacia la eternidad… cayendo después y patinando hasta que se detuvo.

Leopold pudo ver en su mente el siguiente momento que no había llegado a tener lugar… el coche dando vueltas sobre el costado y el techo, cayendo después a la cuneta entre una lluvia de cristales rotos y metal retorcido.

El silencio calmó la vertiginosa mezcla de Visión y noVisión. Las líneas blancas se quedaron quietas en la calzada, allí donde habían tomado la forma de cisnes en vuelo. El sol y la luna se convirtieron en pequeñas y penetrantes luces rojas que se habían detenido un centenar de metros interestatal abajo.

La risa de la musa se perdió en la distancia, burbujeando desde ninguna parte. En la confusión del momento, Leopold la había pasado por alto. Se dio la vuelta, intentando captar un atisbo suyo, pero aquel movimiento hizo que el mundo cayese de nuevo en un torbellino de locura.

Recostó la cabeza sobre el asiento, dejando que la musa escapase sin problemas.

Ella no le abandonaría. Estaba más seguro de ello a cada momento que pasaba. Él era su elegido, un conducto de insospechada revelación. Le seguiría guiando para que pudiese crear la perfección. Siguiendo los impulsos que ella le enviaba, Leopold había liberado a aquel joven de Atlanta de su automóvil y conducido hacia el norte toda la noche anterior, y toda la siguiente.

Las respuestas estaban en aquella dirección. No tenía duda.

Aun así, comprendió que la mañana no tardaría en llegar. Tendría que encontrar otro refugio enseguida. El viaje hacia el norte continuaría la noche siguiente.

Pisadas. A medida que el mundo se asentaba a su alrededor, Leopold percibió a medias que un hombre se acercaba desde la dirección del camión que le había hecho salirse de la carretera.

—Por Dios, ¿se encuentra bien? —preguntó el camionero—. ¿Está borracho, es idiota o qué… Jesús, su ojo…?

Leopold se lanzó hacia delante, atrapando al camionero por la ventana abierta, y en cuestión de un latido estuvo alimentándose de su cuello roto.

Unos pocos minutos después, Leopold se alejó del cuerpo sin vida al borde de la I-81 y cruzó la mediana hacia las calles vacías que iban hacia el sur.

Había una parada de camiones algo más atrás, pensó. *Convenceré a algún conductor para que me dé cobijo*.

El conductor no saldría durante el día. De eso, Leopold estaba seguro.

SEGUNDA PARTE:
«HUESO»



Jueves, 22 de julio de 1999, 1:02 am
Vieja escuela elemental de Hayesburg, Hayesburg, Nueva York

Tumbada boca arriba sobre el duro suelo de madera, Ramona miró sin ver las tenebrosas alturas del techo abovedado. Cerró los ojos. Toda su voluntad estaba concentrada en resistir el impulso que llevaba tentándola toda la noche. Las pisadas que sentía y oía acercarse eran a la vez un alivio y una distracción. Ramona reconoció a Jen sin necesidad de verla: un paso discreto, vacilante pero no furtivo.

Jen se detuvo a unos pocos metros, pero no dijo nada. Ramona abrió los ojos. La única luz en la cavernosa habitación entraba por las ventanas más próximas al techo, procedente de las farolas de la calle. Jen asintió con una sonrisa nerviosa. Sus labios, que Ramona imaginaba antaño fruncidos como los de una hermosa modelo, estaban extremadamente pálidos.

—No quería molestarte —dijo. Pasaron los segundos. Jenny parecía cada vez más incómoda por el silencio—. Pensé que podías estar…

—¿Durmiendo? —preguntó Ramona en tono desdeñoso—. ¿Acaso tú duermes de verdad? ¿Aun de día?

Jen cogió una silla para sentarse. Las únicas que habían encontrado en aquella escuela elemental eran de tamaño infantil —al parecer todos los adultos se habían llevado sus sillas consigo cuando se cerró el edificio— y Jen, sentada allí en el centro del por lo demás vacío gimnasio, parecía encoger para adaptarse a la silla en lugar de hacer que pareciese diminuta. Recordaba a una niña sola en un vasto espacio oscuro.

—No —contestó—. No *siento* que duerma. Pero lo hago… creo.

—¿Sueñas?

Jen meneó la cabeza lentamente.

—No, que yo recuerde. —Bajó la mirada a los pies—. No es como estar dormida.

Es como…

—Como estar muerta —dijo Ramona. Las palabras quedaron suspendidas en el silencio de sepulcro del gimnasio.

Jen apretó los párpados y siguió meneando la cabeza en un intento de negar lo que sabía que era cierto. Ramona ya había pasado por ello, en cierto modo aún lo estaba haciendo, pero no hasta el grado de Jen. Quizá su amiga hubiese perdido más con su vida mortal y aquello lo hiciese más duro.

Una lágrima carmesí cayó por el rabillo del ojo de Jen, traicionando su incapacidad de aceptar la nueva realidad. La gota cayó sobre el suelo reluciente. Ramona alzó un dedo y siguió el rastro de la lágrima por la mejilla de Jen, llevándose después el dedo a la lengua.

Vampiros, pensó Ramona.

Mientras saboreaba la rica sangre, la palabra se aferró a su mente.

Vampiros.

Darnell estaba en lo cierto. ¿Cómo podía pretender Jen que eran algo distinto? Pero machacar a Jen no iba a arreglar las cosas. ¿Acaso Darnell no podía verlo? ¿No había sentido nada de lo que estaba pasando Jen? ¿No tenía reparos ante el monstruo en que se había convertido?

Estoy asustada de aquello en lo que me he transformado, pensó.

—¿Cuándo acabará esto? —susurró Jen. La sangre se acumulaba sobre sus párpados.

—No lo sé. —Ramona volvió a cerrar los ojos. Aún podía notar el sabor de la sangre de Jen. Sintió de nuevo el impulso que llevaba negando toda la noche.

Éste es el siguiente paso, pensó.

A diferencia de su amiga, había aceptado su transformación en vampira, pero ahora estaba descubriendo lo que verdaderamente significaba.

—A veces tienes que tragártelo todo —se dijo en voz alta.

Al oír el profundo suspiro de Jen, Ramona comprendió demasiado tarde que su comentario debía de haber sonado como una impertinente muestra de desdén por las preocupaciones de Jen. Ramona se sentó, intentando arreglar su error, pero Jen ya se había levantado de un salto y estaba a medio camino de la salida: intentaba contener los sollozos, pero las gotas de sangre iban marcando su camino.

Ramona suspiró. *Esta chica tendrá que endurecerse algún día*. Pero le hubiese gustado tener compañía aquella noche.

¿Dónde se ha metido Darnell? se preguntó. Antes había estado husmeando por el sótano, subiéndose a las pilas de muebles de desecho, buscando un subsótano o alguna zona de almacenamiento que estuviese todavía más lejos de la luz solar.

—¿De verdad es necesario que hagas eso? —le había preguntado Ramona, recibiendo sólo un gruñido como respuesta mientras Darnell seguía con lo suyo.

Él y Jenny habían reaccionado de forma extraña ante el más reciente descubrimiento de Ramona.

Habían dejado Nueva York cuatro noches atrás. La primera noche cubrieron muy poco terreno. Ramona había robado un mapa en una tienda, y encontraron un piso abandonado donde pasar el día.

La segunda noche se dirigieron al norte, hacia Hayesburg. Al principio fue lento. Parecía haber asesinos del Sabbat acechando en cada sombra. Incluso Darnell se mostraba nervioso. Ramona buscó sin éxito indicios del Sabbat y del misterioso desconocido, que tenía un aire de peligro pero al mismo tiempo había hecho posible su huida. De nuevo buscaron un edificio abandonado donde pasar el día con relativa seguridad.

Pero la noche siguiente avanzaron mucho más hacia el norte, encontrándose sin un techo cuando las primeras manchas naranja y rosa de la mañana empezaron a extenderse por el horizonte. Ramona y sus compañeros estaban en las afueras de uno de los pueblecitos que salpicaban la ribera del Hudson, y no había ningún refugio a la vista.

—¿Ha habido suerte? —preguntó a Darnell, que acababa de hacer un tercer barrido por la ciudad—. ¿Algún edificio incendiado?

—Nada con un sótano —gruñó él.

Jen atendió obsesivamente a sus uñas y se quedó sentada en ansioso silencio.

—¿Por qué te preocupas por el sol? —atacó Darnell—. Tú no eres un vampiro, ¿recuerdas?

Ramona bloqueó la discusión. No tenía tiempo para ella. Los tres, junto con su otro compañero Eddie, habían cruzado gran parte del país con su furgoneta con ventanas selladas —idea de Eddie— sin que les faltase nunca un sitio donde pasar el día. Quizá, pensó Ramona, hubiesen debido conservarla, o conseguir otra. Pero a medida que pasaban las semanas, había aborrecido cada vez más la idea de estar metida en un vehículo de cualquier clase. Las dos noches de viaje a pie desde la ciudad habían sido largas, pero les habían permitido estar en activo. Hubiese sido peor

estar encerrados en un coche, preguntándose si cada vehículo con el que se cruzaban llevaría a bordo un escuadrón de choque del Sabbat. Además, con sus sobrenaturales capacidades físicas habían hecho un buen tiempo.

Un coche no sirve para nada, decidió. La noche era para explorar, para oler la brisa, para sentir el suelo bajo sus pies.

Bajó la mirada hacia las garras que habían sido sus pies —tanto Darnell como Jen lo habían notado, estaba segura, pero habían tenido suficiente sentido común como para no mencionarlo— y las enterró en el suelo. Una fresca comodidad invadió sus pies, como si tuviese una afinidad natural con la misma tierra. Profundizó un poco más, y de pronto, sorprendentemente, sus pies empezaron a hundirse. Aunque era algo inesperado e inexplicable, de alguna forma parecía correcto; era como si fuese lo apropiado.

Unas palabras de su perdida fe mortal volvieron a su mente: Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

—Venid aquí —llamó a sus amigos.

Perplejos, obedecieron, cada uno tomando una de las manos extendidas de Ramona.

—Cerrad los ojos. No penséis en nada —les dijo.

A través de las yemas de sus dedos, Ramona podía sentir la sangre que había bajo la carne no muerta que aferraba. Podía sentir la incomodidad con la que Darnell sostenía su mano, y la tensión en cada uno de los músculos de Jen. Pero Ramona también podía sentirlos a través del suelo bajo sus pies. Sintió el frescor, la acogida de la tierra, e instintivamente dejó que aquella afinidad se extendiese a sus compañeros. Jen y Darnell empezaron a entrar en su trance sin darse cuenta, y la tierra les dio también la bienvenida.

Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

—¿Qué estás…? —Jen empezó a protestar débilmente bajo el peso del trance, pero Ramona le dio un feroz apretón con la mano y volvió a reinar el silencio.

El escalofrío se extendió desde sus pies y subiendo por sus piernas. De alguna forma, pudo percibir que ellos también lo sentían. Abdomen y torso fueron aceptados por la tierra. Ramona hizo un esfuerzo de voluntad para tranquilizar a Jen. Darnell aceptó el abrazo con actitud pasiva, si no cómoda. Sus cuerpos se hundieron en la tierra, fundiéndose con el suelo al que habían vuelto.

Ramona imaginó los primeros rayos del sol pasando entre las hojas. En su mente,

las hojas se incendiaron, uniéndose a las llamas que brotaron de su carne cuando el sol llegó a su rostro. ¿Estaba ardiendo? Se había sumergido demasiado profundamente en el estupor de los muertos para saberlo, para preocuparse. La tierra se la tragó, extinguiendo el fuego, abarcando cada fibra de su ser.

Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

Oscuridad. Frío. Seguridad. Olvido.

Cuando Ramona abrió los ojos, la noche había caído de nuevo. El vengativo sol había sido desterrado hasta la mañana siguiente. Estaba tumbada en una depresión del suelo, con Jen y Darnell a los lados. Sus compañeros se agitaron, despertando como si saliesen de un sueño. Ramona se quedó quieta, saboreando la frescura, el escalofrío que había impregnado su carne.

Podría quedarme allí, supo de pronto. Podría hundirme profundamente en la tierra y no volver. La idea era apetecible, ¿pero qué pasaría con sus amigos? ¿Y con Zhavon?

Jen se sentó, mirando al frente con expresión vacua. Darnell se estaba sacudiendo la tierra de la ropa. Ninguno dijo nada, evitando la mirada de Ramona.

Por fin, Jen se volvió hacia ella, con el miedo marcado en sus rasgos.

—¿Cómo…?

Darnell se puso en pie de un salto y dio una palmada a Jen en el cogote.

—¡Silencio! Y tú… —dirigió su atención y un largo dedo acusador a Ramona—. ¡Nunca más vuelvas a hacerme eso!

Tras hablar, Darnell se encaminó hacia el pueblo a grandes zancadas. Jen, demasiado confusa para enfadarse con Darnell, seguía observando a Ramona como un gorrión a un azor.

—Simplemente ocurrió —dijo Ramona en respuesta a la pregunta que Jen había empezado a formular. Simplemente ocurrió.

Se puso en pie y tomó la misma dirección que Darnell. Tras un momento, oyó los pasos de Jen tras ella.

—No pude impedirlo —dijo su amiga.

—Si lo hubieras hecho, el sol hubiese acabado contigo —gruñó Ramona. No entendía todo lo que estaba pasando. ¿Cómo podía explicárselo a sus amigos si no eran capaces de *sentirlo*?

Llegaron a Hayesburg la noche siguiente. Ramona había sabido que Zhavon no

estaba lejos, pero tampoco podía decir por qué. Sencillamente lo *sabía*. Sin embargo, no había tenido tiempo de buscar a la chica, pues Darnell y Jen, por una vez de acuerdo, habían insistido en buscar un refugio si iban a quedarse allí.

Ramona había estado a punto de sugerir que ya no necesitaban un edificio como refugio, pero se lo pensó mejor al ver la cólera en los ojos de Darnell y el miedo en los de Jen. Habían encontrado la vieja escuela y pasado el día allí.

Ahora, estaba echada en el suelo, sus dedos tocando el barniz sintético que preservaba la madera, y el sonido de las pisadas y sollozos de Jen se perdió en la distancia.

Esta vez dejaré que lo hagan a su manera, pensó Ramona. Había pasado el día en la escuela con ellos. *¿Pero de qué están asustados?* se preguntó. Sumergirse en la tierra para huir de la luz del sol se había vuelto tan natural para ella como… como beber sangre. *Es otra parte de esta… de cosa en la que nos hemos convertido. Una parte para la que ellos no están preparados todavía*.

Ramona se sentó en el suelo pulimentado, mirando sus pies y curvando y enderezando los retorcidos dedos convertidos en garras. Había algunas cosas para las que ella tampoco estaba preparada. Pero no había tenido opción. Quizá no tuviese nada de malo que Jen y Darnell se aferrasen todo lo posible a lo que quedaba de sus vidas anteriores.

No debería atosigarlos, decidió. Además, ya tenía bastantes problemas como para buscarse otros.

Toda la noche, antes de que Jen se acercase a ella, Ramona había estado allí tumbada, intentando detectar la causa de los impulsos que estaba sintiendo. En los días anteriores al cambio, siempre había sido muy consciente de sus humores y motivaciones. La transformación había llevado consigo toda una serie de nuevas causas y efectos, muchos de los cuales había aprendido mediante la prueba y el doloroso error. La lista de peligros se había convertido en una especie de mantra:

Cuidado con el sol: quema la carne.

Cuidado con la falta de sangre: el hambre tomará el control.

Cuidado con el exceso de sangre, su visión y su olor: el hambre, de nuevo, tomará el control.

Cuidado con los de tu propia especie: están por todas partes.

Sorprendentemente para Ramona, que nunca había tenido inclinaciones poéticas, la corriente de las palabras había evolucionado de forma natural, con el ritmo

emergiendo de algún lugar oculto dentro de ella, de una canción interior que ya no estaba enmascarada por el sonido de un corazón latiendo.

Aquella noche, sin embargo, Ramona se debatía con un nuevo impulso. O, si no nuevo, sí mucho más fuerte de lo que había sido antes.

Zhavon.

Ramona sabía que la chica había sido enviada a Hayesburg, pues su madre esperaba que un pueblo pequeño fuese más misericordioso que la ciudad con el tipo de error que había estado a punto de matar a Zhavon… que *habría* matado a Zhavon de no ser por Ramona. La presencia de la muchacha mortal era la razón por la que Ramona había llevado a sus amigos hasta allí. El ataque del Sabbat había sido una útil excusa: en otro caso, Darnell se hubiese opuesto a ello, no por tener alguna idea mejor, sino porque era lo que Darnell hacía. Él y Jen habían seguido a Ramona porque estaban perdidos en aquel nuevo mundo de la noche. Sin pretenderlo, Ramona había señalado un propósito… o al menos un principio del mismo.

Zhavon.

¿Qué era lo que le atraía hacia aquella muchacha, lo que había dirigido, conscientemente o no, los pasos de Ramona a aquel vecindario, aquella escalera de incendios, aquella ventana? Deseó saberlo, porque de nuevo se sentía atraída a las calles, y aunque Ramona no había explorado todavía la nueva ciudad con detalle, sabía dónde —o con quién— acabaría.

Pero como había hecho durante las últimas horas, Ramona se negó y permaneció en la escuela elemental. Sentada a solas en el centro del gimnasio, contempló, viendo sólo a medias, las sombras donde en el pasado habían jugado algunos niños, hecho ejercicio y quizá incluso sido obligados por algún sádico profesor a practicar el baile de figuras. *¿Por qué no voy en su busca?* pensó. *Es para lo que hemos venido… para lo que he traído a mis amigos aquí.*

El pensamiento apenas había tenido tiempo de formularse en su mente cuando Ramona ya estaba fuera. Se apartó instintivamente del duro resplandor de las farolas. Vagos pensamientos la asediaban, pero eran mantenidos a raya por su armadura de sentidos físicos en hiperalerta: los coros de grillos casi ahogaban el sonido de las alas de los murciélagos en torno al edificio de la escuela; el fuerte y terroso olor del fertilizante mezclado con los tenues aromas industriales que flotaban sobre la ciudad; los golpes en el asfalto bajo sus pies.

Ramona se entregó a las sensaciones. Sus poderosos músculos y agudos reflejos

no necesitaban su guía para moverse de forma rápida pero cautelosa, para mantenerse oculta… no había movimiento a aquellas horas en la somnolienta ciudad, pero los monstruosos pies de Ramona, al descubierto, llamarían la atención de cualquier mortal. Caminaba sin una meta definida, pero consciente de hacia dónde acabaría dirigiéndose inevitablemente su vagabundeo.

El colegio ya no estaba a la vista. Un perro ladró varias manzanas más allá, iniciando una pequeña reacción en cadena cuando se le unieron otros dos en un coro que duró un par de minutos… bastante más de lo que duraría cualquier recuerdo de lo que les hubiese hecho ladrar. Ramona ignoró el impulso menor de encontrar a uno de ellos, de enroscarse junto a él y disfrutar de la cálida comodidad de un corazón latiendo y una lengua húmeda. Se parecía mucho a ellos en ciertos aspectos, pero también era muy distinta.

Finalmente se encontró ante una pequeña casa estilo rancho en una hilera de viviendas similares, un conciso rectángulo de ladrillos rojos que la oscuridad casi teñía de negro. Qué poco, comprendió Ramona, sabría la gente de aquellas pequeñas casas de la vida que había tenido ella como mortal, y cuánto menos de la existencia que le había llegado después.

La madre de Zhavon ha hecho bien enviándola aquí, pensó. Ya había demasiadas trampas en el mundo para encima ir buscando los peligros que podía ofrecer la ciudad.

Ramona trepó a una rama baja en el árbol que había frente a la ventana… *la* ventana. *¿Cómo lo sé?* se preguntó brevemente, pero ya había dejado de intentar responder a todas las preguntas que se le planteaban. *Lo sé.*

Y mientras su bestial mirada atravesaba la oscuridad, supo también por qué había tenido razón al temer acercarse allí.

Jueves, 22 de julio de 1999, 2:31 am
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Ojos rojos y resplandecientes atormentaban los sueños de Zhavon, y cuando cruzó el umbral entre el sopor y la vigilia, todo lo demás se desvaneció, transformándose.

Pero los ojos permanecieron.

Zhavon parpadeó con fuerza. Sabía que ya no estaba soñando, pero se sentía menos que despierta. Los ojos seguían allí, al otro lado de la ventana.

¿No deberían haberse ido? se preguntó aturdida. *Me he despertado. No tendrían que seguir aquí.*

Pensó, sin muchas ganas, en llamar a Tía Irma… era tan dura como Mama y tres veces más grande: *nadie* se metía con Tía Irma. Pero para Zhavon, la proximidad de su tía, las mismas paredes de la casa a su alrededor, parecían menos reales que aquellos ojos rojos.

Vigilantes.

Zhavon no se había despertado sorprendida. No huyó gritando de aquellos ojos en la ventana, pero una voz en su interior le aconsejaba cautela. *Llama a Tía Irma*, decía. *Llama a la policía. Ahora*.

¿Era la voz de Mama, o la que estaba siempre dentro de ella, la que habitualmente ignoraba? Zhavon sabía que aquella vez tenía razón —el pelo de punta en sus brazos y su nuca lo confirmaban— pero era una voz muy débil, y a cada segundo parecía estar más lejos.

Su mente recuperó viejos peligros: el asalto, el extraño par de zapatillas en la escalera de incendios. Pero todo aquello había sido allá en la ciudad. Allá en casa.

Llama a Irma… llama a la policía… ahora…

La voz sonaba entrecortada, como una radio que no recibiese bien la señal. No.

Comprendió que no se trataba de interferencias de estática. Era otro sonido. El ruido blanco de su propia sangre circulando. El sonido de su pulso amplificado como si llevase unas caracolas gigantes en las orejas.

Irma… ahora…

Un mar de sangre engulló la voz, arrastrándola lejos, hasta que sólo quedó el inexorable ir y venir del océano.

Zhavon miró a través del cristal, y la imagen ante ella era la suya propia. Vio a través de aquellos ojos un mundo teñido de rojo sangre. Se vio a sí misma sentada en la cama, poniendo suavemente los pies en el suelo, quitándose el camisón por encima de la cabeza.

La voz… ¿qué estaba diciendo?

Vio su propio cuerpo, henchido de vida. Las venas no estaban tan cerca de la superficie, pero el ensordecedor rugido de una enorme ola embargaba sus oídos. Miró mientras buscaba una camisa, vaqueros, zapatillas.

La ola rugiente la llevó hacia delante, anulando el sonido de sus pasos. Su visión se oscureció.

Zhavon abrió los ojos… ¿habían estado cerrados? Giró un picaporte, abrió la puerta delantera y salió al exterior, a los brazos de la chica de sus sueños.

Jueves, 22 de julio de 1999, 2:40 am
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Ramona atrajo a Zhavon, estrechándola contra su pecho.

—Yo… yo… —intentó decir la chica.

Ramona chistó suavemente, acariciando los bucles de pelo de Zhavon, el hueco tras su oreja.

—Yo…

—Shhh.

Ramona pasó los dedos por la cabeza de Zhavon, trazando la línea de sus cejas, su mejilla, su mandíbula. La piel de la mortal irradiaba calidez… genuino calor, capilares, canales de sangre que sustentaba la vida, una corriente impulsada por los latidos del corazón. Bajó los dedos a lo largo de la curva de su cuello y se demoró allí. La yugular pulsaba irresistiblemente junto a los músculos tensos. Ramona pasó la boca sobre la suave piel. Su lengua salió disparada para saborear el miedo y la anticipación. Sólo una fina capa de carne se interponía ante lo que ansiaba.

Su lengua sintió la dura punta de los caninos extendidos en respuesta a su hambre.

¡No!

Ramona luchó por conservar el control. Se apartó de Zhavon, y el gemido de angustia que oyó no fue suyo.

Zhavon cayó de rodillas, con el rostro surcado de lágrimas.

Lágrimas reales, pensó Ramona. Se llevó los dedos a su propia mejilla, sintiendo humedad —no rastros de sangre— allí donde se había apretado contra Zhavon. *Lágrimas reales*.

Dio la espalda a la chica mortal y sintió que se alejaba tambaleándose.

No puedo. ¡No puedo! pensó desesperada.

La chispa de vida mortal, la llamada de la experiencia humana similar, las mismas cualidades de Zhavon que habían atraído a Ramona en primer lugar… eran las mismas que destruiría si saciaba su hambre, y sabía que, tal y como había sido incapaz de contener más de unas pocas noches su deseo de ver a la chica, una vez empezase a alimentarse no podría refrenar sus apetitos.

No puedo.

Las protestas de Ramona se fueron debilitando.

Tengo que marcharme de aquí.

No puedo.

Ramona se dio la vuelta, y vio con horror a Zhavon arrastrándose tras ella.

Jueves, 22 de julio de 1999, 2:46 am
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Zhavon no podía detener las lágrimas que empañaban su visión y corrían por su cara. Había visto dolor y hambre en lo más profundo de aquellos ojos rojos. Había visto deseo. Se encontró arrastrándose tras la chica… sin querer seguirla pero incapaz de detenerse. Hacía mucho que el pensamiento racional había dado paso a la tracción animal. Su cuerpo ya no seguía sus órdenes.

La otra chica dobló la esquina de la casa. Zhavon intentó mantener el ritmo, pero los músculos le fallaron. Siguió arrastrándose, temiendo que la hambrienta muchacha la dejase atrás. Pero cuando dobló la esquina de la casa, vio que no estaba lejos. De hecho, también se había dejado caer sobre las rodillas. Estaba dándole la espalda.

Zhavon cruzó la distancia entre ellas, notando vagamente los extraños y retorcidos pies de la otra. Pero los avisos de su mente quedaron silenciados bajo el océano llamado a la superficie.

Zhavon estaba lo bastante cerca como para tocar a la desconocida: alargó la mano y se la puso sobre el hombro.

Cuando la chica se giró para encararse con ella, Zhavon vio que la confusión inicial se retiraba bajo la ansia roja de aquellos ojos animales. Pero algo… una especie de súplica, de indefensión, llegó hasta ella.

—¿Ramona? —preguntó, insegura de cómo sabía su nombre, pero convencida de que no se equivocaba.

Y con el sonido de aquel nombre, el ansia tomó el control, y la bestia cayó sobre Zhavon.

Jueves, 22 de julio de 1999, 2:40 am
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Ramona oyó su nombre, supo que la chica la había nombrado. El animal dentro de ella lo supo también: se levantó y se lanzó a saciar su hambre.

Ramona desgarró el cuello de la camisa de Zhavon, rasgando la tela con ferocidad. Sus colmillos se clavaron en la base del cuello de la chica… a través de piel, músculo y tendones, buscando la arteria.

¡Allí!

La sangre fluyó a la boca de Ramona. Los pocos e insignificantes pedazos de carne que tragó fueron arrastrados por la dulce sangre, bombeados por el poderoso corazón de Zhavon.

La chica había caído derribada por el golpe inicial de Ramona, gritando de dolor… un dolor que Ramona recordaba. Los colmillos tenían a la vez la tosca fuerza de un martillo y la agónica penetración de mil agujas clavadas bajo las uñas.

Pero entonces la espalda de Zhavon se arqueó, y su gemido de dolor se convirtió en otra cosa al imponerse el éxtasis. Ramona sabía que si era amable, sería al final el placer y no el dolor lo que llenaría la mente de Zhavon.

Al final…

Ramona bebió codiciosamente. El hambre la impulsaba hacia delante. Todo su ser se recreaba en la presa.

La presa…

Zhavon se apretó contra Ramona. El abrazo de la mortal, sus dedos clavándose en los brazos desnudos de Ramona, podían haber sido el apasionado abrazo de un amante. Su cabeza se echó hacia atrás, y más lágrimas cayeron sobre el rostro de Ramona.

Los latidos del corazón de su presa llenaron a la vampira. El calor se extendió por sus miembros muertos, arrastrándose hasta sus extremidades. El hambre le hizo tomar más sangre. Supo que el corazón no tardaría en detenerse.

¡No!

Ramona interrumpió su alimentación. Un rastro de sangre corría por su barbilla.

La atracción por Zhavon y su familiar vida mortal no podía mantener el hambre a raya… ¡pero debía hacerlo! Nostalgia y sed de sangre… Ramona había sabido cuál ganaría. Por eso había pasado fuera gran parte de la noche.

Pero había cedido a la tentación.

Zhavon empezó a temblar en los brazos de Ramona. Pronto no quedaría suficiente sangre en su cuerpo para mantenerla viva. Entraría en estado de *shock* y después moriría.

No… por favor, no.

Ramona quería arrancarse de allí, huir a la oscuridad, pero cuando el siguiente latido de Zhavon bombeó más sangre a su boca, una nueva oleada de hambre la cubrió. Incapaz de detenerse, atacó de nuevo la herida abierta, profundizando, desgarrando la carne que la frenaba, extrayendo tanta sangre como podía.

Zhavon se agitó, pero era presa del éxtasis de la caza. No se debatió, sino que abrazó a Ramona con más fuerza, apretando sus cuerpos para que fuesen uno.

La voluntad de Ramona también estaba centrada en la caza. El hecho de que la humanidad de Zhavon se perdería para siempre no estaba del todo ausente de los deseos de la vampira, y también sabía que la suya propia menguaría un poco de alguna forma, que la siguiente ocasión en que se despertase su hambre no sería capaz de contenerse ni siquiera tanto como en aquel momento.

Había perdido por completo la voluntad de resistirse al hambre cuando la estaca de madera se clavó en su espalda… en su corazón.

Los ojos y la boca de Ramona se abrieron de golpe. Un grito de dolor salió de su garganta junto con un espumeante vómito de sangre.

Zhavon gimió patéticamente al ser liberada y se dejó caer al suelo.

Un segundo movimiento de la estaca hizo que acabase de atravesar el torso de Ramona y apareciese por su pecho. A pesar de la sangre fresca en su cuerpo, los miembros de la vampira fueron presa de un paralizante escalofrío. Intentó aferrar la estaca y empujarla hacia atrás, pero se quedó sin fuerzas antes de llegar a tocarla.

Mientras caía como una estatua, otra figura se inclinó sobre Zhavon. El recién

llegado olfateó en un momento la profunda herida en la base de su cuello, y después lamió los bordes. La hemorragia se hizo más lenta.

Ramona lo contemplaba todo como si fuera un cadáver en su propio funeral… presente pero incapaz de intervenir.

Ahora me matará, pensó, *y después a Zhavon*.

Pero el hombre no tenía más interés en Ramona. Tomó a Zhavon en brazos, y mientras se volvía para marcharse, Ramona vio por un instante, desde el torcido punto de vista causado por la estaca, su monstruoso ojo izquierdo: abultaba como si fuese demasiado grande para su cuenca, y un icor gelatinoso burbujeaba y siseaba en los bordes.

Entonces el extraño desapareció… con Zhavon.

Y Ramona se quedó allí, paralizada en espera del amanecer.

Jueves, 22 de julio de 1999, 2:58 am
Barnard College, ciudad de Nueva York

Hadd. Venganza.

Qué afortunado giro de los acontecimientos, pensó Anwar, *supone que el empleo de las facultades especiales de mi clan pague por una muerte que cualquier chiquillo de Haqim estaría encantado de llevar a cabo gratis*. Y había oído rumores de que el pago por aquel *kafir* concreto sería un jarro de vieja y potente vitae. Vieja y potente. A niveles increíbles, si había que creer en los rumores.

Pisadas acercándose. Instintivamente, Anwar se escurrió más profundamente en las sombras. Dudaba que alguien pudiese verle cuando él no lo deseaba, pero no estaba dispuesto a olvidar la cautela a menos que fuese absolutamente necesario. A veces los riesgos eran inevitables, pero correrlos de forma innecesaria era estúpido.

Las pisadas eran las de un guardia de seguridad, uno de los mortales contratados para garantizar la seguridad en el campus de aquel pequeño colegio en medio de una ciudad tan peligrosa. Era posible, sabía Anwar, que el guardia fuese también un peón de los odiados hechiceros, así que no pondría a prueba sus poderes esotéricos para ocultarse. En lugar de ello, se mantuvo fuera de la vista hasta que el guardia hubo pasado.

El campus estaba bien iluminado, pero a Anwar no le resultó difícil encontrar sombras. Estuvo a punto de reír ante la idea de que las farolas y los abundantes teléfonos de emergencia pudiesen disuadirle mínimamente si decidía tomar a una de las jóvenes que estudiaban allí. Había pocas por ser verano, y ninguna a la vista a aquella hora de la madrugada. Pero Anwar no estaba interesado en ellas.

Observó el edificio académico al otro lado del camino. La fachada de ladrillo y los cuidados arbustos ante ella eran similares a los demás edificios, pero Anwar estaba

seguro de sus instrucciones. Su contacto saldría de allí cuando se presentase la oportunidad. No había que despertar sospechas. Aquello era lo que más preocupaba Anwar: que el contacto estropease su parte en la misión, que él fuese descubierto por culpa de la incompetencia de un *kafir*. No tendría ninguna oportunidad frente a tantos hechiceros.

Sorprendentemente, a Anwar no le preocupaba mucho la posibilidad de una traición. Podía ser, por supuesto, que la misión entera fuese una trampa, que el contacto le hubiese entregado a los Tremere, pero no le parecía probable. Aunque era competente en su trabajo, no se hacía ilusiones de que su muerte fuese a significar un golpe de importancia para su clan, o una meta para algún enemigo. Pero a un nivel más profundo que su propio análisis, confiaba en el juicio de sus mayores: si ellos habían considerado apropiado enviarle a su fin, Anwar iría de buen grado y entonando alabanzas a Haqim cada paso del camino.

Pero por el momento, se limitó a esperar pacientemente. Habría tiempo para todas las cosas bajo la luna y las estrellas.

Hadd. Venganza.

Jueves, 22 de julio de 1999, 3:03 am
Estado de Nueva York

Leopold arrojó a la mortal inconsciente al asiento trasero, se puso al volante y arrancó. *¡Tan cerca ya!* pensó, mientras el coche se ponía en marcha y dejaba atrás el pueblo, tan intrascendente salvo por lo que se había llevado de él.

Tan cerca, ronroneó su musa como un eco de sus pensamientos. Leopold pudo sentir su húmedo aliento en la nuca.

No intentó girarse de repente para verla por un momento. Había aprendido que aquellos movimientos bruscos podían ser muy desafortunados, como atestiguaban las diversas abolladuras de su coche y los pegotes de tierra y hierbas adheridos al radiador y el parachoques.

Leopold había alcanzado una cierta comprensión, si no control, del caótico juego entre Visión y no Visión. Ya no tenía que estar en guardia cada segundo —siempre que no fuese estúpido— para evitar el vertiginoso desmoronamiento de su mundo. Reconocía casi como un trasfondo los pálidos elementos, los pecios mundanos de su entorno. Podía abrirse camino a través de aquel escenario sin vida que había conocido siempre.

Tan cerca, le susurró la musa al oído.

Dejó que la Visión le guiase: tras cierta práctica y adaptación, podía mirar el nuevo mundo sin perder por completo de vista el viejo.

La chica era del nuevo.

Después de días de aburrida (y mientas se acostumbraba a la Visión, peligrosa) conducción, la musa le había guiado hasta el pueblecito. Sin vacilaciones, le había encaminado… *a lo largo de esta manzana, y espera ahí.*

¿Pero qué es?

Date prisa, le había apremiado ella. *Queda poco tiempo, y estamos tan cerca…*

Con la ayuda del Ojo, Leopold había llegado a darse cuenta de la insignificancia, la mezquina blandura de sus antiguos hogares —Boston, Chicago, Atlanta— pero si eran el equivalente de la materia fecal artística, aquel pueblo era poco menos que una mosca bañándose en su odorífero esplendor.

Pero, milagro de milagros, al ir allí donde la musa le había enviado, Leopold había encontrado a la que se convertiría en la materia de su más grande obra.

La chica estaba en brazos de otra Cainita, una de los no purificados, pero Leopold lo había arreglado rápidamente.

La mortal gimió, retorciendo el cuerpo rumbado en el asiento trasero, quizá en coma.

Leopold aventuró una cauta mirada. A diferencia de la Cainita, la chica se destacaba en la Visión. Él lo había sabido apenas verla junto a las insustanciales casas: su perfección de líneas y formas, la calidad del reflejo de la luz en su piel… Trascendía el mundo pálido.

Aquello, estaba seguro, la convertía en la materia de la obra que significaría la verdadera inmortalidad para Leopold.

Doy gracias a los cielos por haberla encontrado antes de que fuese demasiado tarde, pensó. *¡Aquella bárbara la hubiese destruido, negándole el propósito de toda su vida!*

Leopold había lamido la profunda herida en el hombro de la chica. Sus cuidados la habían salvado. Viviría. Lo suficiente.

Tan cerca… hmmm… tan cerca, susurró la musa.

Ella le había guiado hasta la mortal. También le encontraría un lugar solitario y le revelaría las herramientas apropiadas.

Leopold aceleró hacia el norte, alejándose del pueblo. *Tengo que avanzar todo lo posible antes de que amanezca*. El volante estaba pegajoso por los fluidos que se filtraban y goteaban del Ojo.

Jueves, 22 de julio de 1999, 3:05 am
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Hijo de puta.

En su mente, Ramona se retorció, gruñendo, intentando escapar de la continua y punzante agonía que destrozaba su cuerpo, pero la estaca de madera que le atravesaba el corazón la mantenía absolutamente inmóvil. Esperaba el final con impaciencia: su cuerpo y su corazón habían sido empalados. Seguramente aquello sería letal para mortales y para vampiros.

Pero había oído historias…

Acaba conmigo, pensó. Si la estaca no era suficiente, al menos su atacante podría darle el golpe de gracia y poner fin al dolor. Podría ahorrarle otra noche de aquella existencia infernal.

No, recordó. *Se ha ido*.

Y se había llevado a Zhavon.

Hijo de puta.

El impulso protector, la misma compulsión que había lanzado a Ramona contra los violadores de la ciudad, volvió a llenarla. Recordó el grotesco ojo de su atacante, se imaginó arrancándoselo de la cara.

Pero estaba paralizada. Indefensa. Y el dolor no había terminado aún. Ardía en su pecho, sacudía cada uno de sus miembros, latía en su corazón. La visión de Ramona se hizo más oscura, desvaneciéndose. Fue tragada por la negrura…

Sus ojos se enfocaron de nuevo.

¿Cuánto tiempo…?

El cielo estaba notablemente más claro. No faltaba mucho para el amanecer. Ramona se sintió embargada por el terror.

Amanecer. El sol.

La piel le cosquilleó, como si los primeros rayos invisibles ya estuviesen lamiéndola, hambrientos de su carne, que crujiría y ardería.

Se impuso a su miedo, recomponiendo sus pensamientos lo suficiente como para registrar sorpresa. *¿Por qué demonios me he despertado?* se preguntó.

El raptor de Zhavon la había atravesado con un pedazo de madera, pero su cuerpo no era ya el de una mortal. No estaba muerta, sólo inmovilizada.

Sólo.

Aquello era todo lo que hacía falta. El sol se ocuparía del resto.

Alguien podría encontrarme, llevarme bajo techo antes de que amaneciese, pensó desesperadamente, pero sabía que no era lo más probable. Si algún mortal la encontraba, la tomaría por un cadáver y llamaría a la policía o a una ambulancia. Para cuando llegase alguna ayuda, el cuerpo de Ramona sería ya una cáscara humeante.

No. Sólo podía contar con ella misma.

Consciente de ello, intentó aclarar su mente, centrar toda su atención y energía en una cosa: necesitaba coger la estaca y tirar de ella para sacársela del pecho.

De lo contrario, moriría. Horriblemente.

Y aunque podía fantasear sobre un final para aquella maldición que era su nueva existencia, su instinto de supervivencia era demasiado fuerte. No podía limitarse a ceder al dolor y a la muerte que llegaría con el amanecer. Apartó también de su mente aquella imagen.

Con un gran esfuerzo de voluntad, concentró toda su fuerza en el brazo derecho, en la mano más cercana al extremo de la estaca. Ninguna otra necesidad física importaba. El poder de su sangre, la fuerza de su voluntad, podía ser consagrado a la única tarea que preservaría a Ramona durante otra noche. Visualizó su mano agarrando la estaca, tirando de ella para liberarla. Luchó con todo su cuerpo y toda su alma para hacer aquel movimiento.

Y a pesar de ello no pudo ni siquiera parpadear.

Al ver que había fallado se sintió presa del pánico. La actitud tranquila y racional que había intentado mantener desapareció, y su mente se llenó de primigenios lamentos de banshee frente al sol abrasador. Aquel irrefrenable terror animal no fue más útil que su esfuerzo de concentración. Nada de aquello tenía importancia para los

rayos de sol que empezaban a filtrarse entre los árboles.

Ramona miró hacia delante mientras el mundo se oscurecía a causa del vapor que empezaba a elevarse del frágil tejido blanco de sus ojos. Se sentía como si estuviese ardiendo por dentro, pero entonces el exterior de su cuerpo empezó también a chamuscarse, como si lo quemasen cigarrillos. Sus labios siseaban. La piel expuesta se tensó sobre su rostro, su cuello, sus brazos y sus pies. La agonía y el dolor se fundieron dentro de ella, alimentándose mutuamente. El abrasador sol de la mañana hacía que la estaca en su corazón no pareciese más que un alfilerazo, y Ramona no podía siquiera debatirse.

Y entonces la estaca se movió.

A través de la niebla de dolor, Ramona comprendió que su cuerpo estaba consumiéndose, y que ya no había carne que mantuviese la estaca en su lugar. Por eso se había movido. Pero aquello era lo de menos.

Una mano cogió el extremo de la estaca entre sus pechos. Se sintió elevada del suelo por un momento mientras la estaca se soltaba haciendo un nauseabundo ruido de succión, como el de una bota metida en el barro. La herida abierta en su pecho quedó cauterizada al momento por los rayos del sol.

—¡Húndete ya! —gritó una voz. Una voz que ya había oído antes.

La cara del desconocido estaba junto a la suya. Su cabello enmarañado tapaba el sol. La sujetaba por los hombros.

—¡Vamos! —rugió el hombre.

No te huelo, quiso decir Ramona. Sólo olía a quemado… el humo… su propia carne.

—¡Venga, novata imbécil!

Ramona volvió la cabeza. *Puedo moverme*, pensó ausentemente.

Se sintió invadida por la modorra, aun a pesar de las quemaduras. Vio al extraño de nuevo, a su lado. Vio cómo se hundía en la tierra.

¡Húndete!

Entonces comprendió la orden. Resguardarse del sol.

¡Húndete!

Y Ramona se hundió. Se sumergió en la tierra, y el suelo, un fresco refugio para su carne abrasada, le dio la bienvenida.

Húndete.

Cenizas a las cenizas.

Jueves, 22 de julio de 1999, 11:06 am
Estado de Nueva York

Zhavon sintió el latido en sus sienes antes que ninguna otra cosa, como si alguien estuviese golpeándole la cabeza con un martillo cada dos o tres segundos. Era cien veces peor que aquella vez que Alvina consiguió una botella de bourbon. El dolor pasaba de las sienes a las orejas, y después se extendía por la mandíbula, cuyos músculos estaban tensos y llenos de calambres, aunque tuviese la boca abierta. Zhavon la abrió y cerró metódicamente, haciendo trabajar la mandíbula hasta que los músculos se aflojaron un poco.

Le costó todo aquel tiempo reunir el valor suficiente para abrir los ojos, y unos instantes más darse cuenta de que estaban abiertos. Sólo veía oscuridad.

Es de noche, pensó. *Estoy en una habitación a oscuras*.

Pero sentía que algo no iba bien. Un montón de cosas no encajaban. Poco a poco, lo que registraban sus sentidos llegó hasta su cerebro, y la información fue filtrada a través del horror de las últimas horas.

El coche, recordó vagamente. *Ya no estoy en el coche*. ¿Cuánto había durado?, se preguntó. ¿Minutos? ¿Horas?

Y antes de aquello había estado… *la chica de mis sueños*.

El dolor le embotaba la base del cuello… *La chica de mis sueños*, intentó recordar. *Ella… ella… me abrazó. Ella*… Pero todo parecía borroso a partir de allí.

Dolor. Placer. Zhavon recordó haber contenido el aliento durante lo que parecía una eternidad. Recordaba no haber deseado sino que aquella sensación continuase y continuase y continuase.

Después había estado en el coche. Se había sentido enferma pero incapaz de basquear.

¿Y ahora? Oscuridad.

Agujetas. Cosquilleos. En sus manos. Las tenía dormidas, como los brazos a su espalda. Intentó moverlas, pero no llegó muy lejos. Notó un dolor distinto en las muñecas. Algo las quemaba. Una cuerda.

Atada, comprendió. Pero estaba demasiado débil para hacer nada salvo tomar nota. *Estoy atada. A un poste, o algo así.* Estaba frío. Como el hormigón o la piedra.

Parpadeó un par de veces, sin resultado: la oscuridad siguió allí. Aparte de los pinchazos, tenía frío. Mucho frío. Hasta los huesos. Intentó mover los pies, pero tampoco pudo. *¿También atados?* Le pareció sentir la presión de la cuerda sobre los tobillos a través de los vaqueros.

El latido en sus sienes se hizo más fuerte, llevándose consigo todo pensamiento durante un rato. En algún momento, desapareció. Una suave brisa enfrió el rostro de Zhavon. La chica empezó a temblar… o se dio cuenta por fin de que estaba temblando. No podía ver nada, pero le pareció que estaba en un gran espacio abierto, una habitación muy grande.

Un ojo. De pronto vio la imagen de un gran y repulsivo ojo flotando ante ella en la oscuridad. No podía ser. La mente debía de estar gastándole una mala pasada.

Volvieron los latidos de la cabeza, y el ojo, si realmente había estado allí, desapareció.

Mamá. Zhavon formó la palabra con la boca. Sus labios resecos se quedaron pegados por un segundo. No salió ningún sonido. En silencio, empezó a llorar.

Jueves, 22 de julio de 1999, 9:05 pm
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Estaba esperando a Ramona cuando salió de la tierra aquella noche.

—Ven conmigo. —La voz del desconocido tenía un tono de urgencia, pero no de miedo. Aunque unas gafas oscuras le ocultaban los ojos, los ocasionales movimientos de su cabeza indicaban que estaba alerta a todos los sonidos de la noche.

Ramona se quedó tendida en el suelo, inmóvil. Estaba cautivada por el momento, por la sensación de su cuerpo separándose de la tierra bajo ella. La tierra le había dado la bienvenida, la había acogido y protegido del sol. Había sido parte de la tierra, y la tierra de ella.

Cenizas a las cenizas.

Ahora era de nuevo un ser aparte, y algo intangible se había perdido en la transformación… un pacífico sentido de plenitud se había desvanecido, reemplazado por sus necesidades personales en aquel momento, por el dolor de su cuerpo quemado.

La garganta de Ramona estaba abrasada, y tenía los ojos tan resecos que los párpados se le atascaban al moverse, y sólo podía abrirlos con un esfuerzo.

El desconocido la observó cuidadosamente, agazapado con sus ropas andrajosas.

—Ven conmigo —dijo de nuevo, pero aquella vez sus palabras fueron menos secas, como si comprendiese el ajuste entre perspectivas por el que estaba pasando Ramona.

Por supuesto, ella lo recordaba todo. El hombre se había hundido en la tierra con ella: aún tenía pequeños terrones sueltos en el pelo. Le miró con dureza y se encontró a regañadientes reconfortada por la presencia de aquel desconocido. Era muy similar a ella, comprendió, y no había en él nada de la ansiedad siempre tan obvia en Jen y

Darnell.

Con un esfuerzo, Ramona se lamió los labios llenos de ampollas. El sol se había cobrado su precio, y aunque la tierra la había protegido, no la había curado. Al sentarse, su piel crujió y se abrió allí donde la tensión fue excesiva. Se lamió los labios de nuevo, saboreando la sangre.

—Y me llamas *a mí* novata imbécil —dijo al desconocido—. Gilipollas.

Él frunció el ceño ante el insulto, pero en vez de replicar se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Los rígidos músculos de Ramona se tensaron al verle marchar. ¡No podía permitirlo! Siguió al hombre, a aquella criatura, aquel vampiro, que se había hundido con ella en los brazos protectores de la tierra. Ramona se puso en pie. Un agudo dolor recorrió la mayor parte de su cuerpo, recordándole el terrible fin que había estado a punto de sufrir aquella mañana, pero forzó su maltrecho y ampollado cuerpo a moverse.

El extraño no se había alejado mucho entre los árboles, y Ramona le alcanzó rápidamente. No se volvió a mirarla, pero ella supo que había querido —*esperado*— que le siguiese, y se sintió irritada por la facilidad con que le había seguido el juego. Pero había algo en él, en su mismo paso: confianza, seguridad. Ramona había visto hombres así en las calles de Los Ángeles; no los chulos ni los vistosos camellos, sino algunos de los otros, de los jefes de bandas, que caminaban por las calles sin ningún miedo. Como ellos, aquel desconocido tenía una inconsciente jactancia en su porte. Sus pasos eran cómodos, naturales. Cada uno de sus movimientos denotaba control. Estaba completamente libre de miedos.

Miedo.

Miedo era lo que había acompañado a Ramona desde su cambio. Ella, Jen, Darnell, Eddie… todos habían sido presa del miedo. El miedo les había hecho salir de Los Ángeles, donde tantos de su especie recorrían las calles por la noche, donde acechaban tantos peligros sin nombre.

El miedo había sido su compañía allí donde viajaban. En Tejas, aquella… *cosa* —Darnell la había llamado hombre lobo; Ramona no sabía qué era, ni le importaba mientras estuviese lejos de ella y de los suyos— había salido de la nada y hecho pedazos a Eddie.

En Nueva York, el Sabbat había caído sobre ellos.

La noche anterior, un bastardo con el ojo como una pelota de tenis la había

apuñalado por la espalda con una estaca, atravesándola y llevándose a Zhavon.

Y ninguna de aquellas pesadillas había tocado siquiera los temores personales que acosaban a Ramona, la sospecha, el *miedo*, de que algún resto vital de su vida mortal se perdía cada noche.

El desconocido, sólo unos metros por delante, se abría paso a través de aquella arboleda como si ninguno de aquellos temores le hubiese preocupado nunca, como si hubiese alcanzado el dominio sobre ellos.

Ramona aceleró el paso. Las piernas le fallaban. Se llevó una mano al pecho, a la herida curada a medias, donde la estaca había atravesado su cuerpo. Estuvo a punto de pedir al extraño que aminorase la marcha, pero no pudo forzarse a admitir tan claramente su debilidad. Aunque pensaba que quizá pudiera aprender de él, estaba resentida por su forma de tratarla, enfrentándose a ella y desapareciendo, dando órdenes como si fuese el gran jefe. Su confianza, tan atractiva en muchos aspectos, bordeaba la arrogancia. Ramona no pensaba inclinarse ante él.

Tan sólo había una preocupación. Mientras avanzaba a trompicones, la imagen que dominaba la mente de Ramona era la de Zhavon raptada por aquella criatura del ojo deforme.

Zhavon.

Las piernas de Ramona temblaban más a cada paso.

—Tenemos que recuperarla —dijo al fin, pensando que el desconocido se detendría para contestar y ella podría descansar.

Pero él no se detuvo, ni siquiera la miró. Se limitó a soltar un gruñido y seguir adelante.

Ramona mantuvo el ritmo. Los músculos le dolían tras una noche bajo tierra. El pecho y la espalda se resentían por el daño infligido por la estaca. Por fin, cuando ella temía no poder seguir, el hombre se detuvo.

Las gafas oscuras del extraño se volvieron impasibles hacia Ramona. Señaló algo en las sombras.

—Allí —dijo.

—Tenemos que recuperarla —repitió ella. Pero siguió la dirección con la mirada.

Había una mujer inconsciente tendida bajo los espesos matorrales, una afroamericana de gran tamaño con un camisón floreado. Ramona quería gritar al extraño, convencerle para que la ayudase a encontrar a Zhavon y llevarla de vuelta, pero en lugar de ello se encontró andando cansinamente hacia la mujer. El

desconocido se quedó de pie, observando cómo se arrodillaba a su lado.

—Tenemos que… —empezó a decir, pero las palabras se atascaron en su garganta seca. Sintió que sus colmillos, al perecer por voluntad propia, se alargaban en toda su extensión.

La mujer del suelo estaba inconsciente, pero viva. Ramona le tocó un nudo en la coronilla: no había ido hasta allí por elección… al menos no por elección propia.

Por segunda vez en muchas noches, Ramona fue incapaz de controlar sus músculos, pero aquella vez no estaba paralizadas. Poco a poco, se inclinó hacia delante, bajando, más cerca de la mujer indefensa. Se había alimentado de Zhavon la noche anterior, pero la estaca le había hecho perder mucha sangre. El sol también se había cobrado su precio. Necesitaba sangre para curarse.

Puso las manos sobre el hombro y la cabeza de la mujer, y algo en su rostro hizo que se detuviera. Un recuerdo surgió en su sangre. Ramona conocía a aquella mujer… o al menos Zhavon, cuya sangre había bebido, la conocía. Miró su cara y un nombre le afloró en la mente… *Irma. Tía Irma*.

El mundo empezó a girar alrededor de Ramona. Por un momento fue la noche anterior otra vez y se estaba alimentado de Zhavon… y ella era Zhavon. Sus sangres se mezclaban.

Los ojos de Ramona se pusieron en blanco cuando la sed de sangre tomó el control.

Cuidado con la falta de sangre: el hambre tomará el control.

Sus colmillos se hundieron en la carne mortal, y con la sangre sintió que la fuerza volvía a su cuerpo. Sangre y fuerza. Fuerza y sangre. Bebió y fue renovada. El corazón latía, enviando más sangre a su boca. Las contracciones se hicieron más trabajosas, pero siguió bebiendo. Una voz llamó desde lo lejos. *Irma. Tía Irma*. La sed de sangre que era Ramona bebió y se hizo más fuerte, bebió hasta que el corazón hubo dejado de latir, hasta que no quedó sangre ni vida en aquel cuerpo.

Irma. Tía Irma.

Ramona se sentó sobre las ancas, mirando el cuerpo ante ella —la carne fláccida, la palidez de la muerte— y comprendió que aquello era lo que hubiese quedado de Zhavon de no haber sido por la intervención de la criatura del ojo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó el desconocido, a su espalda. Ramona, aturdida por su feroz glotonería, se giró poco a poco para enfrentarse a su mirada.

»Tanner —dijo el hombre.

—¿Qué? —La voz de Ramona era débil. Estaba distraída por la sensación de la sangre transformándola, sanando su carne muerta. El agujero dejado por la estaca se llenó desde dentro hasta cerrarse. Su piel chamuscada recuperó parte de su elasticidad, pero las peores ampollas seguían allí.

—Tanner —repitió el extraño—. Me llamo Tanner, no gilipollas.

Ramona quería ponerse de pie para mirarle cara a cara, pero temía caer si lo intentaba. Así que levantó la mirada desde su posición de rodillas junto al cadáver que se enfriaba rápidamente.

—Tomaste a esta mujer de la casa junto a la que estábamos.

Tía Irma.

Ramona no había estado nunca en aquella casa, ni había visto antes a la mujer del suelo. Pero lo sabía.

Tanner no respondió. Se quedó de pie, mirando.

Ramona apartó la vista, pero el cadáver atrajo de inmediato su atención, un cadáver que nunca se alzaría. *Tía Irma*.

—Ya no eres una de *ellos* —dijo Tanner.

Ramona se volvió bruscamente.

—¡Tú no sabes nada de mí! —replicó. Pero sabía que se equivocaba. El desconocido se había hundido en la tierra junto a ella. Le había llevado aquella mujer, mirando mientras se alimentaba. Sabía más de ella que ella misma.

—Son alimento —insistió Tanner—. Nada más.

No señaló el cuerpo, pero Ramona supo de qué hablaba. Y también de *quién* hablaba.

Zhavon.

—¿Dónde está? —preguntó con súbita urgencia—. ¿Adónde se la ha llevado?

—Ella no es nada —dijo Tanner en tono neutro—. Alimento.

La evasiva demostró a Ramona que tenía razón, que él lo sabía. Su estómago era un nudo. Pequeñas gotas de sangrienta transpiración afloraron en su piel. Toda idea de aprender de él sobre su nueva existencia se desvaneció, perdida en la compulsión por Zhavon.

—Me estabas observando. Le viste —dijo. Luchó por ponerse en pie, dando un paso hacia él—. Me has estado siguiendo desde que nos encontramos en la ciudad. Le viste.

Ella había podido ver a su atacante, con aquel extraño ojo, cuando estaba tendida

en el suelo con la estaca en el corazón.

—No me salvaste en aquel mismo momento. Le seguiste —aventuró Ramona—. ¿Adónde se la ha llevado?

Tanner cruzó los brazos, desafiante.

—No te salvé enseguida porque tenías una lección que aprender.

—¿Dónde está?

—Aún no la has aprendido… Ves el sol, y sigues sin haberla aprendido.

—¡No quiero tu lección! —gritó Ramona, cogiéndole por la camisa.

Tanner no se movió un milímetro. Pero cuando Ramona le cogió por la camisa, le pareció que era como una piedra encajada en la tierra.

—No tienes elección —dijo él—. Aprenderás… y sobrevivirás.

Ramona le soltó, dando un paso atrás. Vio su expresión atónita reflejada en las gafas de Tanner.

No tengo elección. ¿Una amenaza? se preguntó.

Pero la había salvado dos veces: una del Sabbat, la otra del sol. ¿No había demostrado ser un aliado, si no un amigo? Ramona le observó con cautela: Tanner aguardaba impaciente, ¿pero qué? No parecía estar a punto de atacarla, pero había demostrado que podía moverse con tremenda rapidez.

—Ya sé que debo mantener mi culo alejado de la luz del sol —dijo en tono burlón.

Tanner siguió sin moverse.

—Aprendiste eso tu primera noche tras el Abrazo, novata.

—¡No me llames…!

Una bofetada hizo retroceder a Ramona. Tropezó con el cadáver a su espalda y cayó al suelo, pero al instante estaba de nuevo en pie, lista para defenderse.

Tanner se quedó con los brazos cruzados, como si no se hubiese movido. Su tranquilidad hizo que Ramona desechase cualquier idea de atacarle.

—Ya no eres una mortal —dijo él, señalando el suelo a los pies de Ramona.

No el suelo, comprendió ella, sino *sus pies*, monstruosos y deformes. El fuego se apagó en su interior. De pronto fue consciente de sí misma y se avergonzó de su deformidad, de aquello en lo que se había convertido.

—Debes saber que eres una Gangrel —continuó Tanner—. Y que yo soy tu sire. Yo te convertí en lo que eres.

Ramona se echó hacia atrás como si hubiese vuelto a golpearla. Las primeras palabras se perdieron. No tenían sentido para ella. *Gangrel… sire*… Pero aquella

última frase…

Yo te convertí en lo que eres.

Los oídos de Ramona empezaron a zumbar. Fue repentinamente consciente de la tirantez de su piel… de las ampollas, del daño infligido por el sol que ni siquiera la sangre había curado aún del todo.

Yo te convertí en lo que eres.

El frío cadáver yacía ante Ramona, entre ella y el desconocido, aquella criatura tan incuestionablemente parecida a ella. Un cuerpo muerto de su vieja vida, el cadáver viviente de su nuevo infierno.

Debes saber que eres una Gangrel.

—Cogió a la chica y se fue en coche hacia el norte, fuera del pueblo.

Ramona creyó que Tanner había pronunciado aquellas palabras, pero cuando miró a donde estaba ya se había ido.

Jueves, 22 de julio de 1999, 10:00 pm
Estado de Nueva York

El Ojo arrastró a Leopold a la consciencia antes de lo que él hubiese despertado por sí mismo. A pesar de la profundidad de la caverna que le protegía de la exposición directa, su mente y cuerpo estaban sumidos en el espeso letargo que normalmente le reclamaba hasta que el sol se había puesto por completo. Se quedó sentado sobre el frío suelo de piedra, limpiándose de la cara el claro icor que constantemente fluía del Ojo. La ocasional incomodidad era un pequeño precio por la percepción que había ganado.

Por aquí, llamó la musa.

Leopold siguió adelante. Los retorcidos túneles parecían todavía menos reales que cuando había llegado aquella mañana. Las negras masas de piedra se fundían con la nada. El eco de cada pisada flotaba sin freno hasta el mismo abismo estigio.

Leopold había vivido con el ojo del artista. Como mortal, ningún detalle había escapado de su atención. Él no veía un desierto, sino cada grano de arena.

Tras su Abrazo, lo que antes había sido natural se convirtió en una lucha. Aunque el impulso creativo había perdurado más allá de la muerte, no ocurría lo mismo con la capacidad de satisfacerlo. Leopold se irritó, se desesperó. Con el tiempo había llegado a compensar la pérdida de lo que no podía recuperar. La obsesión por el detalle dejó paso a la obsesión por la ausencia, la estética del vacío. Encontraba una cierta verdad entre sus limitaciones.

Pero tanto el detalle mortal como la pérdida no muerta eran meras facetas de la noVisión. El mayor de sus logros como mortal sería una pálida imitación para él. Cómo compadecía a quienes eran como él había sido.

El Ojo le permitía ver lo totalmente insignificante que era todo lo que había

amado. Mientras recorría las cavernas, parecía atravesar un gran vacío. Ni un ápice de la montaña a su alrededor era real para la Visión, y la noVisión que le había atormentado durante las últimas semanas se iba desvaneciendo como el viejo recuerdo de un amor de juventud. A Leopold no le importaba que su ojo derecho estuviese cubierto por una costra de icor. De hecho, le alegraba haberse librado de aquella limitada y confusa perspectiva.

La Visión prevalecía.

El cambio había tenido lugar en algún momento de la noche anterior… después de coger a la chica y correr hacia las montañas boscosas del norte. ¿Había sido al entrar en las cavernas, o antes de eso, al cruzar los bosques con la chica sobre el hombro y la musa guiando su camino?

Por aquí.

Ella seguía guiándole. Leopold confiaba en ella, en la agente de su iluminación. Había sido Elegido. Alcanzaría tal grandeza que su nombre sería alabado a través de los tiempos, y más ensalzado incluso que el de Toreador. Leopold sería *el* Toreador… el nombre dejaría de ser el de un clan para convertirse en un título, su título, y él sería la medida de todo lo precedente y de cuanto le siguiera.

La esencia de la vida, de la belleza… le ronroneó la musa al oído.

Leopold torció la cabeza. Era extraño, pensó, que aunque la Visión se hiciese más potente y se liberase de la vieja visión, aún no hubiese podido ver del todo la belleza de la musa. Sólo breves atisbos.

Paciencia, se dijo.

Su fugaz momento de duda se deshizo al entrar en el radiante resplandor de su materia. La chica estaba donde la había dejado antes de adentrarse más en la caverna para pasar el día. Estaba inclinada sobre una estalagmita de cuatro metros, con las manos atadas a la espalda. Era demasiado débil para luchar. Durante la noche había vaciado la vejiga: el penetrante olor, una piedra miliar del mundo de los vivos, puso en orden todos los sentidos de Leopold.

Sí… *vida… belleza*. El canto de sirena de las palabras de la musa guiaba sus pensamientos. Sabía que no había motivo para dudar de ella. ¿No le había guiado hasta su materia? ¿No le había llevado a aquel lugar de gloriosa soledad? Todo lo que le quedaba por hacer era proporcionarle los medios… las herramientas. Por petición de la musa, había dejado atrás sus mazos y cinceles, pues eran instrumentos de la noVisión.

Se quedó de pie ante la chica. Sólo ella era real en medio del intangible entorno de la caverna. La Visión la reveló ante él: el rico matiz oscuro de su piel, como arcilla fresca; los bucles ligeramente rizados como enredaderas subiendo por el rostro de la tierra; el ángulo de su cabeza echada hacia delante, un heliotropo antes del amanecer.

Haz que dé fruto, susurró la musa.

—Pero… ¿cómo? —musitó él. Seguía sin entenderlo del todo. ¿Cómo podía hacer lo que le pedía?

Te lo mostraré, dijo la musa mientras le cogía de la mano.

Jueves, 22 de julio de 1999, 10:04 pm
Meadowview lane, Hayesburg, Nueva York

Ramona no pudo captar el rastro de Tanner, ¿pero cuánto tiempo habría pasado observándola, con ella captando su presencia sólo algunas veces, y la mayoría de ellas porque él quería que supiese que estaba cerca? No sabía lo que tenía pensado Tanner, y no estaba dispuesta a quedarse para averiguarlo.

En silencio, recorrió el camino de vuelta hasta la casa. Seguía viendo imágenes del cuerpo de Tía Irma abandonado entre los árboles. *Tía Irma… no era mi tía*, se recordó, pero los aguijonazos de mala conciencia por dejar el cuerpo en aquel lugar aislado, donde podía no ser encontrado en varios días, no cesaron. Ramona no podía sacudirse la incómoda sensación de haber traicionado a los suyos, y en cierto modo Irma había sido una pariente de sangre, pues la sangre de Zhavon seguía fluyendo por su cuerpo. Por no mencionar la de la propia Irma.

¿Y qué hay de todos los demás? Ramona se sintió irritada ante su potencial para la culpa. *Beber la sangre de alguien no le convierte en familia… en ese caso sería una familia jodidamente numerosa*. Dejó a un lado aquellos ridículos pensamientos: no podía responsabilizarse por todos los mortales que se cruzaban en su camino. No si quería sobrevivir.

Alimento. Nada más.

Aunque conservaba muchas de las cicatrices del sol, casi toda la fuerza de Ramona había vuelto gracias a la sangre ingerida. Se escurrió en la casa y descubrió lo que estaba buscando… las llaves del viejo Buick estacionado frente a ella.

Mientras se alejaba de la acera, se sintió llena de pensamientos y emociones en conflicto. Había perdido el control en dos ocasiones, primero con Zhavon y después con su tía. La sed de sangre la había superado. Sólo el inesperado ataque había

salvado a Zhavon. Irma no había tenido tanta suerte… si ser salvada por aquella cosa de ojos podía llamarse una suerte. Ramona no sabía nada de su atacante. No podía explicar el antinatural ojo abultado que había visto mientras yacía paralizada por la agonía. Pero encontrar a Zhavon era lo más importante para ella.

¿Por qué? ¿Para poder matarla antes de que lo haga algún otro? se preguntó a sí misma.

Era una pregunta que Ramona no podía contestar, pero la misma compulsión que le había hecho seguir a la chica, saborear su sangre, la impulsaba ahora.

Controlaré mi hambre, se prometió. Ya se preocuparía más tarde por los detalles. Primero tenía que encontrar a Zhavon.

Las palabras de Tanner embrujaban también sus pensamientos.

Yo te convertí en lo que eres.

Una Gangrel.

Él la había convertido en una vampira. Aquello parecía estar claro. ¿Por qué? ¿Por qué *ella*? ¿Y qué más sabía él que ella necesitase aprender? Le había dicho algo de una lección… pero Ramona podía sentir aún el golpe de su mano en la mandíbula. *No pienso aceptar órdenes de ese gilipollas. Yo no pedí esto*.

Pero él parecía saber mucho más que ella.

Ramona apartó la idea de su mente. Zhavon. Aquello era en lo que tenía que concentrarse.

Cogió a la chica y se fue en coche hacia el norte, fuera del pueblo. Aquello era lo que Tanner le había dicho.

Ramona no conocía las carreteras de la zona. No sabía qué había hacia el norte salvo las Adirondacks, pero por algún motivo tenía la imposible sensación de que podía encontrar a Zhavon.

No preguntes, limítate a ponerte en marcha, se dijo. Pensar demasiado podía alejar aquella sensación y dejarla sin medios. Así que dirigió el coche hacia el norte. Pero no tardó en aparecer otro pensamiento.

Jen. Darnell.

¿Qué iba a hacer con ellos? *No necesitan que los meta en esto, pensó. Es asunto mío, no de ellos*.

¿Pero y si ya estaban metidos? Zhavon había pasado un día entero perdida. Irma podía haber llamado a la policía, y en un pueblo pequeño como Hayesburg, suponía Ramona, no esperarían mucho antes de ponerse a buscar. ¿Y si la policía había

registrado la vieja escuela abandonada? Parecía un lugar obvio para esconderse.

Ramona dio la vuelta al coche tan rápido como pudo sin parecer temeraria. No era tan tarde como para que las calles estuvieran vacías, y no necesitaba que nadie reconociese el coche de Irma con una extraña al volante y llamase a la poli.

Ramona se sentía como si estuviese avanzando a rastras hacia la escuela, pero por fin llegó. Desde fuera, todo parecía igual que la noche anterior.

Rodeó el edificio hasta la parte trasera y trepó hasta la ventana rota que habían encontrado. Al llegar al gimnasio, fue recibida por la oscuridad y el silencio.

¿El sótano? se preguntó, pero decidió que no tenía tiempo para jugar al escondite con sus amigos.

—Tíos, soy yo —llamó.

Oyó cómo subían por las escaleras —el discreto paso de Darnell, las pisadas algo más ruidosas de Jen— aunque supuso que creían que estaban siendo sigilosos. Darnell entró en el gimnasio sin decir nada.

—¡Ramona! —Jen se mostró aliviada al ver a su amiga—. La policía ha estado aquí durante el día. Temíamos…

—¿Algún problema? —cortó Ramona.

Darnell meneó la cabeza.

—Sólo fisgaron un poco y se marcharon. Poca cosa.

Ramona sabía que era algo más serio. Los tres eran conscientes de su vulnerabilidad durante el día. Hubiese luz solar o no, no había garantía de que ninguno de ellos pudiera defenderse siendo presa del sueño diurno. Incluso un pequeño grupo de mortales podía resultar fatal. Pero Ramona no quería entrar en todo aquello.

—Vámonos —dijo.

Jen empezó a andar, pero se detuvo al ver que Darnell no se había movido.

—¿Adónde? —preguntó su amigo.

Adonde se haya llevado a Zhavon, estuvo a punto de decir Ramona, pero se contuvo, pues podía ver el desafío en los ojos de Darnell. ¿Qué haría si supiera que la razón por la que Ramona se ausentaba tanto era una mortal?

No tenía tiempo para contestar a la pregunta de Darnell.

—¡Dios mío! —exclamó Jen, olvidando sus vacilaciones y cruzando el gimnasio hacia Ramona—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó mientras alargaba la mano hacia la gran mancha sanguinolenta en el pecho de Ramona, deteniéndose justo antes de

tocarla. Sin darse cuenta de lo que hacía, Jen husmeó la sangre.

—Un bastardo me clavó una estaca en el corazón, y voy a por él —explicó Ramona, diciendo la verdad sin ser del todo sincera—. No tenemos mucho tiempo.

Sin esperar una respuesta, Ramona se dio la vuelta y salió de la escuela. Las pisadas de Jen sonaron tras ella de inmediato. Darnell tardó un poco más, pero ya estaba a su altura cuando llegaron al viejo Buick.

Mientras se alejaban de la escuela y del pueblo, Darnell en el asiento delantero junto a ella, Jen en la parte de atrás, Ramona les contó cómo su atacante se le había acercado por detrás y había atravesado su cuerpo con una estaca. Describió cómo había contemplado impotente su partida, y su ojo abultado y rezumante. Aquello les interesó lo bastante como para dejar de lado cualquier mención a Zhavon o Tanner.

—¿Una estaca en el corazón? —preguntó Jen con incredulidad—. ¿Y te la pudiste sacar? ¿Tú… has sobrevivido a eso?

—Estoy aquí, ¿no?

Ramona se sentía incómoda engañando a sus amigos, pero la idea de decirles la verdad era peor todavía. Ignoraba el porqué. Algo de lo relacionado con Zhavon y Tanner era demasiado personal, como el fracaso de Ramona a la hora de controlarse en presencia de la sangre. Sus pensamientos eran todavía demasiado confusos para exponerlos. Darnell y Jen no necesitaban saberlo, decidió mientras apaciguaba su conciencia.

—¿Qué es esto? —preguntó Jen desde el asiento trasero.

—¿Qué? —replicó Ramona, confusa. Sintió unos dedos tocando su oreja y se apartó de Jen—. ¿Qué estás haciendo? —Se llevó su propia mano a la oreja: no estaba sangrando ni nada por el estilo. Entonces sintió lo que Jen debía de haber visto: la parte superior de su oreja acababa en punta, en vez de ser redondeada como siempre. El borde trasero, cubierto por un pelo corto y espeso, se curvaba un poco… como el de un animal—. ¿Qué demonios…? —Ramona se tocó la oreja izquierda: le ocurría lo mismo.

—¿Ramona? —preguntó Jen nerviosamente—. ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —respondió. Podía sentir la mirada de Darnell desde el asiento contiguo.

Su compañero había dicho muy poco desde que subieron al coche, dedicándose a tamborilear en la puerta con los dedos o mover los pies mientras escuchaba a Ramona. Miraba sus orejas, pero su mente, como siempre, se centró en cuestiones

prácticas.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó.

Los dedos de Ramona se apretaron sobre el volante. Aquélla era otra pregunta en la que no quería pensar. La noche anterior había ido casi directamente a la casa donde estaba Zhavon, aunque nunca había estado allí ni la había visto antes. Aquella noche conducía por carreteras desconocidas, y giraba cuando parecía ser lo más adecuado.

—Claro —dijo—. Lo sé.

—¿Qué te está pasando? —susurró Jen, aunque sus palabras sonaron como truenos para los agudizados sentidos de Ramona.

Miró a su amiga por encima del hombro, y después a Darnell, que tenía la misma pregunta en los labios. Aquella vez contestó con total sinceridad.

—Ojalá lo supiera —dijo, incapaz de impedir que el miedo y la inseguridad se arrastrasen por su voz.

Circularon en silencio durante la media hora siguiente. Pasó la medianoche. Ramona observaba la carretera pero intentaba no pensar en ella. Decidir los giros parecía más fácil si no prestaba mucha atención. Cuando intentaba pensar en el camino, la duda asaltaba su mente: se convencía de que estaba llevando a sus amigos a una desesperada persecución de sombras, de que en cualquier momento le pedirían que diese la vuelta al coche y los llevase de vuelta a Hayesburg, de vuelta a la relativa seguridad de la escuela. Después de todo, había sido en una zona igualmente despoblada donde Eddie había encontrado su fin. Se aferró al pensamiento de que podía estar llevándolos a todos a la Muerte Definitiva.

Intentó dejar de lado aquellas ideas, enterrarlas de nuevo en el lugar del que habían salido. En su lugar pensó en Zhavon… en el sabor de su sudor y su sangre, el aroma de su miedo y su anticipación, de lo natural que le había parecido abrazar a la chica, sentir el borde de sus omóplatos, el arco de su espalda.

Otros pensamientos irrumpieron a su vez.

Yo te convertí en lo que eres.

Ramona miró por la ventana, viendo las cada vez menos frecuentes señales de civilización, y se preguntó cómo la habría seguido Tanner durante tanto tiempo sin ser visto. Era obvio que la había seguido en Nueva York, y hasta Hayesburg. ¿La habría seguido antes? Si realmente había sido él su creador, aquello quería decir que había estado en Los Angeles. En la noche del cambio, había sido él quien la había agarrado por la espalda, forzando su cabeza hacia atrás y…

Meneó la cabeza para despejarse. *¿Adónde vas, tía?* se preguntó. ¿Pero no había sido siempre ésa la cuestión?

Sin previo aviso, Ramona pisó el freno. Jen chocó contra el respaldo del asiento delantero y Darnell puso las manos sobre el salpicadero. Con la misma brusquedad, Ramona hizo marcha atrás y pisó el acelerador. Jen cayó al suelo.

—¿Qué cojones…? —Darnell luchó por erguirse en su asiento.

El coche zigzagueó, casi fuera de control, mientras Ramona corría marcha atrás por la estrecha carretera vecinal. Las luces de marcha atrás dejaban el resto de la noche en absoluta negrura.

—¡Ramona…! —Jen estaba trepando por el respaldo de su asiento.

Ramona volvió a pisar el freno, y el coche patinó de lado hasta detenerse. Jen y Darnell cayeron sobre sus asientos. Ramona apagó las luces y miró un momento por la ventana mientras sus amigos se recuperaban.

—Allí —dijo, poniendo de nuevo el Buick en marcha.

Se salió del asfalto para meterse por un irregular camino de tierra. Nunca había ido campo a través, y sospechaba que el Buick tampoco. Incluso en la oscuridad podía ver más lejos sin encender los faros, pero a medida que aceleraba, cada brusco giro del camino parecía más difícil. Rebotaban sobre baches y zanjas, y arbustos y ramas azotaban el vehículo.

—¿Qué demonios haces? —gritó Darnell.

Ramona no apartó los ojos del camino de tierra. Otra curva les hizo dar un bandazo. La trasera del coche patinó hasta chocar con un árbol, pero Ramona siguió avanzando: tenía el volante para agarrarse, pero Darnell y Jen rebotaban en las puertas y el techo.

Ramona no luchó contra la compulsión que la impulsaba a aquella carrera suicida junto a sus amigos. *¿Qué sentido tendría?* se preguntó. No había sido capaz de mantenerse apartada de Zhavon, o de no alimentarse primero de Zhavon y después de Tía Irma. ¿Por qué aquello iba a ser distinto? Ella, como Darnell y Jen, era una simple pasajera en el viaje.

El Buick chocó contra otro árbol. Uno de los faros apagados se rompió. Un momento después, una rama baja golpeó el parabrisas: unas grietas dentadas, como relámpagos, se extendieron por el cristal.

—*¡Ramona!* —Darnell estaba a unos centímetros de su cara, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

Pisó los frenos de nuevo. El coche patinó un poco hacia un lado y después hacia otro, hasta que por fin se detuvo.

Silencio.

Ramona miró hacia delante.

En el asiento Trasero, Jen había vuelo a las costumbres mortales, hiperventilándose.

Darnell miró furioso a Ramona.

—¿Qué *coño* crees que estás haciendo?

Ramona siguió con los ojos clavados en el coche que había enfrente, el coche que tenían escasamente a un metro… un sedán oscuro con matrícula de Georgia.

Entonces Darnell vio también el coche. Parpadeó, incrédulo.

—Que me aspen.

Viernes, 23 de julio de 1999, 12:45 am
Estado de Nueva York

Paciencia.

¿Pero cómo iba a tener paciencia Leopold ante un descubrimiento que era la culminación de tantos años de vida y de no vida?

Ten paciencia… o la romperás, advirtió la musa.

Aquello era verdad, comprendió distraídamente. La chica se quedaba inconsciente con facilidad, y aunque no la necesitaba despierta, los frutos de su labor eran más dulces de aquella manera.

¿Estropea esa fragilidad su perfección como materia? se preguntó.

Dio un paso atrás y enfocó la Visión sobre ella. Al hacerlo, sus dudas se calmaron, como el llanto de un niño tranquilizado por la leche de su madre. Su obra ya trascendía con mucho cualquier cosa que hubiese intentado antes, y estaba claro que ya no iba a hacer más chapuzas en un torpe intento de complacer a la musa. Aquella vez ella le había tomado de la mano, y él había visto la *verdad*. La había sentido, corriendo por su cuerpo más dulcemente que la sangre de cualquier mortal.

La esencia de la vida. La esencia de la belleza.

¡Eran suyas! Y ay de todos los Toreador que le hubiesen despreciado en el pasado.

¡Nunca más! juró. *¡Se inclinarán ante mí!*

Paciencia, le recordó la musa, llevándole de vuelta a la tarea.

—Sí. —Su susurro se elevó resonando por la caverna.

El sonido pareció revivir un poco a la chica. Leopold se inclinó sobre ella, que llenó su Visión. De nuevo, quedó absorto en revelar la esencia de la verdad.

Viernes, 23 de julio de 1999, 1:08 am
Estado de Nueva York

Una vez fuera del coche, Ramona dejó que Darnell fuese delante: cualquiera de ellos, incluida Jen, hubiese podido seguir el rastro. El raptor no parecía haber hecho esfuerzos por disimular su paso. Más revelador incluso que sus profundas huellas y las ramas rotas y torcidas era el rastro de viscosidad verde lechosa que salía del coche, adentrándose de forma intermitente en los bosques.

Darnell husmeó uno de aquellos charquitos.

—Es como si ese jodido hubiese dejado un rastro de gomas usadas.

Mientras Darnell avanzaba, Ramona miraba constantemente de un lado a otro, observando los espesos matorrales.

Jen, que iba detrás de ella, se dio cuenta.

—¿Podría haber…?

—No. —Ramona sabía cuál era la pregunta que Jen tenía en la mente: estaba claro por lo especialmente nerviosa que estaba y el olor de miedo que la rodeaba.

—¿Crees que ha dejado un rastro falso? —preguntó su amiga, avergonzada por la tácita reconvención e intentando ocultar la pregunta que no había llegado a hacer.

Ramona negó con la cabeza.

—No es un tipo precisamente discreto.

—¿Entonces cómo es que te cogió por sorpresa? —insistió Jen.

Al principio, Ramona no contestó. Abrió la boca para explicárselo todo a sus amigos —todo lo de Zhavon y Tanner— pero la cerró sin decir una palabra.

No necesitan saberlo, pensó.

Darnell parecía haber aceptado la idea de encontrar a quien hubiese herido a Ramona y patearle el culo, y Jen estaba de acuerdo. ¿Por qué complicarlo todo? Ya

habría tiempo para hablar más tarde.

—Estaba ocupada —dijo por fin sin mirar a Jen a los ojos—. No te despistes —añadió, y pudo oír cómo su amiga se envaraba.

Ramona sabía que no era un rastro falso lo que preocupaba a Jen: era el hombre lobo —*hombres lobo*; al fin y al cabo, había más de *un* vampiro— y lo que le había ocurrido a Eddie.

Ramona tenía otras preocupaciones. No pretendía, ni ante los demás ni ante ella misma, no estar asustada de aquellos monstruos. Quien no lo estaba era un loco. Pero preocuparse no salvaría su cuello. Ramona sabía que allí fuera, lejos de la ciudad e incluso de los pueblos, si de verdad había hombres lobos, ella y sus amigos estaban hundidos en la mierda. Pero no había nada que pudiesen hacer al respecto si ocurría. Era aquello o correr de vuelta a la ciudad. Y abandonar a Zhavon.

Ramona no estaba preparada para ello.

Pero no eran aquellas criaturas, borrones de garras, rugidos y muerte, lo que buscaba. Tenía la incómoda sensación de que la observaban… la misma sensación que había tenido con frecuencia últimamente, lo mismo que Zhavon debía de haber sentido cuando ella se agazapaba ante la ventana de su dormitorio. Mantenía el ritmo de Darnell, pero su atención estaba fija en las sombras entre los árboles.

Tanner.

Sabía que estaba allí, en alguna parte.

¿Es él? se preguntó, empezando a dudar de su intuición. *Hemos pasado unas dos horas en el coche. ¿Cómo puede habernos seguido tanto tiempo?*

El bosque se alzaba oscuro e impenetrable a su alrededor. Los extraños sonidos nocturnos hacían que cada sombra pareciese estar viva. Cada chirrido de insecto, cada hoja que temblaba por la brisa, servía también para recordar a Ramona lo que le había pasado a sus orejas. Le picaban, captaban cada sonido. No eran las orejas de una persona, sino las de una bestia.

Como sus pies no eran ya pies humanos.

Has cedido a la Bestia.

Eran las palabras de Tanner.

Yo te convertí en lo que eres.

Tanner, que estaba tan condenadamente seguro de sí mismo. Parecía saberlo todo, y probablemente también podía hacerlo todo.

Yo hubiese podido hacerlo, decidió al fin. *Hubiese podido seguir un coche durante ciento cincuenta kilómetros sin ser vista*. Así que Tanner podía haberlo

hecho con toda seguridad. ¿Desde cuándo había estado siguiéndola sin que ella lo supiera? ¿Desde Los Ángeles?

Darnell se detuvo para husmear el charquito más reciente. Quizá se debiera a algo en la escasa luz de la luna, o a un efecto de filtro en el bosque, pero Ramona estaba bastante segura de que los charcos viscosos tenían distintos colores: algunos eran verdosos como los primeros, otros mucho más oscuros, casi negros, otros casi traslúcidos, y otros de un enfermizo verde mezclado con rojo oscuro, como una mezcla de sangre y bilis espesa. Pero el repulsivo olor no cambiaba: Darnell lo confirmó al arrugar asqueado la nariz.

Desde el coche, el rastro había llevado hacia las colinas de los Adirondacks. La escalada hubiese sido agotadora para un mortal, pero Ramona estaba fortalecida por el vigor de la sangre fresca y la certeza de que, en algún lugar allí delante, Zhavon se encontraba en peligro.

Esa chica tiene muy mala suerte, pensó. ¿Hubiese ocurrido algo de todo aquello si la madre de Zhavon no hubiera intentado proteger a su hija enviándola lejos de la ciudad?

¿O si yo no la hubiese encontrado?

Ramona sintió el peso de la culpa sobre sus hombros, pero sólo por un momento. *Pero la hubiesen matado la noche del asalto de no haber sido por mí*, se recordó. Hizo retroceder la culpa un paso más hasta la causa de todos sus problemas y, por extensión, de los de Zhavon.

Tanner. Él me convirtió en lo que soy… o eso dice. Él lo puso todo en marcha.

Ramona siguió buscando la silueta de Tanner entre las sombras. Intentó ignorar el hedor de aquella pútrida viscosidad y buscó aquel otro olor familiar, pero sin éxito.

¿Está aquí o no?

Darnell se detuvo al llegar a una cresta rocosa. Husmeó brevemente el aire y el suelo e hizo un gesto hacia la vertiente opuesta.

—Por aquí. Estamos acercándonos.

Parecía muy interesado en cazar a su presa. Ramona no sabía si le impulsaba el deseo de vengar la herida de su amiga o si el instinto cazador le controlaba, como a veces le pasaba a ella.

—¿Cómo sabes que nos estamos acercando? —preguntó Jen.

Darnell se irguió rígidamente y rechinó los dientes. Ramona reconoció aquella reacción como su típica muestra de disgusto ante muchas de las cosas que hacía o

decía Jen. Pero aquella vez no empezó una diatriba. Quizá estuviese absorto en la caza, o quizá no se sintiera tan seguro de sí mismo lejos del familiar paisaje urbano.

Fuese cual fuese la razón, respondió en voz baja, aunque tensa.

—El olor es más fresco aquí. Le estamos ganando terreno. ¿No lo ves?

Jen hurgó con el pie en la tierra sin hacer frente a su mirada.

—Hemos andado mucho, y falta poco para que amanezca. ¿No deberíamos volver… al refugio?

Tenemos todo el refugio que podamos necesitar bajo nuestros pies, pensó Ramona, pero no estaba prestando toda su atención a Jen.

A través de un hueco entre los árboles, era posible ver un gran prado hacia el oeste. El prado terminaba en un escarpado barranco, y cerca del borde, parcialmente oculta por un pequeño grupo de tenaces pinos, estaba la entrada de una cueva.

—Allí —dijo.

—¿Eh?

—¿Qué?

—Allí. —Ramona señaló la cueva. Darnell y Jen se pusieron a su lado, siguiendo la dirección con la mirada—. Allí está. —Su dedo empezó a temblar.

Allí está Zhavon.

—¿Cómo lo…?

Darnell cortó la pregunta de Jen.

—¿Estás segura?

Ramona asintió.

—Hay una mortal con él. Quiero sacarla de allí.

No miró a Darnell, pero pudo sentir sus ojos clavados en ella.

¿No lo has sentido, Darnell? quiso gritar de repente. *¿No has sentido la vieja vida, la vida real, escapando poco a poco con cada mortal del que te alimentas? Estamos perdiendo… algo. ¡Y ella todavía lo tiene! No puedo dejarla marchar*.

Pero Ramona miró la entrada de la cueva sin decir nada.

—Vamos allá —dijo Darnell por fin.

Jen se agitaba nerviosamente.

—¿Pero qué pasa con el sol?

Entonces fue Ramona quien contestó con los dientes apretados:

—No dejaré que el sol te coja.

Su amiga no pareció muy aliviada al pensar en lo que proyectaba Ramona, pero no era momento para discutir. Avanzó a regañadientes mientras Darnell abría la

marcha por la cuesta.

La pista de babas y hierbas pisadas llevaba hacia el prado, estaba claro.

—Esperad aquí mientras sigo el rastro —dijo Darnell—. Si lleva a la cueva os haré una señal para que deis un rodeo.

—A la mierda con eso —replicó Ramona, siguiéndole de cerca.

Jen fue tras ella, sin ganas de quedarse sola.

Las hierbas y plantas del prado superaban la altura de una persona. Aun sin el rastro viscoso, Darnell hubiese podido seguir fácilmente la pista de tallos tronchados. Mientras avanzaban a través del prado, Jen miraba constantemente hacia el este por encima del hombro. Como resultado, y de forma más irritante que su mero nerviosismo, al que Ramona ya estaba acostumbrada, iba pisando los pies de su amiga o tropezando y haciendo mucho más ruido que los otros dos juntos.

Al tercer o cuarto pisotón, Ramona se giró con un gruñido.

—*Le mataremos, y nos quedaremos en la cueva* —susurró secamente—. *¡Así que mira por dónde vas!*

A pesar de su embarazo, Jen pareció algo aliviada, y llegaron hasta la entrada de la cueva sin más incidentes. La abertura era más grande de lo que había calculado Ramona desde lejos. Probablemente cabría un coche grande, en caso de que consiguiese llegar hasta allí. Los tres se detuvieron bajo los pinos que se habían afirmado en el suelo rocoso, torciendo las cabezas al oír una voz lejana. Ramona pudo sentir lo cerca que estaban, y tuvo que contenerse para no salir corriendo al rescate de Zhavon. Se deslizaron en silencio por la entrada.

La cueva se estrechaba casi de inmediato, obligándoles a ir en fila india: primero Darnell, después Ramona y Jen al final. Pisaban con cuidado, y hasta Jen evitó patear piedras sueltas. Probablemente el sonido del agua goteando —Ramona supuso que habría alguna corriente subterránea en alguna parte— cubriría los ruiditos que hiciesen, pero no intercambiaron ni una palabra. Ya fuese por la acústica de la cueva o la potencia de su oído, aquella voz les llegaba de vez en cuando. Y una vez, sólo una vez, Ramona oyó un doliente gemido… una voz distinta a la otra, una voz que pudo reconocer.

¡Zhavon!

Ramona luchó de nuevo con el impulso de correr hacia ella. *Haremos esto juntos*, se dijo. Había llevado a sus amigos: cargar en solitario sería una estupidez. Pero a cada paso esperaba oír un nuevo gemido, una llamada de Zhavon. Si Darnell o Jen oyeron la segunda voz, ninguno de ellos reaccionó.

Aguanta, pidió en silencio a Zhavon. *Aguanta*. Pensó en lo que debía de estar siendo aquello para la mortal. Ramona y sus amigos, y el raptor, supuso, podían ver bastante bien en la oscuridad, incluso en la absoluta negrura de la cueva. Pero Zhavon se encontraría a ciegas, rodeada por las sombras, el contacto de las manos del raptor, sus colmillos…

La rabia empezó a embargarla. Sintió que sus colmillos se alargaban. Además de clavarle una estaca, aquel tipo le había robado su mortal.

¡Su culo es mío! pensó Ramona mientras se ponía al lado de Darnell, urgiéndole en silencio a avanzar.

A los pocos pasos, el pasaje se abrió a una cámara mucho más espaciosa. El techo se elevaba en la oscuridad, más allá del alcance de su vista.

—Sí. —La voz llegaba desde delante, mucho más clara ya—. Sí, querida.

Darnell agarró a Ramona cuando pasó por su lado. La sacudió por los hombros, abroncándola con la mirada y exigiendo cautela. Ramona le apartó las manos pero se mantuvo en su puesto. Sabía que él estaba en lo cierto.

Juntos, siguieron avanzando a lo largo de la pared de la cueva. El suelo era un laberinto de estalagmitas. Poco a poco, Darnell las llevó más cerca de la voz.

—Ahí… no, no tanto… ah, sí.

Ramona se detuvo tan bruscamente que Jen estuvo a punto de chocar con ella otra vez.

Sangre. Olía a sangre. *La sangre de Zhavon*.

La sed de sangre se mezcló con la rabia, impulsando a Ramona hacia delante, pero se contuvo. Cerró los ojos por un momento e hizo una profunda inspiración para calmarse… un recuerdo de sus días como mortal. *Aguanta*, pensó de nuevo. Pero esa vez sus palabras iban más por ella misma que por Zhavon.

Darnell alzó una mano hacia sus compañeras, pidiendo más cautela. Al paso siguiente, Ramona pudo ver al raptor al otro lado de la estalagmita que tenía delante. Tenía la espalda vuelta hacia ella. Reconoció vagamente el pelo alborotado, el raído jersey y los viejos y sucios pantalones de faena. Apenas había podido verlo en Hayesburg.

Darnell se mantuvo en su sitio, haciendo un gesto a Ramona para que se moviese hacia la izquierda. Ella se arrastró en silencio hasta el lugar indicado. Estaba tras el raptor, que no parecía tener idea de que había alguien en la cueva aparte de él mismo y…

El hombre dio un paso atrás, girándose lo justo para que Ramona pudiese ver su ojo… aquel ojo abultado y palpitante. Espesos rastros viscosos bajaban por su cara y su cuerpo. Los fluidos alrededor del ojo burbujeaban y emitían un ruido siseante.

Entonces el hombre retrocedió otro paso, revelando a…

¿Zhavon?

Ramona había esperado verla atada a la gran estalagmita, pero en su lugar había… No estaba segura de *qué* era aquello. Tenía una vaga forma humana, con torso, cabeza, brazos y piernas. Tenía pelo en la cabeza y el pubis, y lo que parecía un pecho y un pezón, pero el resto del cuerpo era algo repulsivamente deformado. Los brazos y dedos estaban torcidos —no rotos, sino estirados como arcilla o plástico caliente— en direcciones imposibles y —¿cómo podía ser?— fundidos de alguna forma con el monolito de piedra al que la criatura estaba atada por los tobillos. Al comprender que estaba viendo una forma humana, observó que la cavidad pectoral estaba abierta. Había una estructura de costillas a la vista, con los pulmones tomando y expulsando aire lentamente… y un corazón que latía.

¡Dios mío! ¿Cómo puede estar vivo eso? Ramona se encogió, asqueada.

Apartó la mirada del rostro desfigurado, mirando en su lugar la cuerda alrededor de los tobillos, los pies relativamente intactos, la ropa tirada en al suelo.

Y reconoció aquella ropa.

Dio un paso atrás, incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

El raptor, su repulsivo ojo clavado en la criatura ante él, avanzó un poco. Ignorante de su público oculto, alargó una mano hacia el rostro de su cautiva. La criatura se apartó instintivamente, pero estaba demasiado débil para resistirse de forma efectiva. Sus mejillas se hundieron allí donde las tocó la mano del hombre.

¡Se está derritiendo! Ramona nunca había visto nada semejante… ¡carne derritiéndose como la cera!

El torturador extendió la carne con su mano de una forma en que ninguna piel debería poder estirarse. Llevó la alargada mejilla hasta el hombro de la criatura, frotando suavemente mientras la piel se fundía con la piel. Mantuvo el contacto por un momento y después dio una suave palmadita. Y durante todo el tiempo en que estuvo tocando a su víctima, el ojo brilló con un antinatural color azafrán, como el de un huevo contaminado y putrefacto.

—Sí, es hermosa —dijo el raptor como si estuviese contestando a una pregunta. Se inclinó y besó tiernamente a la criatura en la remodelada mejilla—. Te acercas a la

perfección, encanto. Me convertirás en la envidia de todo Toreador. —Una risa demencial sacudió su flaco cuerpo. El ojo brilló de nuevo—. ¡Seré el Toreador de todos los Toreador!

¿Toreador? La mente de Ramona daba vueltas. No podía encontrarle un sentido a nada de lo que veía u oía.

Pero entonces la criatura abrió la boca —la parte que aún podía abrir— y dejó escapar un grave y doliente gruñido.

El sonido hizo caer a Ramona de rodillas, confirmando lo que había estado intentando decirse que no podía, *no podía*, ser cierto.

Otro gemido agónico.

El olor de la sangre, las ropas, la voz…

¡Zhavon!

La visión de Ramona empezó a nublarse bajo la roja sed de sangre. Sus dedos se convirtieron en garras parecidas a las de sus pies. Miró a Darnell: parecía tranquilo, y estaba haciéndole gestos. ¿Qué intentaba decirle? Entonces comprendió: tenía que atacar por arriba; él golpearía por abajo.

Apenas hubo entendido, asintió una vez y saltó. Darnell se lanzó al mismo tiempo.

Ramona apuntaba al ojo. Mientras cruzaba el húmedo aire de la caverna, podía sentir su garra destrozando el ojo. Podía verlo salir de su cuenca, dejando un rastro de sangre y nervios.

Pero aquel futuro no llegó a hacerse realidad.

La embestida baja de Darnell le hizo llegar al extraño una fracción de segundo antes que Ramona. Darnell golpeó las rodillas del Toreador, haciendo que se tambalease con violencia.

Ramona cayó sobre sus hombros, y el golpe de su garra cruzó la cara del hombre… apenas un centímetro a la derecha del ojo. Acertó en una fosa nasal, arrancándole un buen pedazo de nariz, pero no consiguió herir su ojo.

Los tres cayeron pesadamente al suelo, Ramona encima del Toreador y Darnell rodando para apartarse y ponerse en pie de inmediato, listo para atacar.

—¿Qué…? ¿Quién…? —Los gritos de alarma del Toreador se interrumpieron cuando Ramona le hizo caer de espaldas.

Mientras ella alzaba una mano para dar un golpe que bien podría arrancarle la cabeza, el raptor desnudó los colmillos, siseando como el animal acorralado que era.

Ramona estaba segura de que era uno de ellos.

Pero en aquel mismo instante, el ojo deforme pareció hacerse todavía más grande, brillando con un enfermizo color amarillo. De pronto, el espumeante icor en torno al ojo salpicó el rostro de Ramona. Ella cerró los ojos en un acto reflejo, pero aquella sustancia quemó su piel como un ácido, quemándola hasta el hueso allí donde caía sobre una ampolla.

Ramona se llevó las manos a la cara, quemándoselas también, y se apartó rodando entre gritos de dolor.

—¡Ramona! —Jen entró en acción al ver herida a su amiga. Ramona abrió los ojos justo a tiempo de ver como sus compañeros cargaban contra el hombre, que ya se había puesto en pie.

Con un barrido de la mano, el nervudo raptor derribó a Jen, desmadejada y sangrante. Darnell tuvo que echarse a un lado para no chocar con ella. Aterrizó cerca de Ramona.

—Coge a la mortal —le gruñó—. Nosotros nos ocuparemos de este cabrón.

Sin más palabras, Darnell se lanzó de nuevo contra su enemigo. A diferencia de lo que había pasado con Jen, el raptor no era rival para la velocidad y potencia de Darnell, que no tardó en derribarle.

Ramona sacudió la cabeza, intentando aclarar sus ideas. Ignoró las quemaduras de lo que fuera que le hubiese rociado el ojo. Se puso trabajosamente en pie y se acercó a Zhavon.

¿Zhavon? No puede ser ella.

Ramona no podía obligarse a creer que lo era.

No… Pero la criatura abrió un ojo, y miró a Ramona a la cara. La boca se abrió, pero sólo pudo emitir un balbuceo. Ramona apartó la vista. Tuvo que forzarse a volver a mirar, y deseó no haber tenido que hacerlo. Vio la lengua bifurcada, ambas puntas unidas al paladar. Volvió a mirar el ojo de la criatura —*el ojo de Zhavon*— y su repulsión se convirtió en piedad.

—Te ayudaré… —dijo entrecortadamente, atascándose con el nombre—. Zhavon.

Zhavon asintió y cerró el ojo. Su mandíbula y su cabeza colgaban flojamente.

Ramona se giró al oír los gritos. Darnell estaba rodando hecho un ovillo. Había esquivado otra rociada del ojo, pero Jen no había tenido tanta suerte: el hombro y la manga de su sudadera humeaban y se retorcían, como la piel que había debajo.

Ramona se volvió de nuevo hacia Zhavon, cortando la cuerda de sus tobillos con un distraído giro de su garra. Pero los brazos de la chica eran otra cosa: no había una

cuerda de cortar o desatar, sólo piel y piedra. La piel estaba fundida con la estalagmita que había detrás de Zhavon. Y romper la piedra llevaría demasiado tiempo.

La pelea había llegado a una especie de punto muerto. Darnell y Jen, avisados por el hombro quemado de la vampira, rodeaban a su presa, especialmente atentos al extraño ojo. Por su parte, el raptor retrocedía poco a poco hacia una pared, intentando evitar que alguno de sus atacantes se pusiera a su espalda. Tras calibrar a sus oponentes, prestó mayor atención a Darnell.

Ramona sólo dudó un momento. Odiaba la idea de causar más sufrimientos a la chica, pero lo más importante era sacar a la pobre Zhavon de aquel pozo de tortura. Agarró los brazos de la mortal y tiró. La piel se desprendió de la piedra, y un penetrante grito llenó la caverna, resonando ensordecedoramente.

Pero no era Zhavon quien gritaba.

Su raptor se había erguido, rígido como una vara. Tenía la cabeza alzada y miraba más allá de sus oponentes, a los que parecía haber olvidado.

—¡No toques mi obra maestra! —bramó. De pronto pareció más alto que antes, menos flaco. El ojo envió una ominosa y pálida luz por toda la cámara.

Ramona cogió a Zhavon en brazos, pero se quedó paralizada cuando la mirada del ojo cayó sobre ella. Aquella mirada la inmovilizó mientras el odio de años incontables absorbía la pasión de sus huesos. Qué insignificante parecía aquella mortal de pronto, qué mezquinos los impulsos que movían a Ramona. ¿Quién era ella para interferir en aquella monumental obra de arte?

Los deseos de Ramona se desvanecieron bajo el peso de los eones. Cayó de rodillas y dejó a la mortal en el suelo.

Darnell y Jen no entendían lo que estaba haciendo Ramona, pero aprovecharon la distracción de su enemigo.

Dejadle en paz, pensó Ramona, perpleja. *¿Por qué le están molestando?*

El ojo emitió un brillante rayo de luz dorada, y la escena se desarrolló ante Ramona como si fuese a cámara lenta. Jen saltó contra el costado del hombre, pero una estalagmita brotó del suelo de la caverna, donde no había habido nada antes. Se alzó rápidamente, atrapando a Jen en mitad de su salto. La punta se clavó en su estómago, atravesando su cuerpo, aplastando huesos y desgarrando la piel a medida que entraba en su cavidad pectoral. Sólo se detuvo tras emerger por la espalda arqueada de la vampira y atravesar su cuello.

La cabeza de Jen, una ensangrentada masa de hueso y pelo rubio, cayó al suelo de

la caverna.

Darnell atacó al mismo tiempo que Jen, pero a Ramona le pareció que se movía a cámara lenta bajo aquella luz dorada.

El Toreador atrapó a Darnell.

La fuerza de la embestida hubiese debido al menos hacer que retrocediese algunos pasos, pero el raptor puso las manos sobre los hombros de su enemigo y le atrapó sin vacilar.

Entonces tiró de los hombros de Darnell hacia los lados, y ante la horrorizada fascinación de Ramona, los ensanchó unos treinta centímetros. La carne y el hueso se alargaron bajo las manos del Toreador.

Darnell aulló mientras caía de rodillas. Los brazos le colgaban inútiles a los costados: las articulaciones de los hombros y los músculos habían quedado separados más allá de toda esperanza. Y entonces el monstruo del ojo se ocupó de la cara de Darnell.

—*¡Ven!*

Ramona dio un respingo al oír a Tanner a su lado. La sorpresa hizo que se liberase de la fascinación del ojo.

—*¡Salgamos de aquí!* —urgió en un cortante susurro.

Había algo extraño en él, pero en medio de la confusión la idea no llegó a formase del todo en la mente de Ramona.

—*¡Cógela y vamos!* —Tanner hizo un gesto hacia Zhavon y se dio la vuelta para marcharse, tal y como había hecho antes aquella noche.

Zhavon. Sangre. Jen. ¿Podía haber ocurrido todo aquello en una misma noche?

Tanner la había guiado hasta los árboles justo después del crepúsculo. Ya estaba a punto de amanecer. Y de nuevo le había dado la orden de seguirle y se había marchado. Ramona miró hacia atrás, al monstruo que estaba presionando sus dedos contra la frente de Darnell. Los huesos cedían como arcilla bajo las manos de un escultor. Darnell chilló cuando sus cuencas oculares empezaron a encogerse.

—*Maldita sea, novata. ¡Tendrá que arreglárselas solo!*

Ramona volvió a mirar a Tanner. La última vez había dado por hecho que le seguiría: sencillamente se había puesto a andar con toda confianza. Pero ahora le imploraba que fuese tras él. Al mirarle a los ojos, Ramona comprendió cuál era la diferencia.

Miedo.

Su rostro estaba bañado en él. Se enfrentaba a algo de lo que prefería huir antes que combatirlo.

Yo te convertí en lo que eres.

Pero no sabía qué hacer. Estaba asustado.

Aquella revelación aterrorizó a Ramona.

Soy tu sire, le había dicho. *Yo te convertí en lo que eres*.

Ramona había pensado que le revelaría conocimientos secretos, que le mostraría el significado de su nueva existencia. Pero Tanner no entendía lo que estaba pasando allí. Estaba huyendo. Asustado.

Cogió a Zhavon de nuevo y empezó a correr tras Tanner, que reemprendió la marcha al verla. Los gritos de Darnell resonaron por toda la cueva, persiguiendo a Ramona a través del túnel. Ella corría cada vez más rápido, pero no lograba dejarlos atrás.

Y por fin salió de la cueva, al prado. Los gritos de Darnell seguían resonando en sus oídos.

Tanner no redujo el ritmo de su carrera, pero Ramona, aun cargada con la inerte Zhavon, consiguió ponerse casi a su altura. El cielo estaba aclarándose hacia el este. Verlo recordó a Ramona no tanto el dolor que había sufrido la mañana anterior como lo preocupada que había estado Jen por encontrar refugio… Jen, cuya cabeza estaba en el suelo de la cueva a los pies de un monstruo. Ramona pisó mal, tropezó y estuvo a punto de caer al suelo con Zhavon.

¿Qué habrá sido de Darnell? se preguntó. *Debería volver y salvarle. ¿Pero cómo?*

Sacudió la cabeza. *Eso no importa. Debería… estar allí con él… morir con él*.

Pero allí, corriendo por delante de ella a través del prado, estaba su sire, el que la había convertido en vampira. Parecía mucho más astuto que ella. Podía sorprenderla con facilidad y desaparecer después sin dejar rastro. Y *él* estaba huyendo a la carrera.

Eso debería decirte algo, tía.

Cruzaron el prado y siguieron corriendo colina arriba. Tanner no se había detenido al tropezar Ramona, pero la vampira casi le había alcanzado de nuevo. Corrieron sin detenerse hacia el cerro. Ni una brizna se movía al paso de Tanner. El ruido de cada pisada de Ramona parecía anunciar su presencia a la mañana. Ella empezó a reprenderse a sí misma. *Estoy siendo tan ruidosa como*… entonces paró.

Como Jen.

Tanner se detuvo a medio camino de la ladera occidental de la colina.

—Esto bastará —dijo—. El sol ya estará iluminando el otro lado. Tendremos que enterrarnos aquí.

Enterrarse. Por supuesto. No había tiempo para buscar refugio. Ramona contempló la desmadejada figura en sus brazos.

—No puedo dejarla sin más —dijo.

Tanner miró directamente a Ramona por primera vez desde que salieron de la cueva. No mostraba ninguna expresión, y no dijo nada.

—¡No puedo dejarla! —gritó Ramona. Sus ojos estaban bañados por lágrimas de sangre.

—Haz lo que debas —dijo él en tono neutro.

—*¡Que te jodan!*

Tanner la contempló impasible.

Ramona bajó a Zhavon al suelo, acariciando su cabello.

—No puedo…

El rostro de Zhavon estaba tan desfigurado como el resto de su cuerpo, quizá más. Un ojo había desaparecido, quizá oculto bajo la carne y el hueso desplazados. La nariz estaba aplastada hacia un lado, y probablemente ya no servía para respirar, a juzgar por el suave y constante jadeo de lo que quedaba de la boca de Zhavon. Sus hermosos labios estaban aplanados y extendidos, y su cabeza inclinada en un ángulo agudo a causa de la mejilla que Ramona había visto fundir al hombro de la chica.

—No puedo dejarla…

Ramona olió la sangre, y vio que estaba cubierta de ella. Los brazos de Zhavon estaban sangrando allí donde ella los había arrancado de la piedra, y debían de haber sangrado todo el camino hasta allí.

—Haz lo que debas —dijo Tanner con solemnidad, y se hundió en la tierra.

Ramona le vio desaparecer. No estaba segura de si su cuerpo se hundía bajo el suelo o si realmente se convertía en parte de la tierra. Tampoco sabía cuál sería su caso cuando se uniese a él en unos momentos. No le quedaba más tiempo para decidirse. Los últimos minutos del amanecer, cuando el sol se alzaba por fin en el horizonte, siempre parecían pasar muy rápido. Ya sentía calor en la piel, como si tuviese fiebre. Pero sólo la carne viva podía tener fiebre.

El retorcido cuerpo de Zhavon yacía a los pies de Ramona. La joven mortal había sido transformada en un monstruo con tanta seguridad como le había ocurrido a ella. Pero a diferencia de Ramona, que podía cazar, encontrar alimento y sobrevivir,

Zhavon era incapaz de ello tal y como había quedado.

Ramona acarició la suave piel color chocolate de la muchacha… casi su único rasgo reconocible aparte del ojo que se había abierto para mirarla. Zhavon no podía hablar.

Aunque su lengua no hubiese estado pegada a su paladar, no tenía la fuerza necesaria para ello.

Probablemente no sobreviviría hasta la noche siguiente, intentó convencerse Ramona. Y aunque lo hiciese, ningún *cirujano* podría reparar el daño.

Le estaría haciendo un favor, pensó. *No puedo dejarla sin más*. El sol estaba subiendo. Quedaba muy poco tiempo. Ramona miró al ojo humano en medio de aquella monstruosidad de carne retorcida. Quería decir algo, consolar a Zhavon, pero no había palabras. Con ternura, besó lo que hubiese debido ser una perfecta mejilla de adolescente. Echó una última mirada a Zhavon en su desnudez, intentando ver en aquella obscenidad a la chica que había conocido.

Entonces se inclinó sobre el corazón expuesto. A pesar del inimaginable trauma sufrido por el cuerpo, el corazón seguía latiendo, obligando a la fuerza vital de Zhavon a recorrer aquellas formas.

Cuando el sol empezó a quemar su espalda, Ramona bebió profundamente. La sangre era dulce, pero la amargura consumía su alma. Bebió hasta que el fuego mortal quedó extinguido, y entonces se hundió en la tierra.

TERCERA PARTE:
«CENIZA»



Viernes, 23 de julio de 1999, 9:09 pm
Estado de Nueva York

Cuando la marea de la consciencia empezó a arrastrar suave pero inconfundiblemente a Ramona, la vampira sintió la amarga tentación de ignorarla, de hundirse más profundamente en la calma subterránea que había descubierto. No había una simple razón sencilla para su reticencia: el sentimiento era amplio y de varias capas, como una colcha de retales. Se veía a sí misma anidando entre las mantas y sábanas de su cama, sin querer levantarse y preparar la cartera para el colegio, donde podía pasar casi cualquier cosa. Pero aquella vacilación no tenía sus raíces en el placer del presente, sino en el miedo al futuro.

Poco a poco fue haciéndose consciente de su entorno. Ya no era la muchachita que había sido. El problema no era el colegio. No había sábanas ni mantas. La paz que la envolvía era la de la tierra misma: tierra, piedra, raíces, criaturas que se arrastraban… Estaba con ellas; era una de ellas.

¿Así es todo al final? se preguntó. ¿Podía la muerte —la *verdadera* muerte— ser más pacífica?

Expandió su consciencia hacia los alrededores, mezclándose con la extensión de raíces que sujetaban y alimentaban a un gran roble. Siguió los enrevesados giros de la madriguera de una marmota.

Puede que me quede aquí.

Sería tan fácil, el final del dolor.

Pero mientras el placer se adueñaba de ella, algo más se agitó en su interior… el hambre. Hizo presa en su corazón, estrangulando su alma. Pues no era su cuerpo lo que tenía hambre, sino la famélica Bestia de su interior, que aullaba por liberarse. Los pensamientos de paz y descanso sólo servían para aumentar la furia de sus

contorsiones.

Has cedido a la Bestia.

Ya la había guiado durante dos años, tal y como la sacaba en aquel momento del descanso. Había sentido el ansia muchas veces, pero nunca se había percatado de la fuerza que había detrás. Nunca había sabido lo cerca que estaba la Bestia de la superficie.

Ramona ascendió también hacia la superficie… la superficie de la tierra que daba sustento a la vida. La oscuridad y el placer quedaron atrás. La sensación del aire sobre su rostro llegó muy despacio hasta su consciencia. Estiró los dedos de las manos y los pies, obligando a moverse a músculos y huesos que hubiesen debido convertirse en polvo tiempo atrás.

Cenizas a las cenizas.

Los sonidos de la noche se filtraron a través de los restos de su letargo. Los grillos y las ranas le recordaron que estaba lejos de la familiar jungla de asfalto en la que se encerraban los mortales. Eran una advertencia, un recuerdo.

—Si ya estás preparada…

Aquella voz tan cercana puso en tensión todos los sentidos de Ramona. En menos de un segundo estaba de pie, en guardia, lista para hacer frente a su atacante.

Tanner estaba agazapado a menos de diez metros, con los brazos cruzados y una mueca en la parte de su cara que no ocultaban las gafas oscuras.

Su presencia devolvió a Ramona los recuerdos más recientes. Cayeron sobre ella como un muro de llamas impulsado por un cruel viento. Jen había muerto. Probablemente, Darnell también. Y Zhavon…

¡Zhavon!

Su nombre fue un lamento desesperado, un testimonio de la Bestia interior de Ramona. Se dejó caer al suelo, recordando su crimen de la noche anterior… cómo se había alimentado directamente del corazón de la muchacha mientras seguía latiendo, hasta tomar toda su sangre.

Sentada con las piernas cruzadas y la cabeza entre las manos, Ramona esperó un torrente de lágrimas de sangre… de la sangre de Zhavon. Pero las lágrimas no llegaron. Sólo había un gran vacío. Y a través del vacío resonaban los aullidos de la Bestia.

—Nunca —explicó Tanner— salgas de la tierra sin saber quién o qué te espera en la superficie.

Ramona le ignoró. Obviamente aquello le molestaba, pero no se preocupó. No podía liberarse de la carga de culpa que sentía por la muerte de Zhavon. Sólo recientemente había empezado a comprender la naturaleza de su lazo con la chica… cómo estar cerca de la mortal la mantenía en contacto con la decreciente porción de humanidad de su ser. Pero Zhavon se había ido. Muerta por su propia mano. Creyó por un momento que podía oír los ladridos de la Bestia a su alrededor, pero era sólo el viento entre las hojas de los árboles.

Tanner no se movió. La miraba fijamente.

Ramona le devolvió la mirada. Nada de aquello parecía tener sentido. Durante dos años, no había conocido más que el miedo y el hambre. Ahora había alguien ante ella que podía explicárselo, pero parecía más interesado en darle órdenes.

Bueno, el señor Lincoln liberó a los esclavos, pensó.

Tanner le había robado su vieja vida, sin preguntarle si deseaba aquella existencia de noche y sangre.

—Tengo que irme —dijo por fin—. Estaba esperándote.

—¿Esperas que te dé las gracias? —preguntó ella, pero su desafío quedó condicionado por la renovación de sus temores. Iba a marcharse de nuevo. Por lo que Ramona sabía de él, así eran las cosas: aparecía brevemente y después desaparecía… por la escalera de incendios, en el garaje, en los bosques de Hayesburg. La única diferencia era que por primera vez se había molestado en avisar antes de irse—. Tengo preguntas.

—Todo a su debido tiempo. —Tanner no se movió. Estaba demasiado tranquilo. Como si no estuviera vivo.

—No te conozco —replicó Ramona—, pero no me lo estoy pasando muy bien.

Tanner la miró. Seguía sin mostrar ninguna expresión.

—Debo conseguir a otros.

Otros.

Ramona no estaba segura de qué significaba aquello. ¿Otros como Zhavon, para alimentar a la famélica Bestia? ¿U otros como Jen y Darnell, que necesitasen ser rescatados? Aunque Jen, se recordó Ramona, estaba más allá de ningún rescate.

—Tenemos que ir a por Darnell —dijo.

Tanner meneó la cabeza.

—Conseguiré a otros primero.

Su rostro no revelaba nada, pero Ramona recordó la expresión de miedo que

había visto en su cara la otra noche. Ella tampoco quería entrar en la cueva, pero no podían abandonar a Darnell.

—Darnell no está muerto… puede que no lo esté —insistió.

—Más le valdría estarlo —señaló Tanner.

Ramona quiso discutir aquello, pero al recordar cómo había desfigurado aquel loco del ojo a Zhavon comprendió que probablemente Tanner estaba en lo cierto.

—Pero tenemos que averiguarlo.

Sorprendentemente, Tanner hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Traeré a otros, y entonces destruiremos a esa criatura.

Ramona le observó con atención. La mueca no era tan pronunciada ahora que ella no discutía. Por lo que había dicho, albergaba menos esperanzas que ella de que Darnell hubiese sobrevivido. Su interés era la venganza. No le extrañó. Asieran los hombres: Tanner consideraba que habían herido su orgullo, e iba a volver para romperle el culo a aquella criatura.

Aquella criatura.

Todo lo que Ramona podía ver era el enorme ojo viscoso y pulsante. ¿De verdad le había rociado una especie de ácido a la cara? Se pasó el dedo por la piel parcialmente curada —curada gracias a la sangre de Zhavon— en torno a la nariz y los ojos. La pelea en la cueva parecía parte de un horrible sueño. Se había desvanecido casi hasta la oscuridad, aunque las pequeñas quemaduras de ácido en su camiseta eran bastante reales.

Fue real para Jen y Darnell, pensó.

Y para Zhavon.

—¿Dónde está el cuerpo de Zhavon? —preguntó con suspicacia mientras los últimos jirones de nieblas desaparecían de su mente y los recuerdos de la noche anterior se volvían más claros. Estaba en el mismo sitio donde había puesto fin a la vida de Zhavon, pero el cadáver no estaba por ninguna parte.

—Lo he enterrado —dijo Tanner.

—¿Dónde? —exigió saber Ramona. Sus uñas se habían convertido en garras, y las extendió a los costados.

—Tengo que irme —respondió Tanner, volviendo a torcer el semblante.

Ramona se acercó a él.

—No te irás a ninguna parte hasta que me des algunas respuestas.

Sabía que no debía mostrarse tan agresiva, que era más probable que Tanner le

enseñase cuanto necesitaba saber para sobrevivir si le hablaba con respeto, pero su actitud y sus palabras hacían invariablemente que se sintiese irritada. ¿Por qué debía tratarle con respeto si él no hacía lo mismo con ella?

—No te estoy pidiendo permiso, novata.

Novata. Otra vez la palabrita. Ramona se enfureció al oírla.

—Vamos a tener que hablar un poco sobre esta historia de llamarme «novata».

Sin previo aviso, Tanner desnudó los colmillos y dejó escapar un demoníaco siseo. Quitándose las gafas, reveló unos ojos rojos como la sangre, con pupilas verticales como las de un gato, cuya mirada atravesó a Ramona, haciendo que retrocediese un paso.

—No toleraré más insolencias por tu parte —dijo con los dientes apretados—. He enterrado el cuerpo junto a Table Rock, a tres kilómetros en esa dirección —explicó señalando el bosque—. Espera allí, y enviaré a otros. No deberíamos permanecer tan cerca de la cueva.

Tanner se puso en marcha, pero se detuvo unos metros más allá.

—Muestra la apropiada deferencia hacia tus mayores, o no sobrevivirás.

Tras aquel último consejo, desapareció. Ramona apenas le vio moverse, pero ya no estaba allí.

Dios *mío*, pensó. Sus *ojos*…

Se quedó allí, mirando el lugar donde había estado Tanner, el lugar donde aquellos ojos inhumanos habían fijado su mirada sobre ella.

De pronto, sintió que las piernas le fallaban. Se sentó sin ceremonias en el suelo.

Es tan malo como esa cosa Toreador.

Y Tanner, su sire, la había creado a su imagen y semejanza.

Viernes, 23 de julio de 1999, 10:10 pm
Estado de Nueva York

Table Rock era fácil de encontrar: tres kilómetros hacia el norte, allí donde Tanner había indicado antes de desaparecer. Ramona se sintió molesta por el hecho de que hubiera podido despistarla tan fácilmente. Ni siquiera había estado distraída: le estaba mirando, y de pronto ya no estaba allí. Como el motorista se le había acercado aquella primera noche junto al puente: había estado en un sitio… y al momento en otro. Sin que pareciera haberse movido.

Era el tipo de cosa que *ella* podía hacer a los mortales.

Pero no al principio, comprendió.

Habían pasado varios meses tras el cambio antes de que ella empezase a entender y controlar las notables facultades que había adquirido, y unos cuantos más antes de que pudiese ejercitarlas con cierta efectividad y competencia, incluso entre los mortales.

¿Eran aquellos otros vampiros simplemente más experimentados que ella? ¿Era cuestión de experiencia, o se trataba de seres mucho más poderosos que ella, como ella comparada con un mortal? Ramona no podía pensar en una buena forma de averiguarlo. Hasta el momento, Tanner no se había mostrado muy informativo, y Ramona dudaba que estuviese dispuesto a enseñarle nada susceptible de reducir su control sobre ella. Disfrutaba demasiado de su superioridad como para perderla. Tendría que aprender lo que pudiese de él y leer entre líneas para enterarse de todo lo demás.

Quizá cuando le hubiesen machacado el culo a aquel Toreador —*sea lo que sea un jodido Toreador*— Tanner se abriría un poco más.

—Al menos puede que deje de llamarme «novata» —se dijo en voz alta.

El nombre de Table Rock no era ningún misterio. Se trataba de una gran losa de piedra, quizá de unos diez por doce metros, calculó Ramona, con una superficie más o menos cuadrada y asombrosamente plana y regular.

—Igual que una puta mesa —murmuró mientras se subía a la roca—. Los pioneros no se estrujaron mucho los sesos buscando un nombre. —El sonido de su propia voz tranquilizaba su mente, aunque sólo un poco.

Ramona no estaba tan interesada en la roca como en el pedazo de tierra removida del tamaño de una persona en la suave pendiente cercana.

Zhavon.

De pronto se sintió como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies. La piedra había dejado de parecer una mesa. Las rodillas se le doblaron al bajar al suelo. Se tambaleó. La amargura que había estado acunando hacia Tanner desapareció y sólo quedó el vacío, una gran nada donde antes había habido… ¿qué?

Salvar a Darnell, el Toreador, Tanner, el Sabbat, incluso sobrevivir… todo lo que hubiese debido llenar su mente se volvió de pronto muy pequeño y lejano, intrascendente, sin sentido.

Todo lo que importaba era la pérdida y la culpa.

Zhavon.

Ramona se dejó caer de rodillas sobre la tierra recién removida que era su condena. Apretó la cara contra ella y recordó aquella ocasión en que había llevado a la mortal herida a través de oscuras calles, de vuelta a su hogar.

Le salvaste la vida, dijo una voz dentro de Ramona. *Estaba viviendo un tiempo prestado*.

—Yo la maté —sollozó, pero al limpiarse la tierra del rostro vio que estaba seca. Hubiese debido estar llorando. Quería llorar. Pero no había lágrimas. Estaba seca y vacía.

Tenías derecho a tomar su vida, dijo la voz. *La salvaste*.

—La maté.

Ya has matado antes. Y lo harás de nuevo.

—Zhavon… —Se ahogó al pronunciar el nombre. No había consuelo en las palabras de aquella voz. No había consuelo en el mundo para *ella*. Hubiese podido dejar a la chica después de salvaría, mantenerse lejos de ella, negar su propia existencia.

Se quedó tendida sobre la tumba, recordando su intento de huir, recordando cómo

la había seguido Zhavon.

¡Ella te quería! dijo la voz. *Quería que tomases su sangre.*

Pero Ramona pudo detectar la mentira oculta en aquellas palabras. Un mortal no podía resistirse al ansia más de lo que podía hacerlo ella. Recordó la noche de su transformación… cómo aquella figura —cómo *Tanner*— la había tomado en su poder. Ella había cedido. No había podido hacer otra cosa. Incluso había pensado por unos momentos que quería ceder, pero no había habido una verdadera elección, una verdadera voluntad.

Ella quería que tomases su sangre.

—¡No! —Ramona rechazó la falacia.

Zhavon no había escogido aquello, no lo había deseado.

Ramona tampoco había escogido.

Tanner lo había hecho. Él había escogido por Ramona, y también por Zhavon.

Ramona hundió los dedos en la tierra, crispándolos en un puño.

—Jodido bastardo.

Quería a Tanner de vuelta. Quería desgarrarle el pecho, arrancarle el corazón y embutírselo en la garganta. Se daría un banquete con su sangre y contemplaría cómo aquella arrogante expresión se congelaba en una máscara mortuoria.

Hay fuerza en su sangre. Es lo que te corresponde.

Ramona sacudió la cabeza para aclararse las ideas, para ahuyentar aquella voz. Se tocó de nuevo la cara seca, preguntándose por qué no podía llorar. Buscó el dolor que antes había estado a punto de abrumarla, pero no pudo sentirlo. Sólo encontró señales de su paso, como huellas de una criatura extinguida… huellas de su propia humanidad desaparecida. La compasión daba paso a la amargura, la esperanza al odio.

Alisó las huellas que había dejado sobre la tumba y se obligó a volver a la roca. Trepó a lo alto y se dejó caer. Se quedó allí tendida sin querer mirar la tumba, reacia a contemplar el lugar de descanso de una persona cuya sangre corría por sus venas.

Ramona no se enfrentaría a ello, pero la sangre lo sabía. Sabía que, como la flor arrancada de la planta, la humanidad segada no tardaría en marchitarse y morir.

Se quedó tumbada y fría sobre la piedra plana. Los grillos y las ranas no repararon en su angustia.

Viernes, 23 de julio de 1999, 10:45 pm
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

Johnston Foley comprobó la gema una última vez. La llama, transferida a la vela púrpura, chisporroteó por un momento antes de prender en el pabilo. Los pensamientos de Foley estaban perfectamente centrados cuando empezó el encantamiento, acercando gradualmente la llama a la pequeña esfera de cuarzo en el cofre abierto.

La vela no estaba siguiera a sesenta centímetros cuando se apagó la llama, extinguida tan convincentemente como si unos dedos invisibles hubiesen apretado el pabilo.

Asombroso, pensó Johnston.

Durante la última semana, el poder había ido creciendo cada vez más. Johnston nunca había visto que la llama se apagase a aquella distancia. Era un ritual sencillo y sin complicaciones, pero no podía dejar de verlo como un portento de gran significación. Desvelaría los misterios de la gema, y sus superiores se fijarían sin duda en su eficacia y habilidad. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Aisling Sturbridge había regresado de su reunión en Baltimore. No le había explicado mucho de lo sucedido allí, pero ni siquiera ella podía ocultar su interés por la gema. Cuando le había mostrado aquel mismo ritual dos semanas antes, había detectado la casi imperceptible elevación de la ceja… aquel revelador gesto que, imaginaba Johnston, era la única señal de emoción por parte de Sturbridge, ya fuese rabia asesina o éxtasis sexual.

Debe de estar dándose de patadas por haber delegado la gema en mí, pensó. *Seguramente mi papel en esto llegará a oídos del Pontifex… ¡quizá incluso de la misma Meerlinda!*

Johnston alisó las arrugas de su túnica ceremonial e hizo un esfuerzo por eliminar aquellas vertiginosas ideas de su mente. Jacqueline había reunido los objetos necesarios… y había hecho un buen trabajo, tuvo que admitirlo. Aaron, un aprendiz de mayor confianza, había llevado a cabo las purificaciones ceremoniales, invocando las protecciones apropiadas en torno a las cámaras de Johnston, tanto para impedir que alguien interrumpiese el ritual como por precaución ante cualquier posible efecto del mismo. Johnston, situado dentro de los límites de las protecciones, podía ser considerado prescindible a la larga, pero la capilla entera no.

Foley dio un paso atrás para apartarse de la piedra e inspeccionó la parafernalia sobre la mesa de trabajo: dos espejos ovales de veinte centímetros por diez, con marcos de plata pulida, dorso de plata y cristal sin defectos; cinco varitas de pino labradas hasta el tamaño de lápices y perfectamente lijadas; una bandeja de plata con un grabado de *fleur-de-lis* como el de la tapa del cofre; siete velas de cera roja fundida con las entrañas de un búho silvestre; varias piezas de pergamino de filo de oro; un tintero de obsidiana y un juego particular de plumas rituales. Él se había encargado personalmente del pergamino, las plumas y el tintero. Los demás objetos reunidos por Jacqueline, así como el trabajo de Aaron, habían sido comprobados y recibido el visto bueno.

Era el momento.

Foley cerró los ojos y, con una facilidad nacida de años de práctica, despejó su mente de preocupaciones externas. Cada pensamiento flotante fue a parar a su correspondiente nicho, hasta que las facultades del Tremere quedaron por completos libres de estorbo, y él listo para volver su ojo mental hacia aquel lugar donde las energías místicas se acumulaban como en un estanque junto a un manantial siempre burbujeante. Se sumergió, atravesando la superficie del estanque, hasta la misma fuente, donde pocos lograban llegar.

Una parte de la mente de Foley era vagamente consciente de que el tiempo pasaba sin él, de que las horas se sucedían más allá de los límites de su cuerpo. Sus ojos se abrieron, pero la perversidad del tiempo, la discrepancia entre un acto físico y la llegada de las ondas de luz llevando hasta el ojo la imagen de tal acto, era inconstante. La porción superficial de su mente que atendía a la realidad externa recibía estímulos que tenían una antigüedad de minutos, no de nanosegundos.

Foley vio el momento en que había puesto los dos espejos a ambos lados del cofre de madera que contenía la gema. Vio los distantes momentos en que sus manos habían

colocado las siete velas equidistantes entre sí y el cofre.

De pronto, el tiempo avanzó como se suponía que debía hacer. Foley debía de haber puesto la bandeja de plata ante el cofre, pues allí estaba. Sus labios se movían como por voluntad propia. Entonaba palabras de un idioma mucho más antiguo de lo que la mayoría de los lingüistas hubiesen considerado posible, pero el sentido temporal de su discurso era distinto del de su visión. Palabras que sonarían en la hora siguiente se mezclaban con imágenes de varios minutos atrás. El Tremere no era tanto el controlador como el medio del ritual. Desde la fuente de su alma, recibió forma.

Una agitación en el estanque oscureció el sentido temporal, alterando las relaciones. Foley veía ahora el momento en que sus manos agarrarían las varillas de pino. Sus ojos registraron cómo partiría cada una de ellas, y cómo no sería savia, sino sangre lo que cayese en la bandeja de plata.

Al partir la última varilla, las siete velas se encendieron. El humo tenía un resplandor rojo… una ilusión proyectada por el cuarzo ahora reluciente, que ardía con tanto brillo como cualquier llama que hubiese existido desde la formación del mundo. El olor le recordó al Tremere la comodidad del útero de su madre… ¿cuántos siglos habrían pasado? Pero allí estaba, caliente y reconfortado por los cercanos latidos de su corazón. Había adoptado su ser embrionario, conectado al mayor. Una mano cobró forma a partir de la amorfa materia de su cuerpo en gestación.

Pero cuando la mano se extendió, Foley no sintió a su alrededor la suave y acogedora carne del vientre de su madre, sino dura y fría piedra. Intentó echar la mano hacia atrás, pero la piedra creció como si fuese carne viva para atraparle. Incluso el cordón que era su conexión a la vida se enroscó a su alrededor como un dogal. Una tempestad se alzó a su alrededor. El calor y la comodidad desaparecieron.

Johnston intentó gritar mientras era arrastrado a la oscuridad.

Sábado, 24 de julio de 1999, 1:17 am
Estado de Nueva York

Ramona no recordaba haberse quedado dormida desde la noche de su transformación… a menos que contase su apurada salvación del sol en Hayesburg, pero aquellas horas se habían parecido más a la hibernación o la catatonía que al verdadero sueño. No estaba segura de haberse quedado dormida aquella noche —no parecía muy probable— pero de pronto se dio cuenta de que el tiempo había pasado. La noche era más profunda. De la misma forma en que un mortal podía distinguir intuitivamente entre la mañana, la tarde y el anochecer, Ramona era sensible a las fases de la noche. No era difícil de aprender: en aquel momento se encontraba en la madrugada, y de alguna manera había pasado por alto las horas anteriores.

¿Dormida? No se sentía particularmente descansada. No había soñado, pero aquello era otra cosa que no ocurría desde su transformación. Ella y Jen habían hablado al respecto no hacía mucho, quizá un par de noches atrás, aunque con todo lo que había ocurrida parecía que hubiesen pasado años desde entonces. Jen ya era libre de sus temores, y a Ramona no le quedaba nadie con quien compartir los suyos.

Le dolía el pecho, no por ninguna herida sino porque estaba vacío. Quizá fuese el peso de su pérdida lo que le había hecho dormir. Por una pocas horas, había estado libre de pensamientos y recuerdos y dolor. Pero ya eran su constante compañía de nuevo, pues no habían ido muy lejos.

¿Qué la había llevado de vuelta a su mundo de pérdida? Estaba claro que la pena y la amargura no habían terminado de seguir su curso. Quizá hubiera sido aquel cercano sonido rasposo que empezaba a insinuarse poco a poco en su mente consciente.

Ramona se incorporó de inmediato. Creyó ver la espalda de un hombre escarbando en la tierra de la tumba. Pero al oír su movimiento, el recién llegado se

volvió hacia ella. Ramona se vio ante los ojos reumáticos y los colmillos amarillentos de una rata gigante.

Su sorpresa dejó paso rápidamente al instinto. Al segundo siguiente estaba en pie, lista para saltar.

La cosa-rata emitió un siseo poco animoso. Algo de tierra suelta cayó de su nariz arrugada. La criatura parecía tan dispuesta a huir como a atacar mientras se apartaba lentamente, dejando la tumba entre ella y Ramona, fuese cual fuese la protección que pudiera brindar el pequeño montículo de tierra.

—Tú chiquilla de Tanner —dijo la rata.

Ramona se quedó sin habla. Su sorpresa al ver a la criatura y después su cara no fue nada en comparación con la de oír palabras de aquellos labios inhumanos. Entornó los ojos mientras estudiaba a la criatura con más atención.

Su cuerpo estaba encorvado, pero era humano; estaba cubierto de mugrientos andrajos que olían a basura y cosas peores. Su rostro, aunque claramente parecido al de una rata —grandes ojos muy juntos, bigotes temblorosos, nariz protuberante y grotescamente desproporcionada, mandíbula retraída, dientes pequeños y afilados— conservaba una vaga forma humana.

—Tú chiquilla de Tanner —repitió la rata para confirmarlo, ya que ella no respondía—. Él dijo tú tozuda.

La rata soltó una risita por su pequeña broma, o quizá no estuviese riendo y fuera sólo algo atascado en su garganta. Ramona no estaba segura de lo que era aquel inquietante sonido parecido a una tos.

Todavía con un ojo puesto en Ramona, la rata empezó a escarbar otra vez.

—Tumba nueva —musitó.

Ramona saltó de la roca, aterrizando junto a la tumba y atacando a la rata.

—¡Lárgate, jodido hijo de puta cara de rata!

La rata se agachó para esquivar la garra de Ramona, casi cayendo al suelo al retroceder para ponerse fuera de su alcance. Silbó como un animal acorralado.

—A veces sangre aún en cuerpos —insistió—. Bastante para dos. —Estiró el cuello para ver si Ramona aceptaba su oferta de conciliación.

—¡Nadie va a desenterrar este cuerpo!

Ramona dio otro paso hacia el recién llegado y alzó una garra. La rata se alejó un poco más.

—¿Tu sangre? —preguntó, como si fuese una reclamación comprensible.

Ramona bajó la mirada hacia la tumba. ¿Qué importaba ya lo que le ocurriese al cuerpo? Zhavon estaba muerta. Se había ido para siempre. Pero Ramona no podía soportar la idea de aquella cosa-rata desenterrando los restos de la pobre chica para roerlos.

—Mi sangre —confirmó en voz baja—. Nadie desenterrará este cuerpo.

La rata asintió. Al parecer el asunto estaba zanjado, por lo que le concernía. Se acercó un poco a Ramona, al haber desaparecido la causa de la confrontación.

—¿Cuál es tu nombre, chiquilla de Tanner? —preguntó en un tono de confidencia y más bien amistoso.

—Ramona —contestó ella sin pensarlo. No creía que tuviese nada que temer de él, siempre que permaneciese alejado de la tumba.

La rata aguardó por un momento, como si esperase algo más de ella, pero Ramona guardó silencio. Así que volvió a tomar la palabra:

—Soy Cara de Rata. Conozco todos los pueblos y ciudades de Nueva York. Soy más sagaz que los lupinos y más veloz que el Sabbat.

Volvió a quedarse mirando a Ramona, como si ella tuviese algo más que decir.

—Muy bonito —comentó ella por fin. *No me interesa la jodida historia de tu vida*.

Se quedaron callados durante unos minutos. Ramona quería asegurarse de que se mantendría alejado de la tumba. Cara de Rata husmeó alrededor de la roca, interesándose ostentosamente por todo *salvo* la tumba.

—¿Tu *nombre* es Cara de Rata? —preguntó ella por fin, incómoda con aquel silencio que sólo interrumpían los suaves resoplidos de Cara de Rata mientras hurgaba por ahí—. ¿Acaso tu madre tenía un cardo metido en el culo?

Cara de Rata hizo una pausa, mirando a Ramona con lo que parecía un destello de tristeza en los ojos.

—Es como me llaman… ahora.

No hacía falta preguntar *por qué* se llamaba así.

—Yo no dejaría que nadie me llamase Cara de Rata —dijo Ramona. No pudo dejar de echar una mirada a sus propios pies deformes, y de pensar en sus orejas y en los ojos de Tanner.

¿Cómo me llamarán a mí? se preguntó. ¿Acaso era mejor que aquel repulsivo Cara de Rata? ¿Iba a seguir cambiando hasta no ser más que un animal? Siempre había pensado en la noche que se convirtió en vampira como *la* transformación, pero

cada vez estaba más convencida de que no había terminado de transformarse todavía.

Tanner tiene mucha mierda que explicarme, decidió.

Y pudo oír la tenue voz de antes: *Hay fuerza en su sangre*.

Ramona meneó la cabeza, desechando aquella voz. Observó a Cara de Rata mientras husmeaba la roca, los árboles cercanos, el aire. Por fin se subió a la roca, describió tres pequeños círculos en un lugar y se sentó. Seguía husmeando el aire ocasionalmente, pero por lo general parecía estar ala espera, sin necesidad de más conversación. Su presencia molestaba a Ramona: hubiese preferido estar sola junto a la tumba y pasar su aflicción en privado, o quizá descubrir por qué el gran vacío de su interior eclipsaba de tal forma su sentimiento de pérdida. No podía entender por qué se sentía tan distanciada de la muerte de Zhavon. Pero cada vez que intentaba aferrar una de sus emociones, era invariablemente distraída por los movimientos y gruñidos de Cara de Rata sobre la roca. No obstante, su irritación estaba mezclada con una sorprendente sensación de alivio. Comprendió que lo más probable era que el tiempo acabase por liberar sus sentimientos, y que por el momento no había nada que ganar hundiéndose en la autocompasión y la duda, por muchas ganas que tuviese de hacerlo.

—¿Te ha enviado Tanner? —preguntó a Cara de Rata.

—Sí. Ha convocado una Asamblea.

—¿Asamblea? ¿Una asamblea de qué?

Cara de Rata la observó por un momento. La confusión cruzó brevemente sus facciones, pero asintió como si hubiese llegado a alguna respuesta por sí mismo.

—Una Asamblea de los Gangrel —dijo—. Hay bastantes no muy lejos, guardando Buffalo. Vendrán muchos; quizá incluso el mismo Xaviar.

Gangrel.

Las palabras de Cara de Rata agitaron la memoria de Ramona, recuperando lo que Tanner le había dicho la noche anterior: *debes saber que eres una Gangrel*.

Y Cara de Rata acaba de usar la misma palabra. *Una Asamblea de los Gangrel*.

—¿Pero qué es Gangrel? —se preguntó sin querer decirlo en voz alta.

Cara de Rata soltó otra risita: era el sonido de una vieja dama intentando escupir.

—Gangrel es el nombre de nuestro clan. Yo soy un Gangrel. Tú eres una Gangrel. ¿No te lo ha enseñado Tanner?

Debes saber que eres una Gangrel, había dicho Tanner. *Y que yo soy tu sire. Yo te convertí en lo que eres*.

—Él es mi sire —murmuró.

—Sí —asintió Cara de Rata—. Y tú su chiquilla.

Ramona le miró con dureza, entornando los ojos por la sospecha.

—¿También eres su chiquillo?

Los ojos de Cara de Rata se volvieron aún más grandes.

—¿Yo? ¿Chiquillo de Tanner? —Aquella vez se rió bastante más alto—. No, cielos. Y mejor que él no te oiga decir eso. Tanner es un picajoso, eso es lo que es.

—Tanner es un gilipollas, eso es lo que es.

Cara de Rata empezó a reír de nuevo, pero se contuvo. Miró a su alrededor nerviosamente, como si Tanner pudiese estar escuchando detrás de un árbol.

—Yo de ti tendría cuidado —dijo. Su habla era más normal: aquella jerga de «yo-Tarzán-tú-Jane» había cedido su lugar a frases completas, y se mostraba parlanchín—. Tanner ha Abrazado antes, pero raramente se revela, por lo que yo sé.

—¿Abrazado? —preguntó Ramona. Todo lo que decía Cara de Rata sonaba como una adivinanza.

—Abrazado, convertido a un mortal en uno de nosotros. —Cara de Rata seguía estando nervioso. Hablaba en voz baja y miraba a su alrededor continuamente—. Ha Abrazado a otros, pero solía dejar que se las arreglasen solos, y morían. Debiste de causarle buena impresión si se te ha revelado.

—Bueno, pues a mi no me cae demasiado bien —refunfuñó Ramona. Podía ver que Cara de Rata se divertía con sus palabras, pero que estaba obviamente asustado de Tanner.

Cara de Rata volvió a mirar a su alrededor y después preguntó en un susurro:

—¿Sabes por qué ha convocado la Asamblea?

Estaba claro que Cara de Rata preguntaba algo que no debía. Se había acurrucado como si esperase un golpe por haber pronunciado aquellas palabras. Ramona, recordando cómo la había abofeteado Tanner sin previo aviso, supuso que la actitud de su interlocutor era de lo más razonable. Se sintió tentada de contarle cuanto sabía, sólo por la idea de que al hacerlo cabrearía a Tanner. Se lo merecía. Pero la verdad era que no estaba muy segura de lo que había ocurrido. Finalmente decidió reemplazar la sinceridad por el impacto.

—Porque está asustado.

Los ojos de Cara de Rata volvieron a ensancharse, y Ramona consiguió contener la risa. Aquello no era lo que Cara de Rata había esperado oír, pero era cierto. Ella

había visto el miedo en la cara de Tanner. No vio necesidad de dar más detalles… de decir que *ella* también se había acojonado, y que si Tanner no le hubiese hecho salir de la cueva, estaría tan muerta como Jen y como probablemente Darnell. No sabía qué decir del Toreador. No tenía puntos de referencia. Sería mejor dejar que Tanner contase la historia a su regreso. Pero ella tenía cientos de preguntas, y Cara de Rata estaba demostrando ser más locuaz de lo que Tanner había sido hasta el momento.

—Así que Gangrel es el nombre de un clan —dijo—. ¿Y Sabbat es otro?

Cara de Rata negó con la cabeza.

—No exactamente. El clan Gangrel es uno de los varios que forman la Camarilla… la alianza que se opone al Sabbat.

Ramona sintió que la cabeza le daba vueltas: cada respuesta de Cara de Rata parecía plantear otras dos preguntas.

—Jesús… sire, Abrazo, Gangrel, Camarilla, Sabbat… voy a necesitar un jodido diccionario.

Cara de Rata siguió hablando como si no le hubiese interrumpido.

—Los Sabbat son… monstruos. Muy peligrosos. Acabarían con la Mascarada si dependiese de ellos.

—¿Mascarada?

Cara de Rata asintió vigorosamente.

—Antes, cuando eras una mortal, ¿sabías que había seres como nosotros en el mundo?

Ramona negó con la cabeza.

—No, en realidad no. Quiero decir… creí que era cosa de películas, cuentos y esa mierda.

—Exacto. Eso es la Mascarada. Si los mortales supiesen de nuestra existencia, nos darían caza y sería nuestro fin.

Ramona pensó en ello por un momento. Ella y sus amigos habían intentado casi siempre ser discretos y no llamar demasiado la atención. Sencillamente parecía lo más seguro. Habían procurado ocultarse tanto de los demás vampiros como de los mortales. Tenía sentido… a menos que los vampiros del Sabbat considerasen que podían dominar a los mortales. Pero en tal caso, ¿por qué no estaban ya los vampiros a cargo de todo?

—Shh… —advirtió Cara de Rata. Sus grandes orejas de roedor estaban enhiestas —. Por ahí. Alguien viene.

—Siempre ha sido difícil sorprenderte —dijo una voz desde la dirección en la que miraba Cara de Rata. Un momento después, un hombre alto salió de la oscuridad.

Era más alto que Ramona y Cara de Rata, y llevaba robustas botas de marcha, vaqueros gastados y una gruesa camisa de pana, todo sucio y polvoriento por el uso, pero no andrajoso como sus propias ropas. El recién llegado se irguió ante ellos, sacándose una ramita del largo y rebelde cabello y tirándola hacia el bosque.

—Soy Brant Edmondson —dijo—. Cuando los mortales luchaban entre sí por las tierras del oeste, yo recorría las rutas. Cuando Alden el Cruel se perdió en la Bestia, ayudé al poderoso Xaviar a derribarle.

Cara de Rata asintió respetuosamente. Ramona se sorprendió ante lo que consideraba una extraña presentación.

—Yo soy Cara de Rata —respondió Cara de Rata—. Conozco todos los pueblos y ciudades de Nueva York. Soy más sagaz que los lupinos y más veloz que el Sabbat.

Ramona escuchó las palabras que ya había oído antes. No sabía qué decir a aquel Brant Edmondson. Cara de Rata parecía haber planeado aquel jueguecito con antelación. El tipo no daba la impresión de ser una amenaza. Su súbita aparición no había alarmado a Cara de Rata, que siempre era un manojo de nervios. Tan cerca, Ramona podía oler que Edmondson era como ellos, que la sangre no fluía de forma natural por su cuerpo, y que para empezar era sangre de otra persona. Sin pensarlo, alargó la mano y estrechó la del hombre. Parecía la clase de cosa estirada y de culo tieso que podía hacer aquella gente.

—Yo soy Ramona —dijo, dando un paso atrás.

Brant pareció sorprendido, y le dedicó una mirada extraña, como si creyese estar comiendo azúcar y sintiese el sabor de la sal en su lugar. Aquella expresión fue desapareciendo lentamente, y Ramona se dio cuenta de que sus ojos ya no estaban enfocados en ella. Estaban mirando por encima de su hombro. Vio que Cara de Rata también miraba al otro lado de Table Rock. Sus orejas estaban enhiestas de nuevo.

Ramona se giró y vio a la oscura figura al otro extremo del claro.

Un gruñido gutural cruzó la noche, pero el rumor estaba formado por palabras:

—Soy Acecha-en-los-Bosques. No huyo de los mortales. Atrapo sus balas entre mis dientes. Bebo su sangre y reduzco sus huesos a polvo.

Ramona se apartó un poco, para no ser la más cercana al recién llegado. Acecha-en-los-Bosques estaba inclinado, pero aun así sus hombros estaban más de treinta centímetros por encima de la cabeza de Ramona. Su salvaje melena le cubría casi

como una capa; no llevaba ropa. Era todo músculo flaco y cicatrices.

Edmondson avanzó, alzando la barbilla con desafío.

—Soy Brant Edmondson. Cuando los mortales luchaban entre sí por las tierras del oeste, yo recorría las rutas. Cuando Alden el Cruel se perdió en la Bestia, ayudé al poderoso Xaviar a derribarle.

Desde su posición, Cara de Rata pronunció su presentación como ya había hecho dos veces antes. Acecha-en-los-Bosques le miró, y Cara de Rata volvió la cara para no mirar a la criatura a los ojos.

La atención de Acecha-en-los-Bosques pasó a Ramona. Se acercó a ella. Ramona sintió de pronto que su boca se secaba como si no hubiese bebido sangre en un año. Acecha-en-los-Bosques siguió aproximándose. Sus ojos eran amarillos y estaban inyectados en sangre, y su cara estaba negra de sangre seca.

Ramona empezó a abrir la boca, pero las palabras no le salieron. No se sintió inclinada a darle la mano como había hecho con Edmondson.

—Es Ramona, chiquilla de Tanner —dijo Cara de Rata por fin.

Acecha-en-los-Bosques le ignoró, y siguió con la vista fija en Ramona hasta que ella apartó la mirada. Aquello pareció satisfacerle. Se dio la vuelta y avanzó hacia Brant hasta que ambos estuvieron a un par de metros de distancia. Edmondson se mantuvo firme, con las manos relajadas y a los costados.

Ramona estuvo a punto de dar un salto cuando sintió a Cara de Rata a su lado. No le había oído moverse. La tenía cogida por el codo, y estaba haciendo que se apartase a un lado.

—Es muy malo —susurró—. Más vale que no nos metamos en su camino.

Edmondson no compartía la opinión de Cara de Rata. Estaba frente a Acecha-en-los-Bosques, y para la sorpresa de Ramona, el Gangrel más pequeño y de aspecto más humano de los dos sonreía.

No hubo aviso del ataque de Acecha-en-los-Bosques. Saltó con un feroz gruñido antes de que Ramona viese que se movía. Brant encajó todo el impacto de la embestida, y Acecha-en-los-Bosques le hizo retroceder. La lucha fue rápida y sin color, pero no como había esperado Ramona.

Edmondson cayó bajo su oponente, pero no parecía sorprendido. Giró al aterrizar, desplazando su peso de forma que Acecha-en-los-Bosques perdiese el equilibrio y se tambalease. Antes de que el polvo levantado por la embestida de Acecha-en-los-Bosques se hubiera asentado, todo había terminado ya. Edmondson estaba de rodillas

junto al cuerpo tendido de su oponente, con una garra tan afilada como una cuchilla punzando apenas la carne de su cuello. Si el Gangrel más alto intentaba algún movimiento, Brant podía rajarle la garganta con un simple giro de muñeca.

Las duras miradas de ambos contendientes se cruzaron, llegando a un tácito acuerdo. Brant retrajo su garra y se puso en pie, sin apartar la mirada de Acecha-en-los-Bosques.

Ramona sintió un agudo dolor en las manos: al mirarlas, se dio cuenta de que se había clavado profundamente las uñas —*las garras*— en las palmas. Observó a Acecha-en-los-Bosques, esperando que en cualquier momento se lanzase de nuevo contra Edmondson, pero el Gangrel se puso lentamente en pie, sin hablar ni sacudirse el polvo, y se quedó apostado en la oscuridad.

Ramona pensó por un momento en insultarle mientras se alejaba, pero sabía que no era ella quien le había derrotado. Acecha-en-los-Bosques no era alguien cuya enemistad necesitase. Probablemente podía despacharla en un momento, como ella había pensado que haría con Brant.

Edmondson no se burló de su enemigo derrotado, pero tampoco parecía particularmente preocupado. A diferencia de Ramona y Cara de Rata, que miraban nerviosamente hacia la espesura cada pocos segundos, hacía ver que no había ocurrido nada. La única diferencia era que el polvo sobre sus ropas era más reciente y que formó pequeñas nubes al cruzar él los brazos.

—Así que eres la chiquilla de Tanner —dijo.

Ramona asintió.

—He aprendido mucho de él —añadió Edmondson.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —murmuró Ramona sin pensarlo. Al momento deseó no haberlo dicho.

Para su alivió, Edmondson sonrió al oírlo, y no nerviosamente como había hecho Cara de Rata antes. No vio miedo a Tanner en los ojos de Brant; no vio miedo a nada.

—Tanner es un buen maestro —dijo él—, si se le da tiempo.

Si se le da tiempo. Aquellas palabras recordaron a Ramona algo de lo que Brant había dicho antes. *Cuando los mortales luchaban entre sí por las tierras del oeste, yo recorría las rutas*. Las tierras del oeste… ¿se referiría al oeste de las películas? ¿Al oeste de los indios y vaqueros? Desde luego, sonaba a algo por el estilo. ¡Pero aquello le hacía tener más de cien años! No le sorprendía ser tratada como un bebé. Quería hacer más preguntas, pero no sabía si era lo correcto. Parecía haber costumbres muy

extrañas entre aquellos Gangrel. Para empezar, aquellas estiradas presentaciones tan formales… parecía muy importante para ellos anunciar quiénes eran y qué habían hecho. Por otra parte, aquella pelea que había empezado y terminado en un abrir y cerrar de ojos. Aquello sí creía entenderlo: había visto guerras de bandas por el territorio en Los Ángeles. Edmondson había dejado clara su superioridad sobre Acecha-en-los-Bosques. ¿Pero por cuánto tiempo?, se preguntó. Siguió mirando en la dirección en que se había alejado aquel vampiro de bestial aspecto.

Sábado, 24 de julio de 1999, 3:32 pm
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

No había forma de combatir a aquel torbellino de oscuridad. Derribó a Johnston, que sintió una cierta sorpresa al encontrarse de nuevo. Su precario sentido del espacio y el tiempo estaba completamente anulado por la perspectiva que dominaba su consciencia, y para desazón del Tremere, aquella nueva perspectiva resultaba tan fraccionada y caótica como ordenada era la suya. Fue asaltado por corrientes enloquecidas de contradictorios pensamientos, temores y necesidades.

Johnston sintió una consciencia que hubiese debido poder controlar, pero la consciencia se hinchaba, crecía. Era fuerte y escurridiza, y antes de darse cuenta ya estaba sintiendo tentáculos de personalidad enroscándose a su alrededor. Frenéticamente, se extrajo a sí mismo de la psique invasora. Se había recuperado de su desorientación el tiempo justo para retroceder. Los tentáculos se arrastraron tras él, pero Johnston se mantuvo fuera de su alcance. Con un gran esfuerzo, se cerró a la enloquecedora consciencia —a la *loca* consciencia, comprendió— concentrándose en una sensación distante, la evidencia tangible de su propia identidad. No vio la pluma, pero la sintió en sus dedos… la caña suave y ligeramente curvada, el mullido plumón… Estaba inseparablemente ligada a lo que él era, al ritual que realizaba, y era su ancla en medio de la tormenta, su escudo contra el *otro*.

Habiendo reafirmado su sentido de la propia consciencia y mantenido a raya el ciclón del otro, volvió a acercarse a aquella perspectiva. Buscaba un estímulo sensorial, un contexto para aquella locura. Buscó a fondo pero sin entretenerse. Aunque sus defensas parecían firmes, no estaba seguro de disponer de un aviso antes de que cediesen. En tal caso, podía ser arrastrado por la tormenta.

La visión se formó con celeridad y fuerza, y por un momento amenazó con

devolver a Johnston a la locura.

Pero el Tremere fue rápido y decidido: sus dedos golpearon la pluma. Se preocupó vagamente por la posibilidad de dañar el instrumento, pero la alternativa era mucho peor.

Johnston se encontró a sí mismo —no a sí mismo, al otro— en un espacio abierto… oscuro, fresco, húmedo. Bajo una luz inexistente, vio paredes sin sustancia, trémulas formaciones de roca, piedra caliza. El irreal entorno se desvanecía casi por completo y regresaba después a una parcial realidad. Johnston se sentía como si él fuese real —no él, sino el otro— pero los parámetros del entorno bailasen temperamentalmente a través de fases siempre cambiantes.

Entonces las manos se extendieron hacia delante, sus manos —las manos del otro —, y agarraron lo único que, aparte de las manos mismas, era real y tangible: un joven de raza negra. Un Vástago, a juzgar por sus colmillos a la vista. Estaban a la vista porque al hombre le faltaba la mandíbula inferior. No, comprendió Johnston, no le faltaba: sencillamente había sido estirada hasta lo imposible, de forma que colgaba por debajo de las rodillas del hombre. Su lengua estaba bifurcada, no una sino quizá media docena de veces, y cada una de las tiras de carne resultantes se movía y agitaba, dando la sensación de que de alguna forma el hombre se había arrancado la mandíbula y estaba tragándose una cabeza de Medusa en miniatura. Había puesto los ojos en blanco, pero aún no estaba destruido.

Mientras Johnston observaba, las manos, largas y pálidas, con abultados nudillos, agarraron los deformes hombros del Vástago. Carne y hueso se fundieron y fueron remodelados bajo su toque. Las lenguas de serpiente se agitaron febriles.

Johnston se apartó cuanto pudo de la visión. No quería ver más. En lugar de ello, empezó a sondear cautelosamente la otra consciencia, la entidad de la que había sido un ojo. Tuvo cuidado de no entrar de nuevo en el caos de aquella mente, y exploró desde la distancia. Mientras lo hacía, sujetó con firmeza la pluma, y recordando la tinta y el pergamino, empezó a usarlos.

Sábado, 24 de julio de 1999, 4:05 am
Estado de Nueva York

Siguieron llegando durante horas, y todos eran Gangrel. Llegaban de uno en uno, o a veces dos juntos porque se habían encontrado en el camino. Casi todos habían viajado desde el oeste, aunque una vez cerca de Table Rock daban un rodeo para llegar desde diversas direcciones. Eran bastante cautelosos. Por lo general entraban en el claro de la roca aunque sólo fuese un momento antes de volver a la más completa oscuridad del bosque, pero algunos nunca llegaban a aventurarse más allá de los árboles. No obstante, Ramona sabía que estaban allí, como Acecha-en-los-Bosques. Observando.

Hablaban discretamente entre ellos. Conocidos que llevaban varios años sin verse se saludaban y entablaban conversación. Contaban historias de sus aventuras, pero nunca antes de las presentaciones rituales.

—Soy Snodgrass. Esta cicatriz me la hizo un lupino en Central Park.

—Soy Mutabo. Me di un festín con la sangre de los esclavistas que me trajeron a este país.

—Soy Renée Relámpago. Pocos Vástagos Abrazados pueden igualar mi rapidez.

—Soy Joshua, llamado el Sabueso. Sigo rastros a través de ciudades infestadas por el Sabbat, o de bosques llenos de lupinos. Nunca he dejado de ganarme mi precio.

Ramona escuchó las primeras presentaciones. Sentía curiosidad por aquellas criaturas, aparentemente todas de su mismo clan, el Gangrel. Eran tan distintos unos de otros como podía serlo un grupo de pasajeros en un autobús público. Algunos, como ella misma, no parecían encontrarse en su elemento allí en los bosques, a kilómetros de la ciudad o el pueblo de tamaño decente más cercano. Otros parecían estar en su ambiente.

El único punto en común era que ninguno parecía especialmente acomodado. Ramona sabía que las apariencias podían ser engañosas, pero Edmondson, con sus ropas gastadas pero en general intactas, estaba en el extremo superior del espectro de la moda entre los reunidos. Eran muchos los que, como Ramona, llevaban lo que podían haber estado usando la noche de su cambio —el Abrazo— sin molestarse en renovar su guardarropa desde entonces. Ramona sabía que había pasado meses seguidos sin preocuparse por lo que llevaba puesto. El clima había dejado de ser un factor: ya no le importaban ni el frío ni el viento. Y no había sido especialmente sociable tras el cambio. Se preguntó si, en unos pocos años, correría desnuda por ahí como Acecha-en-los-Bosques, con sólo su pelo y la noche para cubrirse.

Ramona atisbó en la oscuridad. El mero hecho de pensar en Acecha-en-los-Bosques hacía que se sintiera nerviosa. No era nadie con quien quisiera encontrarse de improviso, ni tampoco aunque estuviese esperándolo, ya puestos. Sus ojos ardían con una helada furia. Antes de apartar la mirada, Ramona había visto el ansia en su interior, pero era un ansia distinta a la que ella sentía. Acecha-en-los-Bosques disfrutaría del sufrimiento que infligiese, ya fuese a un mortal o a un vampiro… Vástagos, se llamaban entre sí.

Aparte de sentirse incómoda por no saber dónde estaba exactamente Acecha-en-los-Bosques, Ramona estaba avergonzada —avergonzada y furiosa— de haber apartado la vista. No se había dado cuenta de que Acecha-en-los-Bosques había entablado un duelo de miradas con ella: sencillamente había pasado y ella había apartado la vista. No había estado preparada. Pero lo peor de todo era no saber si hubiese habido alguna diferencia de haber estado preparada. Acecha-en-los-Bosques era tan…

—Próximo a la Bestia. —Había dicho Cara de Rata al preguntarle ella por el amenazador Gangrel.

Era una descripción adecuada. Ramona recordó lo que había sentido aquella noche en que los dos hombres atacaron a Zhavon. No había planeado abrir sus gargantas y desparramar sus intestinos por el callejón. Sencillamente había ocurrido. Le había parecido… natural. Y lo había disfrutado… aquello era lo más aterrador de todo. Parecía el tipo de diversión que podía apetecerle a alguien como Acecha-en-los-Bosques.

Entre los Gangrel, los principales temas de conversación eran el Sabbat y los lupinos. Ramona no participaba en las discusiones, pero oía fragmentos de diversas

historias. Los cuentos sobre el Sabbat se intercambiaban en tono tranquilo, como cualquier historia interesante. Por lo que entendió, aquella banda a la que los Gangrel estaban enfrentados —aunque había oído hablar de un Gangrel, Korbit, que luchaba del lado del Sabbat— tenía el control de una gran parte del territorio que había pertenecido a la Camarilla a lo largo de la Costa Este. Ramona oyó hablar de varias ciudades: Atlanta, Charleston, Washington DC… Sonaba mal, pero los demás Gangrel no parecían particularmente preocupados.

Sin embargo, cuando hablaban de los lupinos lo hacían entre susurros, y mirando ocasionalmente por encima del hombro. Quizá lo negasen incluso entre ellos mismos, pero Ramona podía oír el miedo en sus voces. Varios Gangrel hablaban ufanos de los lupinos, pero era la incertidumbre y no el orgullo lo que teñía sus voces cuando hablaban de rutas seguras a través de territorio lupino, o de cambiar de cotos de caza.

Fue la charla y la vaga sensación de miedo lo que hizo que Ramona empezase a sentirse extrañamente desplazada de todo lo que tenía lugar a su alrededor. Todas las historias eran de muerte y desmembramiento: un amigo decapitado en los bosques del norte de Maine, un compañero rajado del cuello a la barriga en las montañas, otros dos que nunca volvieron de los Everglades…

Ramona se encerró en sí misma. La charla se fue alejando, hasta que las voces si hicieron muy débiles. Sonaban en el fondo de su cabeza. Algunas palabras hacían eco en su mente —*lupino… Tejas… hombre lobo… lupino…*— se acercaban y finalmente se acumulaban hasta formar una perturbadora masa.

Yo vi un lupino en Tejas, dijo Ramona. Movió los labios, pero las palabras no salieron. No recordaba haberse sentado, pero estaba en el suelo, removiendo la tierra suelta con los dedos.

Yo vi un lupino en Tejas.

Les quedaban unas horas hasta San Antonio. Eddie tenía aquella afición a las carreteras secundarias: no circulaba por una interestatal si podía evitarlo, y cuando se quedaron sin gasolina, se vieron en medio de kilómetros y kilómetros de hondonadas, mezquite y polvo.

Jen y Darnell discutieron agriamente sobre quién era el culpable de haberse quedado sin gasolina. Eddie no parecía demasiado preocupado: dijo que tenía un infalible sentido de la orientación, y empezó a buscar un atajo a través del mezquite. Ramona le preguntó si su polla era una brújula, pero él la ignoró. Mala suerte, dijeron todos, que no pudieran comer arena en lugar de beber sangre. Había mucha arena,

pero nada de gasolina. Nada de sangre.

De repente hubo mucha sangre.

Quizá, si Jen y Darnell no hubiesen estado discutiendo, alguien hubiese podido verlo acercarse.

Lupino. El nombre encajaba con el monstruo de los recuerdos de Ramona.

Se habían acercado al borde de una hondonada, un arroyo seco, y allí estaba el lupino, donde no había nada un momento antes.

Eddie retrocedió torpemente. El lado izquierdo de su cara había desaparecido. Ramona oyó el primer gruñido mientras le salpicaba la sangre de su amigo. Antes de que pudiesen hablar o gritar, una garra reventó la barriga de Eddie como si fuera una piñata llena de intestinos. Las rodillas de Eddie cedieron, y entonces el monstruo cerró las mandíbulas y le arrancó la parte superior de la cabeza.

Eddie cayó, y su sangre empapó el polvo.

Ramona y los otros dos a su espalda se quedaron atónitos de horror, con las bocas abiertas. Ella pudo sentir el húmedo aliento del monstruo en el seco aire de Tejas.

Llegó el primer momento de decisión… la criatura sólo necesitaba alargar la garra para arrancar la cabeza de Ramona, pero en lugar de ello cayó sobre Eddie, enterrando el morro en su vientre abierto. Eddie gimió mientras la bestia lo descuartizaba de dentro afuera.

El segundo momento de decisión fue para Ramona, Jen y Darnell. Podían lanzarse contra el lupino, que estaba completamente absorto en su pasión por la carnicería. O podían contraatacar por Eddie, que era incapaz de hacerlo él mismo. El momento colgó pesadamente en el aire, bañado en sangre y acompañado por el *staccato* de las costillas al romperse.

Al unísono, Ramona y los demás se dieron la vuelta y corrieron.

Tropezaron a través del mezquite, y las espinas se clavaron en su carne, pero apenas se dieron cuenta. Corrieron sin detenerse hasta que el amanecer les obligó a cavar en el seco lecho de un río. Cavaron hasta que la tierra cayó sobre ellos, pero no necesitaban aire. Sólo oscuridad.

Yo vi un lupino en Tejas.

Yo vi un lupino en Tejas.

—¿Ramona?

Cara de Rata estaba cerca de ella, muy cerca. Ramona parpadeó unas cuantas veces, y se llevó una mano a la cara para limpiarse la sangre de Eddie que le había

salpicado.

—¿Ramona? —La voz de Cara de Rata parecía muy lejana, aunque estaba a poco más de un palmo de ella.

Había demasiada gente allí. Demasiados Gangrel. Ramona podía ver al menos diez. Y además Acecha-en-los-Bosques y otros, ocultos en alguna parte.

Demasiados.

Eran los otros a los que había convocado Tanner. Ramona nunca había pensado que querría ver a tantos de su especie —vampiros, Vástagos, Gangrel— reunidos en un mismo lugar, pero si iban a volver a aquella cueva…

El pensamiento pareció accionar un interruptor en su cerebro. *La cueva… ¡Darnell!* Había estado tan absorta en su pena y en lo extraño de la Asamblea que casi había olvidado a Darnell. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¡Debían rescatarle! Ya había bastantes Gangrel allí. Ramona se puso en pie.

—¿Dónde demonios está Tanner? —preguntó a nadie en particular.

Cara de Rata la miró con expresión burlona.

—Está difundiendo la noticia de la Asamblea.

—¡Pero tenemos que salvar a Darnell! —De pronto, Ramona no podía soportar la idea de malgastar otro segundo. Ya habían esperado demasiado. Dejó atrás a Cara de Rata y buscó a Brant Edmondson, que estaba hablando con Joshua.

»Vámonos —exigió—. Ya tenemos a bastante gente. —En aquel momento había olvidado el miedo de Tanner, logrando convencerse de que Edmondson sería un buen desafío para el captor de Darnell.

—Tanner ha convocado la Asamblea —contestó Edmondson—. Le esperaremos. —Habló amablemente pero con firmeza, sin molestarse en preguntar a Ramona qué era lo que quería hacer.

—Llevo esperándole demasiado tiempo —gruñó ella—. ¡Ya estoy harta! ¡Hay un… un… una jodida cosa en aquella cueva, y tiene a uno de mis amigos!

—Esperaremos a Tanner —repitió Edmondson tranquilamente. Le puso una mano sobre el hombro, pero ella se apartó y le dio un empujón.

—¡No me toques!

Joshua se acercó un poco.

—Tienes que tranquilizarte.

Ramona le apuntó a la cara con una garra formada al instante.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! *Yo* no tengo que hacer nada. *Nosotros*

tenemos que rescatar a Darnell.

Edmondson la miró —con una mirada más dura y menos amistosa que antes— pero no dijo nada. Otros Gangrel habían reparado en su estallido, en el agresivo tono de sus palabras a Edmondson y Joshua.

Ramona alzó las manos.

—Ya han pasado un día y una noche. ¡Hay que sacarle de allí! —La única respuesta fue el silencio, lo que aguijoneó su rabia—. ¿Qué mierda de club de vampiros es esto? ¿Tiene cojones *alguno* de vosotros? —Miró a su alrededor—. ¿O es que eso es una cosa de los mortales?

Edmondson se irguió en toda su estatura y se encaró con Ramona.

—Esperaremos a Tanner —dijo de forma seca y cortante, alzando un dedo hasta su rostro—. Hasta que vuelva, pequeña, será mejor que vigiles tu lengua. —Después se dio la vuelta y se apartó de ella.

—¿Pequeña? *¿Pequeña?* —Ramona empezó a seguir a Brant, pero no pudo avanzar. Alguien la había cogido del brazo. Intentó soltarse, pero la mano la sujetó con más fuerza. Se dio la vuelta, lista para atacar, y para su sorpresa vio a Cara de Rata.

—No ayudarás a tu amigo ofendiendo a Edmondson —le dijo suavemente. La fuerza de sus manos y la sinceridad de sus ojos hicieron que Ramona se calmase. Al mismo tiempo, un gran cansancio hizo presa en ella. Su frustración y su miedo habían lanzado un destello de furia, pero aquello, por el momento, había pasado. Cara de Rata estaba en lo cierto, lo sabía. Hacer que le diesen de azotes en el culo no iba a ayudar a Darnell. Pero saberlo no aliviaba su vejación. Empezó a pensar en cómo había irritado a Edmondson, pero entonces se percató de que, a pesar de todos los Gangrel que habían llegado ya, el bajo zumbido de conversación que se había mantenido durante horas había muerto por completo. Incluso Cara de Rata, a su lado, estaba mirando más allá de Table Rock y husmeando el aire.

Había llegado otro Gangrel, y todos se habían interrumpido para observarle. No tenía un aire de peligro como Acecha-en-los-Bosques. Ni siquiera era alto y confiado como Brant Edmondson. Pero todas las miradas le seguían.

—Edward Pluma Negra —explicó Cara de Rata en un susurro, volviéndose hacia Ramona—. Un hombre medicina cherokee.

El hombre tenía un inequívoco aire nativo americano, aunque Ramona nunca hubiese podido determinar su tribu. Pero estaba allí, así que debía de ser un Gangrel.

Al parecer el clan vampírico trascendía el sexo, la raza y la nacionalidad: Ramona ya se había dado cuenta observando a los reunidos.

Pluma Negra era nervudo y más bien bajo, quizá un metro sesenta y cinco, más o menos la estatura de Ramona. Llevaba lo que parecía ser una camisa de piel de ciervo y mocasines del mismo material, unos vaqueros descoloridos y un cinturón con una gran hebilla de Elvis. Su pelo era largo y blanco, y sobresalía en un extraño ángulo bajo un viejo sombrero de fieltro cuya ala, antaño rígida, casi le caía sobre la cara. Una pluma gris y blanca colgaba del sombrero.

Ramona pudo sentir la quietud que acompañaba a Pluma Negra. Era un silencio palpable que empezaba en algún punto dentro de él pero también salía hacia el exterior. Todos los Gangrel le mostraban una cierta deferencia… no olía exactamente a miedo, pero la presencia del anciano hacía que los demás se sintiesen incómodos.

Pluma Negra se encaramó a la roca y, sin prestar atención a nadie, empezó a caminar lentamente por el borde. Edmondson y Joshua el Sabueso, que estaban sentados sobre la piedra, se apartaron hacia el otro lado para ver mejor lo que estaba haciendo, y desde un poco más lejos. El indio movió los pies, mirando fijamente la roca, y no se detuvo hasta haber completado una vuelta. Entonces cogió el saco de lona que llevaba sobre el hombro y sacó una pequeña rama de pino. Usando la rama como un cepillo o una pequeña escoba, empezó a barrer la plana superficie de piedra, empezando desde el centro y trazando una espiral.

Nadie hablaba. El anciano pasó al menos media hora barriendo meticulosamente la mesa de piedra, pero ninguno de los presentes dijo nada, y sólo unos pocos cruzaron o descruzaron los brazos. Una vez listo, Pluma Negra dejó la rama de pino en el centro, donde había empezado a barrer. Después bajó despreocupadamente de la roca y se adentró en el bosque.

Muchos de los Gangrel intercambiaron miradas interrogativas.

—¿De qué ha ido todo eso? —preguntó Ramona a Gara de Rata en voz baja.

Cara de Rata se limitó a encogerse de hombros y señalar.

Pluma Negra había vuelto. Las especulaciones susurradas a través de todo el claro enmudecieron rápidamente. Llevaba una brazada de palos y ramas pequeñas, que puso cerca del centro de la roca. Acto seguido empezó a construir un pequeño *teepee* indio.

Trabajaba tan silenciosa y concienzudamente en su *teepee* como lo había hecho al barrer, y durante los diez minutos que le llevó la tarea tampoco hubo nadie que

hablase o hiciese un ruido.

Por fin terminó, y dejó su saco de lona sobre la roca al lado de aquel *teepee* de treinta centímetros de altura. Sacó algo de su bolsa, pero Ramona no pudo ver lo que era hasta que Pluma Negra se acercó a donde estaba, quedándose en pie al borde de la roca. Sostenía en la mano izquierda un pedazo de yeso… un pedazo plano, como el que usaría un niño para dibujar en la acera. Su mano estaba abierta y extendida, completamente inmóvil. En contraste con la piel oscura y profundamente arrugada —bronceada como el cuero en sus días mortales— el yeso parecía pulido y blanco brillante. Con la palma de la mano derecha, empezó a hacer presión sobre la escayola con un movimiento constante y circular. Mientras Ramona miraba, aplastó el pedazo de yeso hasta reducirlo a un fino polvo sólo con la presión de sus manos, sin que una sola mota blanca cayese sobre la piedra.

Cuando Pluma Negra acabó, con sólo un montoncito de yeso pulverizado en la mano, Ramona se dio cuenta de que la estaba observando. Ella había estado concentrada en sus manos y en la transformación del yeso en polvo, pero él había estado concentrado en ella. Sus ojos brillaban con malicia, y la sorpresa de Ramona al ver que la observaba se desvaneció.

Durante un largo momento, Pluma Negra miró cómo le miraba ella. Después se dio la vuelta, se arrodilló y empezó a rociar el yeso sobre la piedra, no al azar, sino formando una línea. Fue moviéndose hacia atrás por el borde de la roca mientras seguía echando el polvo. Ni una vez miró por encima del hombro para comprobar la dirección, pero sus movimientos eran tan seguros como la rotación terrestre.

Recorrió todo el borde de la roca, si detenerse ni cambiar el paso hasta que llegó de nuevo al punto de partida ante Ramona. Se quedó de pie y extendió una mano abierta y blanca hacia ella.

Lo siguiente que supo Ramona fue que estaba subiendo a Table Rock. Pudo ver que la circunferencia que Pluma Negra había trazado casi por completo tenía una forma perfecta, y que el *teepee* de palos estaba exactamente en su centro. Por un momento, sus piernas estuvieron a punto de fallarle. Podía sentir el peso de los árboles y el cielo y las estrellas sobre ella, y temió quedar aplastada contra la piedra plana, convertirse en parte de Table Rock. Pero Pluma Negra cogió su mano y el temor desapareció. Pasó por la abertura que el indio había dejado en la circunferencia, y que cerró después.

Pluma Negra puso sus manos sobre las mejillas y las mandíbulas de Ramona. Su

tacto, el de los no muertos, era frío, pero en sus ojos ardía una alegre llama. Ramona supo sin necesidad de verlo que la huella de las manos de Pluma Negra lucía blanca y perfecta sobre su sucio rostro. Hizo que ella se sentase, y después se sentó también, frente a ella, al otro lado del pequeño *teepee*.

El silencio que había llegado con Pluma Negra cuando apareció por primera vez se había vuelto más espeso, más pesado. Aunque no pesaba tanto como el cielo y las estrellas, Ramona no estaba segura de poder hablar aunque lo intentase, así que se quedó sentada y atenta.

Pluma Negra, con una ligera sonrisa bajo el ala del sombrero, sacó un encendedor Zippo de plata de su saco. En un solo movimiento, su largo pulgar abrió la tapa e hizo girar la ruedecilla. Su pulgar trazó una línea blanca a través de la oscuridad, y el ruido del mecanismo sonó como un centenar de clicks metálicos distintos. Una llama de quince centímetros cobró vida, prendiendo casi al instante en el *teepee*. Los chasquidos de las ramas secas llenaron los oídos de Ramona.

El mundo más allá de la circunferencia se ennegreció ante la llama. Ramona recordaba vagamente a los demás reunidos —Cara de Rata, Edmondson, Acecha-en-los-Bosques— pero quizá ya no estuvieran allí. Ella y Pluma Negra estaban tan solos como si se hubiesen sentado en la superficie de la luna o el fondo del océano.

Ramona intentó mirar los alegres ojos del anciano, sus blancos dientes, pero las llamas que danzaban tan cerca de ella atrajeron su atención. Sabía en lo más profundo de su ser que debía temer el fuego, tanto como temía el sol. Nadie se lo había explicado nunca, pero se había apartado de él instintivamente desde su cambio. Ya estaba muy cerca. Tenía que echarse hacia atrás, no sentarse tan cerca, pero su miedo era lerdo y débil. Estaba tan cansada… su cuerpo, su mente… tan cansada…

Entonces se dio cuenta de que Pluma Negra le estaba hablando. Se esforzó por ver su cara por entre las llamas y el humo. Aunque hablaba en voz baja, apenas un susurro, el sonido llegó hasta Ramona. Pero por alguna razón que no comprendía, era incapaz de distinguir las palabras: llegaban a sus oídos pero no pasaban por su cerebro. Pensó al principio que Pluma Negra estaba hablando en otro idioma, quizá el de los cherokees, pero no podía identificar en su mente ni uno solo de los sonidos que musitaba. Las palabras se disipaban en cuanto tocaban su consciencia, como humo en la brisa. Ramona oía, pero no captaba.

Estaba tan concentrada en su intento de descifrar los susurros de Pluma Negra que no se dio cuenta al principio de que el indio se había callado —las palabras parecían

seguir con su propia vida, girando en el humo que se quedaba cerca de la piedra en lugar de elevarse hacia el cielo— ni de que estaba acercándose tranquilamente a ella alrededor del fuego, arrastrando su saco de lona tras él.

El humo se hizo más espeso, y pronto Ramona no pudo ver más allá del rastro de yeso. Intentó recordar exactamente quién o qué se esperaba que viese más allá del humo, pero sus pensamientos eran tan escurridizos como el cántico de Pluma Negra. Los detalles del mundo exterior eran menos tangibles que el humo que casi formaba un muro en torno a Table Rock.

Pluma Negra estaba a su lado. Ramona pudo ver reflejadas en sus ojos las huellas blancas de sus manos que tenía en el rostro, reluciendo a la luz de las llamas. Él vació su saco, del que fueron cayendo pequeños objetos al suelo entre los dos. Era una extraña colección: un huevo de plástico, como el que podría haber en la cesta de Pascua de un niño, un cuchillo de mantequilla torcido y oxidado, una piel de serpiente, una botellita casi vacía de Visine, y dos tiras de chicle envueltas en papel blanco. Pluma Negra evitó que el huevo se alejase rodando, y contempló en silencio lo que había llevado en el saco. Se quedó con la barbilla apoyada en la mano, sin moverse durante varios minutos.

Ramona intentaba prestar atención, pero su mente seguía debatiéndose con el cántico, que aún parecía resonar desde la piedra, y con el humo que lo oscurecía todo más allá de Table Rock.

Por fin, Pluma Negra abandonó su pose contemplativa. Alargó la mano, cogiendo las dos piezas de chicle, y ofreció una a Ramona. Ella la aceptó, observando cómo él desenvolvía la suya con atentos y cuidadosos movimientos. Después, doblando el chicle por la mitad, Pluma Negra se lo llevó a la boca y empezó a masticar. Arrugó el envoltorio y lo echó al fuego. Tras aquello, volvió a clavar su enigmática mirada en Ramona.

Ella sólo pudo imaginar lo que deseaba. Lentamente, empezó a desenvolver su chicle. Al no ver ni oír objeciones por parte de Pluma Negra, se lo llevó a la boca con la misma reverencia que había visto una vez en los católicos comulgando en misa. Dobló el chicle exactamente como lo había hecho Pluma Negra y lo masticó. Era repulsivamente dulzón, y Ramona hizo una mueca: se había acostumbrado a la más amarga dulzura de la sangre humana.

Pluma Negra, aparentemente satisfecho, volvió su atención hacia los dos objetos restantes. Cogió la piel de serpiente, partiéndola en dos, y entregó una de las mitades

de cerca de medio metro a Ramona. Ella sintió la aspereza del delgado velo de escamas grises y marrones: no era viscoso, como siempre había supuesto que sería un reptil. Pluma Negra echó su mitad a las llamas, que seguían lamiendo vigorosamente el *teepee*. Ramona hizo lo mismo con su mitad y la piel quedó rápidamente consumida.

Después, Pluma Negra cogió la botellita de Visine. La sostuvo ante su cara, apretando hasta que una gota cayó al suelo. Cuando se la entregó a Ramona, ella imitó sus gestos, pero que al apretar la botella, fueron varias las gotas que cayeron sobre la piedra. Le dio la vuelta tan rápidamente que se hizo un lío y estuvo a punto de dejarla caer.

Espantada por su torpeza, miró con prevención a Pluma Negra. No tenía idea del tipo de ceremonia o hechizo que estaba realizando, pero estaba segura de que acababa de estropearlo. Esperó a medias que las llamas saltaran sobre ella para abrasarla, o que el humo la asfixiase… aunque ya no le hiciera falta respirar.

Pero Pluma Negra se limitó a encogerse de hombros y hacer un gesto con la cabeza hacia el fuego. Vacilante, Ramona echó la botella de plástico a las brasas. El líquido que quedaba siseó al evaporarse entre el penetrante olor del plástico al fundirse.

Pluma Negra cogió el huevo, pero de pronto se detuvo, con una extraña expresión cruzándole el rostro. Antes de que Ramona pudiese comprender el fruncimiento de sus labios, volvió la cabeza y escupió su arrugada bola de chicle al fuego.

Ramona se giró a su vez e hizo lo mismo.

—El sabor se agota enseguida, ¿verdad? —comentó Pluma Negra.

Ramona le miró inexpresivamente, parpadeando. Eran las primeras palabras que había pronunciado el indio desde su llegada, y en medio de todas aquellas cosas raras que había hecho, se preocupaba por el sabor del chicle. Abrió la boca, que a pesar del chicle estaba seca y le sabía a humo, pero no supo qué decir.

El anciano no pareció reparar en su confusión. Abrió el huevo de plástico y sacó una dura masa gris que se parecía un poco a una versión aumentada del chicle masticado que acababa de escupir. Echó las dos mitades del huevo a las llamas, y de nuevo brotó el olor del plástico quemado. Dio la masa que había sacado del huevo a Ramona.

Ella reconoció al instante la consistencia y textura de aquella sustancia maleable, incluso su tenue olor. La apretó y estiró. *Pasta Loca*.

—¿Llevas también gominolas en ese saco? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Pluma Negra torció la cabeza, mirándola en completa y silenciosa confusión.

—Ya sabes… —Ramona intentó explicarse mientras su sonrisa se desvanecía—. ¿«Diversión para el niño y la niña»?

Pero la confusión de Pluma Negra no hizo sino aumentar.

—Oh… lo siento. —Ramona alzó la masa de Pasta Loca endurecida por los años y señaló a las llamas. Pluma Negra asintió con la cabeza, y ella obedeció.

Sólo quedaba el oxidado cuchillo para mantequilla. Pluma Negra lo cogió, usando la parte curva para recoger unas cuantas brasas y cenizas del fuego moribundo. Ramona se encogió instintivamente al ver lo que hacía: podía aguantar estar sentada relativamente cerca de las llamas, pero meter una mano en ellas era algo muy distinto.

Pluma Negra aplastó con el cuchillo las brasas recogidas que seguían al rojo. El montoncito no tardó en estar formado sólo por ceniza gris y negra. El anciano siguió removiendo la ceniza durante un rato. Por fin alzó el rostro y se encontró con la mirada de Ramona. Pero allí donde ella había visto risa en sus ojos, sólo había tristeza.

—Las Noches Finales se acercan —dijo Pluma Negra, reteniendo la mirada de Ramona a pesar del súbito deseo de la vampira de apartar la vista—, y tu camino será difícil.

Ramona se envaró. Aquellas palabras enviaron el miedo a través de su cuerpo, no porque las entendiese, pues no lo hacía, sino porque sentía la verdad de lo que había dicho el indio.

Pluma Negra dejó el cuchillo a un lado y agarró dos puñados de ceniza. Se inclinó hacia Ramona, llevando la ceniza hasta su cara. Ella quería apartarse, huir gritando de aquella prisión de yeso y humo. Quería correr de vuelta a su vida mortal, a cómo había sido su vida antes. Pero nada de aquello era posible.

Ni siquiera pudo cerrar los ojos cuando Pluma Negra apretó la ceniza sobre ellos.

Aunque la ceniza seguía caliente, no quemaba. Ramona no podía ver nada, pero podía sentir a la Bestia, como un volcán bajo la superficie, alzándose dentro de ella. Podía sentir cómo la llenaba cómo destruía cualquier traza de otra cosa en su interior. Podía sentir también que estaba libre por el mundo. El hambre que había morado en ella, que moraba en su sire, y en el sire de su sire, todo el camino de vuelta hasta el primer derramamiento de sangre humana, aquel hambre ya no estaba encerrado dentro de ellos. Se había alzado. Rugía libre. Y los consumiría a todos.

Las Noches Finales se acercan.

El calor del fuego había desaparecido. Un feroz escalofrío hizo presa en el alma de Ramona. Su mismo corazón estaba frío y muerto.

Avanzó en busca de comodidad. Huyó del frío, del hambre. Agradecida, encontró valor y se envolvió en él.

Pero siguió sin poder sacudirse por completo el frío que la llenaba.

Domingo, 25 de julio de 1999, 12:14 am
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

La cuarta noche de observación de Anwar, la puerta particular a un lado del edificio académico se abrió por primera vez. Se puso alerta al instante, más allá incluso de su normalmente alto nivel de vigilancia, entrando en el hipersensitivo estado en el que el deber y la fe se mezclaban y eran uno.

El individuo que salió por la puerta lateral era poco notable. Alto, rubio, delgado, vestido con ropas informales, como un *kafir* cualquiera. Anwar sospechó que se trataba de su contacto, pero se mantuvo en su posición: no había recibido la señal que le habían dicho que esperase.

El hombre delgado observó los alrededores: los árboles que podían ofrecerle cobertura; la pequeña y bien iluminada galería; el edificio junto al que se encontraba Anwar, envuelto en sombras tanto naturales como sobrenaturales.

Me está buscando, pensó Anwar. *Pero si es él, ¿por qué no hace la señal?* Era consciente de que no había testigos ni obstáculos que pudiesen retrasar el contacto. Pero él tenía la ventaja de llevar varias horas oculto en aquel lugar. Quizá el hombre delgado se limitaba a ser cauto.

Entonces la mirada escudriñadora del hombre se detuvo sobre Anwar… ¡se detuvo y *vio*! Anwar lo supo con certeza, aunque el hombre no dio muestras de haber visto al merodeador entre las sombras. Instintivamente, Anwar se internó más en la oscuridad mientras un escalofrío recorría su columna.

Al mismo tiempo, el hombre delgado alzó la mano derecha ante él, con la palma hacia arriba, y en un abrir y cerrar de ojos, una pequeña llama ardía en ella. No había rascado ninguna cerilla ni usado ningún mechero, pero había una llama agitándose en su mano abierta. Después, tan rápido como había aparecido, la llama se desvaneció y

la mano quedó vacía de nuevo. Anwar sabía que cualquiera que hubiese visto aquello sentiría dudas, se convencería a sí mismo que se trataba de un error de sus sentidos. Él mismo hubiese dudado de sus propios ojos… de no haber sido la llama la señal que estaba esperando.

Llegado ya el momento, Anwar vaciló por un instante. Su impulso era quedarse en las sombras y evitar la galería iluminada cuanto le fuese posible, pero si el contacto no había hecho los arreglos adecuados para asegurar el éxito de la misión, había poco que Anwar pudiese hacer al respecto… salvo enfrentarse a su fin con dignidad. Aunque se sentía incómodo confiando en un *kafir*, puso su fe en sus mayores. Desechando una aproximación indirecta que podía consumir segundos vitales, caminó con paso lento pero decidido a través del terreno despejado. Se mantuvo atento a cualquier señal de peligro, de traición —todavía no era demasiado tarde para escapar si la misión fracasaba o el *kafir* resultaba indigno de confianza— pero no vio nada.

—Soy Aaron —dijo el hombre delgado. No intentaba ocultar el hecho de que pertenecía a la estirpe de Khayyin. Su piel era delicada y pálida. Sus dedos y su rostro eran esbeltos y de aspecto frágil, como su aparente juventud.

Anwar asintió. En aquellos turbios ojos azules pudo ver una inquietante mezcla de dolor y resignación. No sabía cómo era que sus mayores habían conseguido tener poder sobre aquel hechicero, ni cómo uno de los aborrecidos Tremere había llegado a estar en deuda con los hijos de Haqim —los rumores sobre los inquebrantables vínculos de sangre entre los hechiceros eran muy abundantes— pero no había más razón que la curiosidad ociosa para preguntarse por aquello. A pesar de todo, su anterior preocupación seguía presente: su incomodidad al confiar en un *kafir*, especialmente en uno que se había entregado tan obviamente a la desesperación, traicionando vilmente a su propio clan, un acto del que no podía esperar quedar impune. ¿Cómo podía confiarse en alguien así?

Que Haqim me sonría, se dijo Anwar, pidiendo la bendición del antiguo entre los antiguos.

—Sígueme —dijo el *kafir*—. No te quedes atrás.

Anwar obedeció. Entraron por la puerta lateral, recorriendo un estrecho pasillo que quedaba apartado del camino de cualquier estudiante o profesor del colegio. Anwar sospechó que habría medidas de magia negra para alterar las intenciones de cualquier mortal que anduviese hacia allí. ¿Qué otros hechizos Tremere protegerían la capilla?

El pasillo llevaba hasta una pesada puerta de roble y cristal ahumado, en la que aparecían las palabras DECANO ASOCIADO DE REVISIÓN DISCIPLINARIA ACADÉMICA INTERDEPARTAMENTAL. El título le sonó a Anwar ligeramente burocrático, y lo bastante amenazador como para que cualquier estudiante o profesor que pudiese atravesar accidentalmente las defensas de los Tremere se detuviese ante la convicción de que no tenía nada que resolver en aquella oficina, o el sincero deseo de no tenerlo.

Aaron no sentía tales reservas. Metió una llave de aspecto bastante ordinario en la cerradura e hizo pasar a Anwar al interior. El Assamita esperaba pasar del entorno académico a una fortaleza de esplendor y depravación que encajase con el siniestro genio que se le atribuía al clan Tremere: los hijos de Haqim odiaban a aquellos ruines hechiceros, pero no los subestimaban. Pero la oficina al otro lado de la imponente puerta era tan anónima y discreta como el pasillo que acababan de recorrer. Un escritorio y algunos archivadores y sillas eran el único mobiliario.

Aaron guardaba silencio. Quizá lo hiciese por razones de seguridad, o podía ser que, abrumado por su desesperación personal, no tuviese nada que decir. Había dos túnicas grises atravesadas sobre el escritorio. Aaron cogió una e indicó a Anwar que debía ponerse la otra.

—No digas ni una palabra a partir de aquí —advirtió el Tremere cuando los dos se hubieron puesto las túnicas.

Anwar asintió. Aún no había dicho nada: supuso que podría sobrevivir sin conversación un poco más. Tomó nota de cada detalle del lugar, pero fuesen cuales fuesen las defensas Tremere que habían sorteado, eran de naturaleza tan sutil que no pudo detectarlas. Quizá sus mayores, en su sabiduría, podrían resolver los misterios que a él le estaban vedados cuando escuchasen su exacta descripción de cuanto estaba viendo.

Pero apenas había cruzado su mente aquella idea cuando vio el primer indicio de hechicería desde que la llama surgiera de la nada en la mano de Aaron. El Tremere puso la mano sobre la otra puerta de la pequeña oficina y musitó unas pocas palabras.

Anwar sintió un momentáneo cosquilleo en la piel cuando su contacto pronunció las palabras, pero no pudo determinar si había sido algo real o el simple poder de la sugestión. Aaron abrió la puerta, revelando unas escaleras que bajaban y lisas paredes de hormigón. Anwar se preguntó si la puerta habría dado a un armario de no haber realizado Aaron algún hechizo, o si había sido sólo una pequeña exhibición en su

honor.

¿Pero por qué, se dijo, *protege los secretos de los hechiceros… si de veras los está traicionando?*

Era una pregunta para la que no podía encontrar respuesta. Todavía no. Se mantuvo cerca de Aaron cuando empezaron a bajar por las escaleras.

Domingo, 25 de julio de 1999, 12:31 am
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

Johnston no estaba seguro de cómo había sido el paso del tiempo en el mundo exterior. Desde las profundidades de su trance, experimentó las sensaciones alternas de que apenas había pasado un segundo y de que habían transcurrido varias vidas mortales. Se sentía al mismo tiempo fascinado y horrorizado por aquella consciencia —el *otro*— a la que le había llevado la gema. Por mucho tiempo que hubiese pasado absorto en la tarea, había explorado aquella psique, ubicándola en su propia mente. Cuando emergiese de nuevo, tendría gran cantidad de información, y por el momento apenas había rascado la relación entre la gema y aquella mente fraccionada y loca más allá de toda esperanza. Había muchas otras preguntas que responder: la principal era ¿por qué? ¿Por qué le había guiado la gema hasta aquella criatura?

Mientras Johnston contemplaba los procesos interiores de la consciencia descubierta, su cuerpo físico no había permanecido ocioso. Sus dedos habían tomado la pluma y el tintero para plasmar sobre el pergamino la semblanza física a la que estaba unida la consciencia, una semblanza que ni siquiera Johnston, sumergido en el paisaje de la mente, había visto. Pero las impresiones recibidas de una investigación a fondo no podían estar equivocadas, ni siquiera con los músculos que movían la pluma siendo dirigidos *in absentia* por la mente subconsciente del Tremere. Sin cometer un solo error, había dibujado el rostro del otro.

Pero aquel logro sería de poca utilidad para nadie salvo él mismo: de hecho, no sería visible para nadie más. Tal era la naturaleza de la pluma que manejaban los dedos de Johnston y los encantamientos que había realizado sobre ella. Para un espectador, sus movimientos sobre el pergamino serían simplemente eso, como si la tinta fuese sólo agua y no dejase marca. Era una de las pequeñas vanidades que se

permitía Johnston: su derecho al primer repaso para modificar posibles resultados por debajo de lo aceptable. No presentaría a sus superiores algo que no fuese el trabajo pulido y terminado. Pero en aquel caso no había por qué preocuparse: la presencia del otro era tan palpable, tan fuerte —casi abrumadora— que Johnston sabía que la tinta fluiría sin errores de la pluma. Su plasmación del otro sería perfecta.

Confiado en aquella certeza y todavía sumido en el trance, Johnston hizo algo que normalmente no hubiese hecho. Mientras mantenía el continuo cántico que, en cierto sentido, impulsaba aquella exploración del otro, introdujo las frases de un encantamiento menor que entretejió hábilmente con el primero. La maniobra no era especialmente complicada: no era nada tan difícil que un hechicero de la experiencia de Johnston no pudiese hacer sin problemas. Y de hecho no los tuvo. Aunque aún no lo veía, sabía que su creación estaba tomando forma visible en aquel momento sobre el pergamino. Cuando el ritual terminase, cuando él se separase de la psique del otro, la imagen estaría esperándole. No tendría que realizar el ritual menor por separado más tarde.

Johnston consideró brevemente la idea de terminar con la exploración, volviendo de nuevo a su ser; había conseguido un gran logro, y ya habría más experimentos con la gema. Pero algo seguía intrigándole.

En dos ocasiones, mientras calibraba la demencia que tenía ante él, había sentido algo extraño… que había una presencia adicional cerca, que él y la consciencia no estaban solos. Alguien más, o algo más, estaba en contacto con la mente del otro. Las dos veces había seguido el rastro, la fibra mística de realidad mental, sólo para llegar a un enmarañado embrollo de personalidad torturada. Se había resistido al impulso de adentrarse demasiado, pero conservaba la impresión de que otra consciencia —o quizá la sombra de otra consciencia— estaba presente. Johnston era consciente de que podía tratarse de una ilusión creada por el eco de las múltiples personalidades de la propia locura, pero decidió hurgar un poco más en una de las confusas masas que había encontrado. Después saldría del trance.

Para su asombro, no sólo descubrió la presencia extraña casi al momento, sino que la reconoció de inmediato. Los patrones eran perturbadoramente familiares. ¿Cómo podía no haberlo visto antes? Ni uno de sus compañeros de clan hubiese dejado de identificar la fuente… ¡la fuente que no debía haber estado allí, que no debía haber estado en ninguna parte!

La sorpresa de Johnston, la tensión en sus músculos, arruinó su concentración.

Por primera vez en muchos años vaciló en el ritual. Su boca no formó las siguientes palabras, que hubiesen debido salir automáticamente. Recuperó la compostura casi al instante, tomando el control del ritual que había estado a punto de estropearse. Interrumpió poco ceremoniosamente el encantamiento menor, el ritual de revelación que había empezado mientras realizaba el otro más importante, pero no era una gran pérdida.

Al momento, los dedos de Johnston se pusieron a trabajar con la pluma. El sonido de la punta raspando el pergamino con rapidez penetró en su consciencia. La tinta fluía sin efectos visibles. Con paciencia y calma renovadas, representó lo que había descubierto. No le llevaría mucho tiempo. Después saldría del trance e iría directamente a Sturbridge con aquella asombrosa noticia, una noticia potencialmente peligrosa que no podía esperar.

Pero algo iba mal.

Aunque Johnston estaba emergiendo poco a poco, el ruido de la pluma sobre el pergamino había dejado de llegar a sus oídos, y también el cántico. Sus labios seguían moviéndose, formando las arcanas palabras de poder, pero ningún sonido cruzaba el aire.

Fue entonces cuando sintió el impacto de la hoja, que cortó su médula espinal con un golpe seco y preciso. Notó cómo su cara chocaba contra la mesa. La interrupción del ritual le dolió mucho más que el ataque. Las energías místicas que había controlado se volvieron contra él, penetrando en su alma sin demasiada sutileza, reclamándole un alto precio por haberlas doblegado a su voluntad. El dolor psíquico casi ocultó la extracción de su sangre vital.

Casi. Se iba tan rápido… tan rápido…

Después, nada.

Domingo, 25 de julio de 1999, 12:47 am
Capilla de los cinco distritos, ciudad de Nueva York

El hechicero, profundamente sumido en un trance, no tuvo ocasión de salvarse. El feroz golpe y corte de Anwar con el *katar* fue un solo movimiento fluido, y el *kafir* cayó sobre la mesa como un árbol talado. Anwar estaba sobre su víctima, bebiendo profundamente, antes de que los párpados dejasen de agitarse.

Nutritiva, fragante vitae.

Hadd. Venganza.

Durante cinco siglos, los hijos de Haqim habían languidecido bajo la maldición de los Tremere, habían sido incapaces de seguir plenamente la Senda de la Sangre tal y como había prescrito el antiguo entre los antiguos. Pero la segunda fortaleza, *Tajdid*, había sido reclamada: cada hora de cada siglo sería pagada por completo. Anwar había dado un solo golpe, había dado un solo paso en el camino de la *hijra*.

Pero qué dulce era la sangre.

Había poco tiempo para recrearse en su hazaña. Con nuevas fuerzas fluyendo por sus venas, miró a Aaron. El Tremere, obviamente incómodo, se había quedado pasmado ante el cadáver de su compañero de clan.

¿No tienes estómago para la sangre? se preguntó Anwar. O quizá fuera la enfocada brutalidad del acto lo que le perturbaba. Pero debía haberlo imaginado.

Aaron había guiado a Anwar por los laberínticos corredores de la capilla bajo el colegio, deteniéndose sólo de vez en cuando para musitar un encantamiento o para mirar intensamente en el aire algo que el Assamita no podía ver. Anwar despreciaba la debilidad de aquel traidor pero seguía necesitándole para que le facilitase la salida de aquel lugar. Habían llevado puestas las túnicas preparadas por Aaron, aunque no se habían cruzado con nadie más. Anwar no se la había quitado hasta que Aaron no

hubo eliminado las protecciones mágicas de la última puerta, la que daba a aquellas cámaras y el atestado laboratorio.

Anwar se había embozado sólo en el silencio, como le habían dicho que hiciera. Su silencio había sido potente, hasta el punto incluso de interrumpir los cánticos apenas audibles de su víctima. El Assamita no había previsto aquello, pero le había complacido. *¡Lo supo! ¡Sí, lo supo!* Antes de que llegase su fin, el Tremere había sabido que su sangre ya no le pertenecía. Anwar estaba seguro: lo contrario no hubiera sido justo.

Aun antes de que la sangre hubiese terminado de bajar por su garganta, Anwar cogió la gema. No necesitaba el cofre, y aunque el cubil de aquel hechicero albergaba otros objetos poderosos, sus instrucciones estaban muy claras. Envolvió la piedra roja y negra en una tela y la guardó en su faja. Después volvió a ponerse la túnica y, tras otro asentimiento al remilgado Aaron, se pusieron en marcha.

Deshicieron el camino que habían seguido antes, Anwar estaba seguro de ello, pero Aaron se detuvo en puntos no necesariamente idénticos a las paradas de la ida. Anwar tuvo la impresión de encontrarse ante un elaborado sistema de defensas místicas, que quizá exigiesen una respuesta distinta según la dirección de cada individuo que pasase. Había otras posibilidades. Anwar no sabía si la túnica que se había puesto tenía propiedades mágicas o era un simple disfraz, ni si había alguna otra variable en juego. No tenía forma de figurarse el funcionamiento de las defensas Tremere, por lo que procuró mantenerse muy cerca del hechicero Aaron.

Cuando subieron por los escalones hasta la discreta oficina, Anwar seguía con la guardia en alto. No era demasiado tarde para que se disparase alguna trampa oculta, o para que una horda de brujos cayese sobre él y le arrastrase de vuelta a la capilla.

El corazón del Assamita se animó un poco al recorrer el pasillo hasta la puerta lateral —ya habían dejado atrás el punto donde el *kafir* le había dicho que no hablase — pero seguía atento. Por fin, salieron del edificio. El aire de la noche de verano, húmedo y cargado del hedor de la ciudad, era refrescante a pesar de todo.

—Tus superiores estarán disgustados —dijo Anwar, hablando al Tremere por primera vez.

—Sí —asintió Aaron con displicencia—, supongo que estarán…

Con un elegante movimiento, Anwar pasó su garrote de estrangulador por la cabeza del Tremere. El alambre se hundió en el cuello de Aaron, cortando la tráquea y la yugular. Un brusco aumento de la presión en otro sentido, y la cabeza y el cuerpo

cayeron por separado sobre el camino de ladrillo.

Probablemente, esto es algo piadoso comparado con lo que tus compañeros de clan hubiesen preparado para ti, pensó Anwar. Pero más que piedad, era justicia.

Hadd. Venganza.

Anwar se deslizó en la noche con la gema a por la que había sido enviado, dando un paso más en el camino de la *hijra*.

Lunes, 26 de julio de 1999, 12:00 am
Estado de Nueva York

Nunca salgas de la tierra sin saber quién o qué te espera en la superficie. Aquello era lo que le había dicho Tanner.

Jodido bastardo, pensó Ramona. Pero no lo había olvidado.

Table Rock era inconfundible, y había muchas personas por las inmediaciones, en su mayoría familiares para Ramona. No le preocupaba. Mientras se alzaba del suelo, recordó otra de las cosas que le había dicho Tanner: *Debes saber que eres una Gangrel. Y que yo soy tu sire. Yo te convertí en lo que eres*.

El aire de la noche, aun en las estribaciones de los Adirondacks, era fresco. Como siempre, Ramona tuvo por un momento una clara sensación de pérdida, de vulnerabilidad, al salir del acogedor abrazo de la tierra. Se dio cuenta de que estaba sobre la tumba de Zhavon. Había estado *en* la tumba de Zhavon. No exactamente en ella, se corrigió, sino formando parte de ella. Se sintió estremecedoramente tranquila. Era una sensación a la que no estaba acostumbrada… no desde hacía años.

Brant Edmondson estaba de pie con Mutabo y Joshua el Sabueso, a menos de diez metros de la linde del bosque. Ramona vio a Snodgrass —creía que se llamaba así— acercarse al grupito junto con dos caras nuevas. Debían de haber llegado después de que ella se hundiese en la tierra. Miró su reloj y se sorprendió al ver que no se había despertado hasta la medianoche, varias horas más tarde de lo que acostumbraba.

Otras siluetas se movían entre los árboles, un poco apartadas de Table Rock. Ramona se preguntó por Acecha-en-los-Bosques. No le había visto desde su derrota ante Edmondson. Imaginaba que sería del tipo rencoroso. Al menos aquel rencor no iría contra ella… a menos que también estuviera resentido con los testigos de su humillación.

No debería sentirse humillado por perder en una lucha justa, pensó, pero dudaba que Acecha-en-los-Bosques lo viese de aquella manera.

Cara de Rata no se encontraba muy lejos. De hecho, se estaba acercando a ella. Estaba menos comunicativo desde que habían empezado a llegar los demás. No era que se mostrase hostil: Ramona no creía que estuviese desdeñándola, sino que había saludado concienzudamente a todos los asistentes presentándose con toda formalidad, y aquello no le había dejado mucho tiempo para hablar con ella. Ramona supuso que para alguien tan abajo en el escalafón como parecía estar Cara de Rata, sería beneficioso o quizá incluso requerido que se congraciase con tantos Gangrel por encima de él como fuese posible.

Aún no tenía muy claro cómo funcionaban las relaciones entre los Gangrel. No obstante, sabía que no iba a lamerle las botas a nadie. Si era eso lo que esperaban de ella, podían ir besándole el culo.

Pero entonces recordó la intranquilidad que había sentido al estar tan cerca de Acecha-en-los-Bosques, y la forma en que Tanner la había abofeteado antes de que ella le viese moverse. Comprendió que quizá no siempre fuese a tener elección sobre cómo o a quién mostrar respeto. Y probablemente ya había cabreado a bastante gente al discutir con Edmondson.

—Ramona —dijo Cara de Rata al acercarse—, estás con nosotros. —Parecía aliviado al verla.

Ella se limitó a asentir. Por supuesto que estaba con ellos. Cara de Rata la miró expectante pero no dijo nada más. Ramona no tardó en sentirse irritada.

—*¿Qué?* —preguntó por fin.

La curiosidad se impuso momentáneamente a su patente vacilación.

—¿Qué pasó? ¿Qué te dijo? —preguntó, frotándose las mugrientas manitas—. Todo el mundo quiere saberlo. No saliste a la superficie anoche, y no sabíamos si volverías.

—¿Qué? —preguntó ella de nuevo, pero aquella vez más confundida que irritada.

Y entonces lo recordó todo. *Pluma Negra. La hoguera*.

Echó una rápida mirada a su alrededor, pero no había señales del anciano… sólo algunas cenizas dispersas y unos pocos palitos chamuscados sobre la roca.

—Se ha ido —dijo Cara de Rata—. Se marchó en cuanto te hundiste en el suelo. No le dijo una palabra a nadie… a nadie más, claro. Sólo a ti. Aquello fue anteanoche. —Cara de Rata la estaba mirando de reojo, como si de pronto no supiera con certeza

si confiar en ella por completo.

Ramona tampoco estaba segura de poder confiar en sí misma. Hasta que Cara de Rata le había preguntado, el ritual entero, la misma presencia de Pluma Negra, no había sido nada para ella, como si nunca hubiese ocurrido. Pero ella sabía que no había sido así. Se llevó los dedos a la cara, tocándose las mejillas, la nariz, los párpados. Sus yemas quedaron cubiertas de ceniza apelmazada. Cara de Rata, todavía inseguro de cómo responder a su comportamiento, observó atentamente mientras se quitaba la ceniza y el yeso de la cara.

—Todos estaban mirando —explicó—, pero nadie vio realmente lo que ocurría. El humo se volvió espeso. Era como si no estuvieses allí. Fue… raro.

Raro, pensó Ramona. Era una forma de decirlo. Se temía que no iba a poder dar una explicación mejor que la de Cara de Rata.

El olvido de descansar en la tierra parecía aferrarse a su vigilia. Ya había notado que no se encontraba en su mejor forma cuando emergía de la tierra, que a veces los detalles de lo que hubiese ocurrido justo antes de su descenso la mañana anterior parecían borrosos en el mejor de los casos.

Pero aquello parecía distinto. Ramona no tenía claro por qué, aunque así era. La experiencia en conjunto con Pluma Negra había sido muy extraña. *Rara*, como había señalado Cara de Rata.

—Aquello fue anoche —dijo, corrigiendo el error de Cara de Rata.

—No —insistió él. Su nariz de roedor sobresalía tanto que la punta recorría un buen trecho cuando sacudía la cabeza aunque sólo fuese un poco—. Hace dos noches.

Ramona miró su reloj. Estaba claro: la pantalla decía *7/26 MO* y Cara de Rata tenía razón. No sólo se había despertado inusualmente tarde aquella noche, ¡sino que había pasado bajo tierra toda la anterior!

—¿Qué te dijo? —preguntó nervioso Cara de Rata, fisgando a pesar de lo que aconsejaba la prudencia, pero sin poder evitarlo.

Ramona seguía aturdida ante la idea de su largo sueño. Contestó sin pensar:

—*Las Noches Finales se acercan*, eso es lo que dijo.

Ella no tenía idea de lo que había querido decir el anciano, pero las palabras parecieron tener un efecto inmediato sobre Cara de Rata. Los ojos se le abrieron como platos, y se apartó de Ramona como si ella hubiese sacado una pistola y amenazase con volarle la cabeza.

—Las Noches Finales… —murmuró.

—Eh… —Ramona se despejó al ver la alarmada reacción de Cara de Rata. Le cogió del brazo, impidiéndole que se alejase más—. Las Noches Finales… ¿qué demonios se supone que quiere decir eso?

Cara de Rata la miró tan confuso como ella, pero su perplejidad era de distinta naturaleza y pasó casi de inmediato.

—Olvidaba que todo esto es nuevo para ti —explicó—. Las Noches Finales es el nombre del momento en que nuestros ancestros, los Antediluvianos, despertarán de su letargo y destruirán a todos sus chiquillos.

Ramona le devolvió la mirada.

—¿Qué clase de respuesta es eso? ¿Ante-qué? ¿De qué coño me hablas?

Cara de Rata hizo una mueca ante su impaciencia.

—Antediluvianos: existieron antes del Diluvio. ¿Has leído la Biblia?

—Sí, jódete —dijo Ramona, molesta ante la insinuación de que era estúpida o analfabeta. La verdad era que no había leído personalmente casi nada de la Biblia, pero conocía las historias bastante bien.

La mueca de Cara de Rata se hizo más profunda.

—¿Quieres aprender, o quieres discutir? —preguntó—. Para aprender, tienes que escuchar.

Ramona le volvió la espalda, sentándose junto a la tumba de Zhavon.

—Tú eres quien ha venido preguntando qué me dijo el viejo. —Pensó en las demás cosas que le había dicho Pluma Negra: no creía que el comentario sobre el chicle tuviese interés, y la parte del difícil camino que ella tenía por delante no era asunto del jodido Cara de Rata. Pero algo en lo que su interlocutor intentaba explicarle hacía que se sintiese incómoda, provocándole una rigidez en el estómago. No estaba segura de lo que *quería* aprender. Quizá fuera mejor no saberlo.

Las Noches Finales se acercan.

Cara de Rata malinterpretó su silencio y siguió hablando:

—Los Antediluvianos fueron la tercera generación de nuestra especie a partir del Padre Oscuro. Eran trece. Al menos, eso es lo que dicen las leyendas.

—¿Y van a aparecer y matarnos a todos?

Cara de Rata asintió.

Es lo que dicen las leyendas.

—Si sólo son trece, ¿por qué no les rompemos el culo cuando aparezcan y listos?

Cara de Rata se quedó boquiabierto ante la sugerencia.

—Ellos… son como dioses. Tienen miles de años. No se les puede romper el culo… los culos.

—Mmm… —resopló Ramona—. Lo que sea.

La alegría que había sentido al salir de la tierra había desaparecido sin dejar rastro, directamente al infierno. Cara de Rata estaba contándole cosas que probablemente necesitaba saber, pero que no eran muy agradables. Estaba sentada junto a la tumba de Zhavon, y de nuevo sintió la pesada carga de la culpa. Por añadidura, acababa de descubrir que había pasado dormida una noche entera. No era una gran pérdida en sí misma… algunos de aquellos Gangrel parecían muy viejos, *centenarios*, así que supuso que perderse una noche no era nada del otro mundo. Pero no había pretendido hacerlo, ni siquiera se había dado cuenta después, y aquello hacía que se sintiese extraña.

¿Y qué hay de Darnell? pensó. No había pasado una, sino *dos* noches, y Tanner no parecía haber vuelto aún. Ramona sabía que debía sentirse molesta porque nadie hubiese hecho nada por Darnell, pero se sentía demasiado cansada hasta para enfadarse. Se preguntó brevemente si Darnell habría sobrevivido a su esperanza, pero no podía más. Sentía el tirón de la tumba, la atracción de no abandonar el pacífico abrazo de la tierra.

Ramona miró por encima del hombro a Cara de Rata, que estaba de pie con las manos en las caderas.

—¿Duermes alguna vez una noche entera? —le preguntó, intentando sonar despreocupada, que no se le notase el temor en la voz.

Él se encogió de hombros. No parecía sorprendido por aquel repentino cambio de tema.

—A veces. No con frecuencia. Algunos de los Vástagos antiguos entran en letargo… un profundo sueño parecido a eso. Puede durar noches, o meses, o años. Se supone que los Antediluvianos han pasado miles de años en letargo.

—Se supone que han… —musitó Ramona.

—Nadie sabe con seguridad… si siguen así, ni cuáles son sus lugares de descanso.

Ramona reprimió un escalofrío. *A ver si deja de hablar de esos Antediluvianos*, pensó, pues ya había oído bastante sobre ellos. Volvió a apartarse de Cara de Rata y se quedó sentada en silencio. Quería que se fuese, y ya había demostrado que hasta la pregunta más sencilla le haría seguir hablando… y probablemente sobre los condenados Antediluvianos. Pero Cara de Rata se quedó allí, pisando la tierra y

haciendo que se sintiese incómoda.

—No toques la jodida tumba —dijo Ramona, sin darse la vuelta para ver si era aquello lo que estaba removiendo.

—Ahí está Emil —dijo Cara de Rata al fin—. Debe de haber llegado ahora.

Ramona oyó cómo se alejaba. Se alegró de quedarse a solas de nuevo, pero se sentía un poco culpable por haber alejado así a Cara de Rata. De todos los Gangrel que había conocido, era el que más amable se había mostrado con ella. Probablemente mereciese un mejor trato. Pero ya puestos, también ella merecía un trato mucho mejor que el que estaba recibiendo. Además, no quería oír ni una palabra más acerca de los puñeteros Antediluvianos.

¿Cuándo volverá Tanner? se preguntó.

Ya estaba cansada de esperar. Había dicho que iba a conseguir a otros… y ya había un montón de otros allí. Ramona podía ver a varios recién llegados a los que no conocía: los dos que estaban con Snodgrass y unos cuantos más, y probablemente eran sólo los que podía ver desde donde estaba. Seguramente Cara de Rata hubiese podido decirle quién era cada uno de los reunidos, pero ella le había hecho marcharse.

Al echar un vistazo a su alrededor, Ramona observó que ninguno de los demás Gangrel mantenía su mirada. Edmondson y su grupo apartaron la vista, fingiendo que no habían estado observándola. Su conversación languideció de repente.

Estaban hablando de mí.

Renée Relámpago miraba también hacia otra parte, como muchos otros. Algo había cambiado en la actitud de los reunidos hacia ella tras la visita de Pluma Negra. Tampoco tenían ni idea de lo que había pasado, pero mostraban una cierta suspicacia… y algo de miedo. Ramona podía verlo en sus ojos, en la forma en que disimulaban.

Que les den, decidió. Cara de Rata era el único que tenía redaños de todos ellos. Esperaba que hubiese ganado unos cuantos puntos positivos por haberse atrevido a hablar con ella.

Se abrazó las rodillas, apretándose las piernas contra el pecho. Ojalá Tanner se diera prisa en volver. Entonces podrían a caldo al Toreador. *Quizá podamos salvar a Darnell*, pensó, pero no se hacía muchas ilusiones al respecto. Había visto lo que el Toreador le había hecho a Zhavon, y lo que le había pasado a Jen, decapitada y con el cuerpo atravesado por una piedra que había brotado de la nada. No veía cómo habría podido Darnell aguantar tanto tiempo. También se sentía culpable por ellos… por no

asegurarse de que efectivamente hubiese muerto. Pero no hubiese conseguido nada volviendo ella sola a la cueva, se recordó: sólo morir a su vez.

Recordaba el miedo en los ojos de Tanner. Su sire sabía que el raptor, la cosa del ojo, era algo más allá de sus posibilidades, y Tanner sabía mucho más que ella de todo eso. Tendría que confiar en su juicio en aquel punto.

Al pensar en el raptor, Ramona no pudo dejar de representarse aquel grotesco ojo abultado. Había estado a punto de perder la voluntad al mirarlo… hubiese caído en su poder de no haber sido por Tanner, que apareció para hacer que reaccionase. Y había sido después de que aquella maldita cosa le escupiese… ¿qué era, ácido? Podía notar una quemadura en la cara que no se había curado —ni siquiera con la sangre de Zhavon— y su camiseta estaba destrozada y llena de agujeros allí donde había salpicado aquella mierda.

Son como dioses, había dicho Cara de Rata de los Antediluvianos. *No se les puede romper el culo*.

Los recuerdos de Ramona hacían que su estómago se agitase de la misma forma en que la luna provocaba las mareas. ¿Podía aquel Toreador ser uno de los Antediluvianos? Había creído que Tanner no le tenía miedo a nada, pero se había asustado de aquella cosa del ojo. Y si era uno de ellos, ¿tenían alguna posibilidad de matarle los Gangrel de la Asamblea, por muchos que fuesen? No, según lo que le había dicho Cara de Rata. Pero habría otros más sabios que él, se dijo Ramona. Seguro que Tanner sabía más: sencillamente, su sire mantenía la boca cerrada.

Se quedó sentada a solas mientras avanzaba la noche, intentando controlar aquella perturbadora mezcla de culpa y miedo. El pecho empezó a dolerle igual que el estómago, y no por haber tenido una estaca atravesándolo… aunque supuso que aquello tampoco había ayudado mucho. La herida —la herida física— se había curado por completo, sin que quedase una sola señal.

Seguían llegando vampiros a Table Rock. Cuántos, lo ignoraba. En realidad, había dejado de intentar llevar la cuenta. Oyó vagamente más presentaciones formales, pero no se quedó con los nombres, y nadie se acercó para saludarla. O era una Gangrel demasiado nueva para molestarse por ella, o la paranoia de quienes habían visto lo ocurrido con Pluma Negra era contagiosa. A Ramona no le importaba. Se conformaba con que la dejasen en paz con sus preocupaciones. Permaneció en silencio junto a la tumba que había sido su lugar de descanso la noche anterior.

De tanto en tanto, Ramona oía agitación y gruñidos en los bosques cercanos. Tras

las primeras veces, ni siquiera se molestaba en volverse mirar. A medida que iban llegando otros Gangrel, algunos querían descubrir cuál era su puesto en la jerarquía desafiar a alguien que les había derrotado en una reunión anterior. El jaleo nunca duraba mucho, y Ramona dudaba que las consecuencias fuesen graves. Parecía algo más sensato que las guerras de bandas que había visto en Los Ángeles, donde los perdedores solían acabar muertos.

No vio a Acecha-en-los-Bosques por ahí, pero podía imaginarlo intentando machacar a cada nuevo recién llegado al que no pudiese obligar a bajar la mirada. Y no le hubiese extrañado descubrir que lo conseguía.

Pero ni Acecha-en-los-Bosques, ni ninguno de los otros que conocía Ramona, ni de los recién llegados, se metió con ella.

Lunes, 26 de julio de 1999, 2:18 am
Estado de Nueva York

Ramona estaba pensando en Pluma Negra cuando se dio cuenta de que Table Rock había quedado en completo silencio. Estaba pensando en las pocas palabras que había pronunciado el anciano, y en el extraño ritual que había celebrado… al menos creía que se trataba de una especie de ritual. Eso le había parecido, había *sentido* que lo era. De hecho, todo lo relacionado con Pluma Negra, incluyendo las reacciones de Ramona, tenía sus raíces en los sentimientos. Ramona no *sabía* nada de él, aparte de lo que le había dicho el pequeño Cara de Rata. Tampoco *sabía* lo que había hecho el viejo cherokee. Bien sabía Dios que Pluma Negra no le había explicado nada: se había limitado a hacer lo que fuera, y ella había sido atraída por la chispa en sus ojos, o quizá fuera algo en el humo o en los misteriosos cánticos lo que había hecho que siguiese sus vagas instrucciones. Todos sus actos se habían basado en lo que había sentido ella, no en lo que había sabido. Y ahora Pluma Negra se había ido, y ella se quedaba atrás con sus sentimientos, pero sin *saber* más que antes.

Pensó en la distraída perfección con que había pulverizado y esparcido el yeso… sin que cayese una mota fuera de su sitio, trazando una circunferencia perfecta con el fuego en su centro exacto. Y el fuego mismo, el pequeño *teepee*, había ardido justo el tiempo necesario, sin que hubiese hecho falta alimentarlo o avivarlo ni una sola vez.

Pensó en el saco de lona de Pluma Negra, en la variada colección de objetos que había sacado ante ella. Parecían haber sido rescatados de entre la basura: una botella vacía de Visine, una piel de serpiente, un cuchillo oxidado… *¡Pasta Loca y chicle, por el amor de Dios!* Ramona sacudió la cabeza. ¿Cómo podía esperarse que aquello tuviera sentido?

Aquella pregunta era el foco de sus pensamientos cuando se dio cuenta vagamente

de que algo iba mal. Había vuelto de sus recuerdos hasta el sonido de… nada. Los Gangrel presentes —y ya debía de haber quince o veinte— guardaban silencio, como cuando había llegado Pluma Negra. ¿Acaso habría vuelto el viejo? Ramona alzó la mirada esperando verle, esperando que contestase a alguna de sus preguntas.

Pero había dos figuras de pie sobre la roca. Reconoció de inmediato a una de ellas… Tanner. Sabía por lo que le habían dicho los Gangrel allí reunidos que su sire había atravesado una buena parte del estado —algunos de los presentes habían llegado desde Buffalo— pero Ramona nunca lo hubiese imaginado por su aspecto. No parecía cansado, sino que mostraba la misma confianza y seguridad de siempre. Quizá estuviese un poquito más desgreñado por sus viajes, quizá su jersey oscuro estuviera algo más sucio, pero no había ningún gran cambio en su porte. De su mano derecha colgaba un conejo… o quizá fuese una liebre, Ramona no conocía la diferencia. Era largo y, a diferencia de los que había visto en las tiendas de mascotas, no muy peludo. Tanner sujetaba al animal por las orejas. La cabeza estaba girada casi por completo, y la sangre goteaba de las heridas de garra en su pecho.

Tanner se mantenía un paso por detrás de otro Gangrel. Ramona nunca le había visto antes, pero por alguna razón le relacionaba con un nombre que había oído susurrar a los otros Gangrel casi con miedo… Xaviar. Habían especulado con la posibilidad de que acudiese, de que la acción empezase en serio una vez estuviera con ellos.

Ramona pudo ver que Tanner mostraba la misma reverencia a Xaviar que los demás, y aquella actitud por parte de su sire fue tan sorprendente para ella como lo había sido su miedo en la cueva. Era extraño ver que tenía miedo de alguna cosa, y casi igualmente raro ver que respetaba a alguien. Se preguntó cómo reaccionaría ante Brant Edmondson, ¿como un igual? ¿Y ante Acecha-en-los-Bosques?

Pero ahora que Xaviar estaba presente, no parecía haber impulsos de establecer el dominio, de ajustar la jerarquía. Todos, vio Ramona ya en los primeros instantes de la aparición de Xaviar, sabían cuál era su lugar respecto a él, y no correrían el riesgo de disgustarle. Superaba de largo el metro ochenta, e iba vestido por completo de cuero negro —chaleco, pantalones largos y botas— un atuendo que Ramona hubiese encontrado pretencioso en la mayoría de la gente, pero que no resultaba inadecuado para él. Su línea del pelo había retrocedido bastante, pero el largo cabello rojo le llegaba hasta la mitad de la espalda. La espinosa barba era del mismo color, así como el vello de su pecho. La piel que estaba a la vista —brazos, pecho, cuello y rostro—

era broncínea y correosa. Parecía haberse aficionado al *piercing*, con un anillo en la nariz, media docena de remaches y aros en la oreja izquierda y algunos menos en la derecha. El anterior resentimiento de Ramona hacia los Gangrel de más edad se volvió más débil: sabía que no se enfrentaría a aquel hombre.

Tanner dejó caer el conejo sobre la piedra, desentendiéndose del cadáver, que aterrizó en medio de una nube de cenizas de los restos de la hoguera. Había cazado al animal y se había alimentado de él, probablemente sin detener siquiera el paso. Ya no le interesaba.

Xaviar dio un paso hacia delante. El conejo muerto yacía a sus pies. Lo ignoró y clavó su mirada en Ramona. Por un instante tomó nota de la tumba junto a la que se sentaba, pero estaba concentrado en ella.

Ramona se puso lentamente en pie. Se sentía débil y torpe.

Xaviar la miró desde lo alto de la roca. A sus pies, la sangre del conejo se mezclaba con la ceniza. Como había hecho Pluma Negra la noche anterior —no, *dos* noches atrás— no reparó en la presencia de nadie más aparte de ella. Ramona deseó que hablase con algún otro, o quizá que le diese un par de patadas en el culo a Acecha-en-los-Bosques, pero la mirada de Xaviar seguía fija sobre ella.

¿Cuánto tiempo lleva existiendo? se preguntó. *¿A cuánta gente habrá matado?* De pronto se sintió muy protectora con la tumba de Zhavon. No era que esperase que Xaviar desenterrase el cadáver como había pretendido hacer Cara de Rata. Probablemente un mortal muerto no tuviese más importancia para Xaviar que el conejo muerto a sus pies.

—Tú has visto la cosa de la que me ha hablado Tanner —le dijo. Aunque no elevaba la voz, sus palabras sonaban tan fuertes como el trueno. Se alzaba ante Ramona como una tormenta que en cualquier momento podía liberar su furia.

Ramona asintió. Podía sentir cómo la observaba Tanner, cómo la observaban todos los demás, pero no lograba apartar sus ojos de Xaviar.

—Cuéntame lo que viste.

La mirada de Xaviar apresó a Ramona con tanta firmeza como si el vampiro hubiese alargado las manos para cogerla por los hombros.

Cuéntame lo que viste.

Ramona sintió que las palabras salían de su boca. Se oyó a sí misma, como si fuese una espectadora, describiendo la cueva. Oyó la repulsión en su voz al describir el espantoso ojo, cómo había rociado ácido, cómo había hecho que entrase en un

trance del que sólo la intervención de Tanner había podido sacarla. Oyó cómo se quebraba su voz mientras hablaba de la tortura infligida a Zhavon, tan brutal que la muchacha no había sobrevivido. Se oyó contar cómo la criatura del ojo había retorcido la carne y el hueso como si no fuesen más que cera caliente, y cómo el mismo suelo de la cueva había atacado a la pobre Jennifer, mutilando su cuerpo y arrancándole la cabeza.

Las palabras fluyeron como el agua por una presa rota, dejando a Ramona vacía y enferma. Todo el dolor de dos años se alzó para llenar su vacío, y ella cayó de rodillas, vomitando sangre sobre la tierra. Su vida humana le había sido arrebatada. Jen y probablemente Darnell se habían unido a Eddie en la muerte. Sus nuevos amigos, con quienes había compartido el horror de su nueva existencia, habían desaparecido. Y Zhavon también, aunque su sangre corría por las venas de Ramona. La chica mortal había sido atrapada por una corriente que la había arrastrado, como le había ocurrido a ella misma.

Estaba frente a los responsables: Tanner y Xaviar, que la había doblegado a su voluntad. Ramona intentó escupir el desagradable regusto de su boca. Podían controlarla si se lo permitía… si no se lo impedía.

Pudo sentir el momento en que Xaviar apartó por fin la mirada. El vampiro se volvió hacia Tanner y asintió, como confirmando algo que ya hubiesen discutido.

Ramona se limpió la boca con la andrajosa camisa y miró a los dos antiguos subidos a la roca.

—¿Es un Antediluviano? —preguntó débilmente. La perturbación en su estómago había aumentado mientras pronunciaba las palabras. Era la misma sensación, aunque más fuerte, que había tenido al hablarle Cara de Rata de los antiguos entre los antiguos, y aquello había hecho que llegase a tal conclusión.

Xaviar volvió a mirarla. Parecía ligeramente sorprendido, quizá incluso divertido, ante el hecho de que ella le hubiese hablado por voluntad propia.

—No, chiquilla —dijo con su tranquila voz de trueno—. Y pronto no importará *qué* sea.

Xaviar se giró de nuevo hacia Tanner, preparando una pregunta.

—Decía llamarse Toreador —dijo Ramona. Su voz era ya más fuerte. El torbellino de su estómago parecía estar remitiendo un poco.

Unas risas de sorpresa cruzaron el claro, pero al momento los Gangrel parecieron recordar quiénes eran y ante la presencia de quién estaban. La risa se extinguió

enseguida. Ramona miró atónita a su alrededor, demasiado confundida ante aquella reacción para sentir irritación o ira.

Xaviar se puso rígido, volviéndose hacia ella con la cabeza ladeada.

—Decía llamarse… *¿qué?*

La sangre de Ramona se convirtió en hielo en sus venas. Los ojos de Tanner se agrandaron por un instante, estrechándose después hasta formar una fría rendija. El silencio se extendió por el bosque.

—Toreador —repitió ella, obligándose a mantener la mirada de Xaviar.

—¿Estás segura?

Ramona asintió. No comprendía la causa de aquella súbita vehemencia de Xaviar. Tras haber luchado para mantener su mirada, descubría ahora que no era capaz de apartarla.

—¿Tanner? —preguntó el antiguo, pero sin liberar a Ramona de su mirada cada vez más inquietante.

Tanner clavó la vista en el suelo.

—Yo… yo no oí eso —intentó explicar—. Aquella cosa llamó a la piedra, y la piedra respondió. Retorcía la carne como… ¡como un demonio Tzimisce! —Se volvió furioso hacia Ramona—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Acaso me diste ocasión de hacerlo? —replicó ella—. ¿Me ha dado alguno de vosotros una jodida oportunidad de decir algo? —Supo al instante que no debería haber dicho aquello, que se suponía que ella no debía decirlo. No le correspondía. En cierto sentido, no le importaba. Tanner se merecía una buena bronca, o algo más. Pero estaba asustada de lo que el gran Xaviar pudiese hacer.

Lo que hizo fue sonreír. Pero no era una sonrisa cálida ni alegre.

—Podía haber esperado esto de un cachorro, pero no de ti, Tanner… hacerme venir hasta aquí con un pequeño ejército de Gangrel para destruir a un solo Toreador.

Tanner volvió a mirar al suelo, sin intentar defenderse.

—No importa —dijo Xaviar, mirando a Ramona como si hubiese estado hablando con ella todo el rato—. ¿Sabes lo que es «Toreador»?

Ella meneó la cabeza.

—Por supuesto que no —suspiró Xaviar, no sin simpatía, pero de pronto su expresión cambió rápidamente, volviéndose feroz y bestial—. ¡Es el más débil y patético clan de los hijos de Caín!

Si el entusiasmo de Xaviar ante la caza, o el de alguno de los demás Gangrel, había

menguado ante la revelación de Ramona, no lo demostró. Alzó los puños al aire, mientras salvajes gruñidos se elevaban a su alrededor.

—¡Comienza! —rugió mientras saltaba de la roca, casi directamente sobre la asustada Ramona.

Tanner siguió a Xaviar sin vacilar, y Ramona, atrapada por el feroz rugido, hizo lo mismo. Xaviar se encaminó al sur, hacia la cueva, pero viró rápidamente al este. Sus poderosos pasos le llevaron en un amplio arco alrededor de Table Rock, y todos los demás Gangrel se le unieron. El aire hervía con sus gruñidos. Ramona pudo oír su propia voz entre el coro de aullidos, una hebra entretejida con las de sus hermanos.

A la segunda vuelta, iban ya a cuatro patas y más rápido. Ramona no estaba lejos de Xaviar y Tanner, mientras que Brant Edmondson y Joshua el Sabueso se le acercaban por los lados. Sus garras se clavaban en la tierra, haciendo brotar chispas cuando golpeaban la roca. Muchos de los Gangrel de la manada habían abandonado su forma humana: grandes lobos, algunos negros como la noche y otros grises como la última luz del crepúsculo, corrían entre los árboles a una velocidad vertiginosa.

A la tercera vuelta alrededor de Table Rock, el paisaje mismo cambió. Las laderas de las colinas se volvieron más escarpadas, convirtiéndolas en montañas por derecho propio. Los árboles eran enormes esculturas de corteza gris y liquen y musgo multicolores: verde, azul, rojo, negro. Ramona se dio cuenta de que el remolino de su estómago había desaparecido del todo. La creciente furia de la caza había hecho añicos el dolor de la pérdida que la había asaltado durante tanto tiempo, la pena que había sentido constantemente desde sus días mortales. Corriendo a través del paisaje transformado, Ramona no pudo sino sentir que ella también cambiaba. Era una loba solitaria, gigantesca, feroz y babeante. Estaba sola, pero los demás estaban con ella. Eran parte de ella, y ella de ellos, unidos en su parentesco… el mismo parentesco que había visto en la chispa en los ojos de Pluma Negra.

Las Noches Finales se acercan, y tu camino será difícil.

Habían sido las palabras de Pluma Negra. ¿Pero se las había dicho a como era antes, o a como era en aquel momento? ¿Iban dirigidas sólo a ella, o al colectivo del que formaba parte? Sintió el fuego del indio ardiendo en su interior. Pudo oler el humo. Y ella, la gran loba solitaria, vio el mundo con la visión fantasma que él le había dado. Pluma Negra había apretado las cenizas rituales sobre sus ojos, y ahora ella podía ver.

Sola pero más completa que nunca, corrió a través del bosque primigenio. Sólo

existían el hambre y la caza. La saliva corría sobre sus colmillos y caía goteando de su boca.

Completaron la tercera vuelta en torno a la roca, y Xaviar giró de nuevo hacia el sur. Todos los Gangrel le siguieron a la carrera. Ramona podía sentirlos a su alrededor. Habían acudido más de los que creía. Su saliva olía a frenesí, a carnicería, a muerte.

Toreador. Los pensamientos de Ramona seguían el ritmo de sus pisadas. Débil. Patético.

Entre la presión de sus compañeros de clan, Ramona pudo saborear la venganza, y por primera vez en dos años abrazó el futuro con alegre anticipación.

Lunes, 26 de julio de 1999, 3:09 am
Estado de Nueva York

Ramona había esperado que Xaviar se dirigiese a la Asamblea para discutir planes o encomendar misiones. Pero cuando comenzó el ataque, todos parecían saber su cometido. Todos menos ella.

La ruidosa estampida cerca de Table Rock se había convertido rápidamente en un silencioso avance al llegar al prado, y la visión fantasma de Ramona se había disipado, devolviéndole su visión habitual del mundo. Suponía que habría unos veinticinco o treinta de sus compañeros de clan interviniendo en el ataque. Algunos rodearon el prado por los lados: al parecer, Xaviar y Tanner estaban entre ellos. Ramona había perdido su rastro y no los veía cerca.

Junto con otros Gangrel, se acercó a la boca de la cueva a través del prado. No estaba lejos del lugar donde se había hundido en la tierra tres noches antes… el mismo donde había puesto fin a la vida de Zhavon. Cara de Rata estaba cerca. Snodgrass y Renée Relámpago estaban allí. Joshua el Sabueso y otros tres a los que Ramona no conocía se pusieron a su izquierda. Nadie hablaba. El ataque entero parecía orquestado por instinto, aunque Ramona se sintió aliviada al ver que algunos de los demás miraban a su alrededor en busca de guía o consejo. Siguiendo las indicaciones de Joshua, los ocho se ocultaron a varios metros colina arriba, justo a la altura suficiente para poder ver la entrada de la cueva.

Ramona apenas había tenido tiempo para preguntarse qué pasaría a continuación cuando vio a Tanner y otros cuatro —reconoció a Emil entre ellos— dirigiéndose hacia la cueva a través del prado. Se concentró para oír alguna señal de su paso. Aunque todavía estaban bastante lejos, desde su cambio era capaz de oír ruiditos a aquella distancia. Casi no reparó en la extraña sensación de que sus orejas se

enderezasen al ponerse a la escucha. Pero aquella vez no pudo captar ni un ruido. Tanner y los que le seguían se movían hábilmente y en silencio. Ramona supuso que, de haber temido los vampiros que los viese alguien, ella nunca hubiese sabido cuándo se deslizaban en la cueva. Ella, Cara de Rata y sus compañeros contemplaron cómo el grupo de Tanner llegaba hasta los pinos de la entrada y se desvanecía en la oscuridad.

En cuestión de unos momentos, el silencio se hizo insoportable.

Ramona se sentía como si estuviese conteniendo la respiración: aunque ya no *respiraba*, la urgencia y la necesidad de silencio activaron en ella ciertos recuerdos lejanos, haciendo que sintiese que estaba haciendo algo indebido. Pero entonces sus pensamientos se dirigieron a Tanner y los cuatro Gangrel que le acompañaban. Pensó que sólo unas pocas noches antes, ella, Darnell y Jen habían entrado allí… y en lo que había ocurrido.

Pero aquél era *Tanner*, se recordó. Estaba infinitamente más experimentado que ella en cuanto a las letales extravagancias de aquel mundo de tinieblas, donde la muerte era un acontecimiento tan frecuente y ordinario. Y estaba con otros Gangrel curtidos. Ellos se ocuparían del asunto que Ramona y sus amigos habían estropeado.

¿Qué haría si Tanner salía con el Toreador como un cautivo? Probablemente ella querría darle el golpe de gracia. Y lo mismo reclamaría Tanner. Y aunque no cabía duda de que el Toreador debía pagar por Zhavon y Jen, Ramona no sabía si podría matar a sangre fría. Tras su llegada al prado, la furia de la carrera de Xaviar, de las vueltas en torno a Table Rock, se había disipado en gran medida, cediendo su lugar al miedo y los recuerdos.

Puede que Darnell siga vivo, pensó. Él arrancaría la cabeza del Toreador sin pensárselo dos veces, y Ramona no tendría que tomar la decisión.

Todas las incertidumbres y preguntas de los dos últimos años se agitaban dentro de Ramona. Querían ser liberadas, mientras ella se agazapaba en la colina sin necesidad de contener el aliento. Los gritos que rasgaron el silencio fueron casi un alivio. Resonaron siniestramente en la entrada de la cueva, filtrándose después entre los pinos hasta quedar libres en el aire nocturno.

Pero no eran los gritos del Toreador.

Todos a su alrededor se pusieron rígidos al instante. Ramona no podía identificar los gritos —el sonido estaba irreconociblemente amortiguado al llegar a ella— pero comprendió que los gruñidos de los atacantes se habían interrumpido bruscamente, convirtiéndose en gritos de sorpresa y dolor.

—Dios mío —dijo Joshua el Sabueso—. ¿Qué está pasando?

Ramona no contestó —su boca estaba demasiado seca, su mandíbula crispada, las palabras no podían salir de su garganta— pero lo sabía.

Lo caóticos gritos y los amortiguados ruidos de pelea siguieron oyéndose. Una lucha a corta distancia raramente duraba más de un minuto. Quizá no hubiese pasado más tiempo, pero parecía una eternidad. Como los vampiros a su alrededor, Ramona se había puesto en pie, aunque ello significase quedar a la vista. La incertidumbre hizo presa en ellos. Podía sentir cómo se miraban unos a otros. ¿Debían cargar hacia la cueva? Seguramente Tanner no necesitaba ayuda, pero los ruidos desde el interior…

Y Ramona no pudo sino recordar…

El ruido de lucha se estaba volviendo, si no más débil, sí menos confuso. Eran ya menos los combatientes que añadían sus voces —sus gruñidos, sus rugidos, sus gritos — a la cacofonía. Pero otro sonido se había incorporado: largos lamentos, gemidos dolientes, gemidos de moribundos. La mente de Ramona reaccionó furiosamente, pero al mismo tiempo sin llegar a ninguna parte. Intentó sin éxito rechazar las conclusiones que surgían ante ella: si la lucha continuaba, el Toreador seguía vivo, así que al menos parte de los gritos y lamentos debían de partir de los Gangrel, de sus compañeros de clan.

Pero los gemidos enmudecieron, uno por uno. Casi tan repentinamente como había sido interrumpido antes, volvió a reinar el silencio. La ligera brisa que bajaba desde el risco pareció un trueno para las orejas enhiestas de Ramona.

Están acechándole, pensó. *Le han herido, y ahora le rodean para matarle.*

Pero justo entonces salió una figura de la cueva, dando fin al optimismo de Ramona. Se agarró a uno de los pinos a la entrada, inclinándose contra el árbol durante varios segundos. Era Emil. No descansó mucho tiempo: al oír algo, miró hacia la negrura de la cueva y huyó de allí. Intentaba correr, pero algo le ocurría a su pierna izquierda, no soportaba su peso. Emil se tambaleó, cayendo cerca de la entrada. Mientras se intentaba poner de nuevo en pie, Ramona observó que tenía la cara ennegrecida y quemada. Alzó una mano distraídamente hasta las marcas en su propio rostro.

Pero no había tiempo para distracciones. El Toreador salió de la cueva. Miró a su alrededor por un momento, como si le sorprendiese la existencia de un mundo más allá de los túneles y cavernas subterráneos. Aun desde el prado, parecía más grande de lo que Ramona recordaba… o quizá *sólo* el ojo fuera más grande. Parecía

resplandecer a la luz de las estrellas. Latía y se estremecía, pareciendo una cosa viva, separada del cuerpo a su alrededor.

Como había ocurrido tres noches atrás, Ramona vio al Toreador con reacciones mezcladas. A primera vista, parecía bastante inocuo… era flacucho y tenía una nariz enorme, ¿y de verdad podía ser un peligro alguien con un pelo tan desastroso? *Mariquita artístico*, pensó Ramona.

Pero entonces se dio la vuelta, y el ojo, aquel ojo repulsivo, proyectó una luz distinta sobre él. De pronto era más grande que la vida, letal, aterrador.

Probablemente los Gangrel que acompañaban a Ramona se debatían con impresiones parecidas. En cierto sentido parecía casi de risa que aquel vampiro pudiese suponer una amenaza. Pero Jen no se reía.

Ni Emil.

La desorientación del Toreador fue breve. Ramona se dio cuenta de que habían perdido su oportunidad. Algo terrible había ocurrido en la cueva, pero quizá el espacio cerrado hubiese supuesto una ventaja para el Toreador. No podía saber lo que le esperaba más allá de los pinos de la entrada.

El ojo se clavó en Emil. Incluso a una distancia de varios metros, el Toreador pareció cernirse sobre el Gangrel caído.

Observando a Emil, una pregunta paralizadora hizo presa en Ramona: *¿Dónde está Tanner?* Había encabezado el grupo, pero por el momento sólo había salido Emil, y herido y quemado. De pronto, aun entre los demás Gangrel, se sintió completamente sola y asustada. *¿Dónde está Tanner?* quería gritar a Emil mientras le zarandeaba. *¿Por qué le has dejado ahí dentro?*

—Ya es tuyo —dijo Cara de Rata al lado de Ramona, aunque sus palabras iban dirigidas a Emil—. Eso es… deja que se acerque un poco más… ¡y reviéntale las tripas!

Emil se había alzado sobre las rodillas, y efectivamente el Toreador se estaba acercando, pero Ramona supo que el Gangrel no lanzaría un solo golpe más. Vio la tensión en su postura, comprendiendo que sólo deseaba huir, pero que incluso aquello estaba fuera de su capacidad. El ojo impedía a la voluntad de Emil controlar sus músculos, como había hecho con Ramona. Tanner había estado allí para ayudarla.

—Dios mío —musitó Joshua. Los demás miraron con silenciosa incredulidad.

Con unos pocos pasos, el Toreador se puso junto a Emil, agarrando decididamente al Gangrel por la cabeza. Unos segundos más tarde la cabeza de Emil había dejado de existir, fundiéndose hasta deshacerse entre los dedos de su enemigo. La criatura, con

su ojo palpitante sobresaliendo más de lo que hubiese sido posible, se quedó en pie con la sangre y la carne licuada goteando de sus manos.

Los compañeros de Ramona estaban estremecidos más allá de las palabras, con las bocas y los ojos abiertos por el asombro. Ramona ya había visto algo parecido —Zhavon deformada hasta casi lo irreconocible, los brazos de Darnell sacados de su lugar— pero incluso ella boqueó con horrorizada fascinación. Por segunda vez aquella noche, sintió la necesidad de vomitar, el sabor de la sangre subiendo por su garganta. Pero no había tiempo.

—¡Mirad! —Cara de Rata fue el primero del impotente grupo en recuperar el habla. Señaló el prado: dos grupos de más o menos media docena de Gangrel estaban cargando contra el Toreador desde dos direcciones distintas.

¿Por qué han tardado tanto? fue lo primero que pensó Ramona. ¿También habían quedado paralizados por el horror al ver la muerte de Emil? ¿O, como Cara de Rata, habían subestimado al Toreador y creído que Emil pondría fin a todo con un simple golpe de su garra?

Ramona no pensó que también debería colaborar hasta que oyó a Joshua gritando colina abajo. Había esperado que Tanner y los importantes antiguos del clan se hiciesen cargo del problema… pero no sabían dónde se estaban metiendo, y ahora ella se veía arrastrada a la lucha.

Ramona y los demás siguieron a Joshua. No tenían un plan específico, pero no podían quedarse a mirar; cargaron colina abajo contra el Toreador. Pero al dar el primer paso Ramona se dio cuenta de que se movía a cámara lenta, de que la escena se desarrollaba ante ella y de que había sido sacada de la misma para convertirse en una mera espectadora. Por segunda vez aquella noche, la visión fantasma bajó sobre ella, como un filtro sobre sus sentidos en hiperalerta. A diferencia de la otra vez, no sintió unidad alguna con sus compañeros de clan, sino sólo miedo.

Ante ella, el Toreador estaba de espaldas a la cueva. A su derecha estaba el grupo más cercano de Gangrel, con Acecha-en-los-Bosques a la cabeza: no quedaba nada en él que pareciese humano, avanzaba a cuatro patas, su cara convertida en un monstruoso morro lleno de colmillos. Espumeantes chorros de baba salían de su boca.

Más Gangrel cargaban por el otro flanco.

Edmondson iba en cabeza, con Mutabo justo detrás. Su anterior tranquilidad había desaparecido. El asesinato brillaba en sus ojos. No veían la necesidad de guardar sigilo, y avanzaban rápidamente a través de la alta hierba. Para la visión cambiante de

Ramona, sus compañeros de clan eran borrones de movimiento, chispas doradas como fieros cometas. Ninguna criatura podía hacer frente a tantos Gangrel.

A pesar de todo, el miedo de Ramona no hizo sino aumentar.

Las Noches Finales se acercan.

Miró a su alrededor, casi esperando ver al viejo Pluma Negra, pero el prado estaba ocupado por la hierba, las flores salvajes y criaturas de muerte. Dirigió su nueva visión hacia el Toreador, y de inmediato deseó no haberlo hecho. Hizo cuanto pudo para resistir el impulso de darse la vuelta y huir.

Mientras le miraba, el Toreador se cogió el ojo protuberante y lo sacó de su cuenca. Un ensangrentado nervio colgó en el aire como una anguila, retorciéndose cuando el Toreador alzó el ojo por encima de su cabeza, y enroscándose en torno a su mano. El nervio se hizo más largo —treinta centímetros, sesenta…— hasta que por fin llegó a suelo y empezó a enterrarse.

Todo parecía ocurrir muy despacio. *¿Por qué no caen sobre él?* se preguntó Ramona, pero los demás Gangrel no parecían haber avanzado mucho. Los miembros de su propio grupo estaban a sólo unos pasos.

Las rodillas de Ramona volvieron a temblar, pero esa vez se dio cuenta de que en realidad no eran sus rodillas, sino la misma *tierra*, lo que se estremecía. El Toreador parecía cada vez más grande… no… no más grande sino *más alto*. Estaba elevándose en el aire, sobre un pedestal de piedra que había brotado bajo sus pies, unos metros por encima del prado. El nervio del ojo se agitó como una sanguijuela frenética al hundirse en la piedra. Se volvió rojizo y oscuro, hinchándose hasta que Ramona pensó que reventaría.

Acecha-en-los-Bosques debía de haber visto el nuevo monolito, pero aquello no pareció detener su carga ni cambiar sus intenciones asesinas. El Toreador volvió el ojo hacia el grupo de Gangrel más cercano. Al instante, una lanza de piedra brotó del suelo, y el mismo impulso de Acecha-en-los-Bosques le hizo caer sobre su punta. Ramona dio un respingo, recordando a Jen, cuando la piedra elevó a Acecha-en-los-Bosques del suelo. El Gangrel se sacudió espasmódicamente mientras su sangre corría a lo largo de la lanza de piedra.

Sus compañeros dejaron atrás el cadáver, y dos de ellos sufrieron el mismo destino a los pocos pasos.

A cada golpe, Ramona se tambaleaba como si lo hubiera recibido ella, y aunque Acecha-en-los-Bosques había dejado de moverse, tuvo una efímera visión del

monstruoso vampiro elevando su rostro hacia el cielo y lanzando un aullido de desafío: *¡Soy Acecha-en-los-Bosques, y muero por mi clan esta noche!*

De igual forma, Ramona vio en los otros dos Gangrel que habían compartido el final de Acecha-en-los-Bosques algo que hubiese quedado oculto a su visión normal.

¡Soy Ronja, y muero por mi clan esta noche!

¡Soy Peera Entrega Regalos, y muero por mi clan esta noche!

Los otros tres Gangrel que habían atacado con Acecha-en-los-Bosques se detuvieron cuando una pared de roca brotó en medio de su camino. La primera de ellos, una mujer notablemente musculosa, se lanzó contra el muro y empezó a trepar por él. Los otros dos no había reaccionado aún cuando la tierra cedió bajo sus pies. Al mismo tiempo, el muro y la mujer que trepaba por él cayeron en el pozo recién formado. Los gritos del trío fueron aplastados a los pocos segundos, pero sus mudos gritos finales resonaron en los oídos de Ramona.

¡Soy Luisa… soy Crenshaw… soy Bernard Pie Ligero… y muero por mi clan esta noche!

Los pasos de Ramona se hicieron más lentos para adaptarse al ritmo de la letanía.

Casi al unísono, cerca de una docena de megalitos de piedra, irregulares columnas en ángulos al azar, se alzaron del suelo al otro lado del Toreador. Edmondson y su grupo, moviéndose con más cautela que sus infortunados compañeros de clan, lograron sortear los pilares. Mutabo fue el más cuidadoso, dando un amplio rodeo mientras se mantenía atento a las espinas de piedra que intentaban atravesarle y los megalitos que caían para aplastarle bajo su peso.

El Toreador volvió su ojo hacia ellos. Su rostro no mostraba animosidad, sino una expresión casi profesional. Ramona creyó ver también locura en su ojo normal. ¿Cómo podía aquella abominación *no* haber sucumbido a la demencia?

Ramona, extrañamente apartada de la escena, estaba atónita ante los vividos matices del sacrificio de sus compañeros: sangre carmesí corriendo por las picas de piedra, los pálidos tonos de la carne de los vampiros que habían perdido su no vida, la enfermiza piel gris del Toreador, con la esfera venosa en alto, envuelta en aquel icor gelatinoso y el rojizo nervio pulsante. Supo en aquel instante que nadie más veía lo que estaba viendo ella, que nadie más podía verlo. Para ellos, el cielo nocturno y las estrellas eran como habían sido siempre. Las estrellas imposiblemente brillantes, como la misma luz del día, eran sólo para Ramona, para la visión fantasma que le había dado Pluma Negra.

Se dio cuenta de que no era lo único que los demás no veían. Vio la brillante luz

de las estrellas reflejadas en el ojo del Toreador, en el nervio que conectaba la esfera a la piedra. Mientras seguía mirando, los megalitos mismos, un gigantesco jardín de piedra, se pusieron a brillar desde el interior. Sus terrosos tonos grises, blancos y pardos empezaron a convertirse en un feroz rojo, y su número aumentó.

Los demás Gangrel no veían, no podía ver, el cambio en las piedras, no vieron que los megalitos se volvían opacos, que en su interior se agitaba un fluido rojo y anaranjado, la materia de la tierra misma. Edmondson, Mutabo y los demás seguían acercándose al Toreador. Observaban los megalitos con cautela, pero sin darse cuenta del cambio.

Ramona intentó llamarlos, pero la batalla era como un sueño desplegándose ante ella. Veía más claramente que sus compañeros, pero no podía detenerlos.

La primera explosión hizo que cayera al suelo. Su ensordecedora fuerza hizo estremecerse todo el prado. El fiero magma expulsado por el megalito voló por el aire.

A los pocos segundos, otro megalito entró en erupción, y un tercero, y un cuarto. El material volcánico borró la cabeza y el brazo izquierdo de Mutabo. Otra Gangrel a su lado miraba con estupefacción el espacio que hasta un momento antes había ocupado la mitad inferior de su cuerpo.

¡Soy Mutabo, y muero por mi clan esta noche!
¡Soy Lisa Espalda Fuerte…!
¡Soy…!

Los megalitos resplandecían y explotaban por todas partes. Ramona podía ver cómo se agitaba el fuego dentro de cada uno, como hervía la roca antes de salir despedida hacia el cielo en una franja incandescente. Los Gangrel morían a su alrededor. Sus cuerpos abrasados y mutilados volaban por los aires y caían para no levantarse más, pero los caídos aullaban en silencio, prolongando la letanía de los muertos.

¡Soy Aileen, chiquilla de Brock…!
¡Soy…!
¡Soy…!
¡Soy Brant Edmondson, y muero por mi clan esta noche!

Sus gritos eran de desafío. Ni siquiera en la Muerte Final flaqueaban ante el enemigo.

Cara de Rata y los que habían empezado a correr desde la ladera de la colina estaban ya más cerca del Toreador. Renée Relámpago se había adelantado a los demás, y cientos de gotas de magma se estrellaron contra ella, devorando su carne. Otro megalito hizo erupción, escupiendo lava en espléndidos arcos. Snodgrass desapareció

bajo uno de ellos.

Ramona tropezó. No podía mantener el ritmo. Su pelo se agitaba por el calor. Cada paso era un esfuerzo de voluntad ante todo lo que estaba viendo… *ante todo lo que no debería ver*. La visión fantasma revelaba demasiado; igualmente podía haberla dejado ciega. La liberaba y al mismo tiempo la tenía aprisionada. Ramona podía ver su destino acercándose a los Gangrel, pero era incapaz de manejar la realidad lo bastante bien como para salvarlos.

¡Soy Renée Relámpago…!

¡Soy Snodgrass…!

Ramona se dejó caer de rodillas. Estaba tan cansada… Saber que había fallado a sus compañeros de clan disipó sus fuerzas. Había tenido los medios para salvarlos, quizá para llevarlos hasta la victoria, pero no podía usar aquella visión fantasma. Sabía que hubiese tenido que ser capaz de hacer algo. *Maldito Pluma Negra,* pensó, con más resignación que furia, mientras se sentaba meditabunda a la espera de la lluvia de roca fundida que pondría fin a su dolorosa vida más allá de la muerte.

Un espeso humo cubría el prado, pero Ramona pudo ver al Toreador en lo alto de su pequeño montículo de piedra, con su ojo y su obsceno nervio palpitante. Parecía animado por la destrucción de los Gangrel, y también estar orquestando la carnicería mediante aquel ojo repulsivo. Lo sostenía en la mano, y cada vez que lo enfocaba en una dirección u otra, un megalito aniquilaba a otro Gangrel, o se abría un pozo bajo los pies de otro compañero de Ramona.

¡Soy Jacob Una Oreja…!

¡Soy Nadia…!

Pero el monstruo del ojo no lo veía todo. No había visto a Xaviar saltando desde la colina sobre la entrada de la cueva. Aquel cuerpo vestido de cuero fue como un meteoro de esperanza para Ramona; su pelo rojo flotaba tras él como la ardiente cola de un cometa. Ramona tuvo una súbita premonición de victoria: vio al Toreador cayendo bajo Xaviar, el grotesco ojo tirado al suelo de piedra y aplastado en una explosión de asqueroso pus y materia carnosa.

Pero aquella breve visión se debía a la esperanza, no a la visión fantasma, y la realidad no la siguió.

Xaviar llegó a golpear al Toreador desde atrás, pero el otro se mantuvo firme, como si se hubiese convertido en una extensión de la roca bajo sus pies. Xaviar, esperando que su objetivo cediese bajo él, cayó sobre la piedra.

¡Cae sobre el nervio! rogó Ramona. *¡Quítale el ojo de la mano!*

Pero entonces una explosión sacudió el suelo bajo los pies de Ramona. Un momento estaba presenciando el duelo entre Xaviar y el Toreador, y al siguiente sólo pudo ver un borrón de movimiento y relucientes chorros de magma. Todo se volvió negro.

Estrellas lejanas.

Lo siguiente que supo Ramona fue que estaba mirando el cielo nocturno. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba tendida de espaldas. Había sido derribada por la explosión. Casi aliviada por su desvanecimiento, se movió para ver qué parte de su cuerpo habría sido arrancada o consumida por la lava. Para su sorpresa, estaba bastante intacta. No había sido golpeada por roca fundida, sino por Cara de Rata. El pequeño Gangrel la miraba sin expresión. El humo se elevaba de los bordes del agujero de su pecho, y la sangre y los tejidos aún siseaban por el calor.

¡Soy Cara de Rata, y muero por mi clan esta noche!

Ramona se zafó del cadáver y lo bajó con suavidad hasta el suelo. Más que cualquiera de los demás Gangrel, Cara de Rata había intentado ser un amigo para ella, aunque ya no podía hacer nada por él. Esperaba reunirse con él en la Muerte Final en cualquier momento. Oír su nombre en la letanía sorprendió a Ramona. Había relacionado la letanía con la visión fantasma, pero aunque el cántico se prolongaba la visión había desaparecido. El cielo nocturno era de nuevo el cielo nocturno, las estrellas ardía como era debido, y la luna, brillante pero normal, estaba baja en el horizonte. La visión fantasma se había disipado.

Ramona no estaba segura de cuánto tiempo había pasado inconsciente. Miró hacia el montículo de piedra sobre el que luchaban Xaviar y el Toreador, y cualquier vestigio de esperanza que pudiese haberle quedado se marchitó entonces en su interior. Xaviar seguía aún en pie, pero en un ángulo muy extraño… por una razón obvia. Estaba atravesado por púas de piedra brotadas de la superficie del montículo. Una salía por su rodilla derecha. Otra le había atrapado por los bíceps. Su brazo izquierdo se alzaba inútil en el aire. Un pie apenas tocaba el montículo. El Gangrel no podía moverse, mientras su adversario, a apenas unos metros, se acercaba a él.

Ramona volvió a echarse al suelo chamuscado. La alta hierba que cubría el prado había ardido casi por completo. Los pocos Gangrel que quedaban en pie habían roto filas —aunque la batalla entera no podía haber durado más que unos minutos— y estaban corriendo, pero los megalitos seguían escupiendo su lava mortal. Una nueva explosión hizo que todo el prado temblase. Joshua el Sabueso perdió el equilibrio, cayendo en uno de los charcos de roca fundida que había por todas partes.

¡Soy Joshua…!

Pero Ramona pudo oír otra voz por encima de la letanía: *Levanta, Ramona. Sigue adelante*.

Se quedó tendida de espaldas: no quería nada más que mirar a las estrellas hasta que la lava la cubriese, pero la voz se negaba a dejarla sola. Era suave, insistente. *Tienes que levantarte, Ramona. Levanta. Sigue adelante*.

Alzó la cabeza y vio una borrosa figura de pie a su lado, muy cerca de ella, entre el humo y la niebla. Tenía los ojos llorosos, pero creyó ver a…

—¿Jen?

Ramona se apoyó sobre los codos. El humo se hacía más espeso, manteniéndose cerca del suelo. Había una figura ante ella, pero no era Jen.

¿Tumbada tan ricamente cuando cierto hijo de puta con el ojo saltón necesita que le partan el culo?

Darnell, pensó Ramona. Estaba allí cuando era imposible, con su cuerpo, como había estado Jen. Estaban ocupando su lugar en la letanía de los muertos.

Empezó a ponerse en pie.

—No recuerdo que *tú* le partieses el culo —musitó a Darnell, pero él ya no estaba allí.

No te rindas, Ramona.

Se quedó paralizada mientras se estaba levantando. Alargó una mano hasta el suelo para mantener el equilibrio. Algo se agitaba en su interior, una parte de ella que quería responder a la voz, responder a Zhavon.

No te rindas.

La chica estaba ante Ramona, hermosa, intacta. Habló de nuevo, y su voz fue menos amable, prácticamente una reprimenda: *No te rindas*.

Ella sonrió y se puso en pie del todo, sólo para encontrarse sola junto al cuerpo humeante de Cara de Rata. Sintió los aguijonazos de la pérdida, pero había recuperado la compostura y la situación no dejaba tiempo para lamentos.

Los megalitos habían dejado de elevarse por fin, así que las explosiones eran menos numerosas y más predecibles, pero el prado estaba convirtiéndose rápidamente en un lago de lava, a medida que el magma iba subiendo de nivel. La roca fundida no tardaría en cubrir todo el espacio entre las colinas. Aún quedaban muchas pequeñas islas, como la pequeña elevación sobre la que se encontraba Ramona con el cuerpo de Cara de Rata, pero a medida que el lago rojo ascendía, iban haciéndose cada vez más

escasas.

En lo alto del montículo, el Toreador se mantuvo más allá del alcance de la mano de Xaviar, ya que las garras aún podían ser fatales. De pronto, para el asombro de Ramona, la criatura olvidó su cautela y se acercó más. Sólo entonces se dio cuenta Ramona de que el Toreador ya no tenía el ojo en la mano, sino de vuelta en su cuenca, más o menos. Se preguntó por un segundo si su enemigo se habría sacado el ojo de verdad… o si se trataba de un truco de su visión fantasma. Pero no había tiempo para pensar en ello. El Toreador se acercó un poco más a Xaviar.

—¡Mátale! —gritó Ramona al Gangrel, sorprendida por el sonido de su propia voz atravesando el denso humo y resonando en las piedras—. ¡Mátale!

Xaviar estaba lo bastante cerca, pero no podía desafiar la voluntad del ojo más de lo que había podido Emil, o ella misma. El Toreador agarró el brazo atrapado de Xaviar y empezó a hacer presión. El miembro se torció y siguió torciéndose… no por el codo o la muñeca o el hombro como hubiese debido hacer, sino por la mitad del antebrazo. El Toreador apretó despacio y con firmeza, encontrando cada vez menos resistencia. El brazo se dobló como un limpiapipas.

Xaviar hizo una mueca de dolor, apretando los dientes hasta que le brotó sangre de la boca, pero no gritó.

Habiendo recuperado su propia voz, Ramona sintió que por fin volvía la voluntad a su cuerpo, pero estaba separada de Xaviar y el Toreador por un foso de lava demasiado ancho para que ella lo saltase. Pateó el suelo, avanzando hasta el borde del río de lava, pero no había forma de cruzar.

El humo y el vapor eran tan espesos que sólo podía distinguir vagamente las figuras del montículo… pero si no podía ayudar a Xaviar, quizá fuese mejor no verlo. El Toreador mataría a su enemigo —fundiéndole el cráneo, o arrancándole los miembros del cuerpo—, o quizá se limitase a jugar con él, como un gato con un pájaro herido.

Y si la lava no la reclamaba, el fin de la propia Ramona sería el mismo. Detrás de ella, otra Gangrel herida, una mujer de piel oscura, se arrastraba hacia el borde del prado, pero todas las vías de escape estaban bloqueadas por aquel infierno líquido. El aire caliente jugaba con el humo. Los megalitos, ya inactivos, parecían lápidas gigantescas.

Ramona se volvió hacia el montículo, preparada para hacer frente a su fin.

El Toreador rodeó el cuello de Xaviar con sus dedos, Ramona esperó que la carne

de Xaviar se deshiciese, que su cabeza se inclinase en un ángulo imposible. Pero en lugar de ello, el Toreador *levantó* a Xaviar… con tanta fuerza que el cuerpo del Gangrel se soltó de las púas que lo aprisionaban. El chirrido del hueso al rascar la piedra envió escalofríos por la columna de Ramona.

El Toreador sostuvo a Xaviar por el cuello. El líder Gangrel había perdido las ganas de luchar, o quizá siguiera hipnotizado por el ojo. Colgaba impotente de la mano del Toreador.

Ramona esperó el golpe de gracia, pero de pronto el Toreador arrojó a Xaviar como si fuese una muñeca de trapo. El cuerpo del Gangrel parecía no pesar cuando voló por encima de la lava; nunca hubiese debido llegar tan lejos —Ramona no podía imaginar la fuerza del lanzamiento— pero por fin Xaviar se estrelló contra la tierra, no muy lejos de ella. Ramona corrió a su lado y él la miró, confuso. Bajó la mirada hasta su brazo y su pierna heridos, y después volvió a dirigirla a Ramona, como preguntándole de qué forma había acabado así.

Ramona se volvió hacia el Toreador, lista para gritar su desafío —*¡Soy Ramona, y muero por mi clan esta noche!*— pero justo entonces se despejó el humo. No todo, pero sí lo suficiente como para que Ramona pudiese ver claramente al Toreador… y él a ella. El fluido viscoso goteaba de su ojo corriéndole por la cara. El grito final se quedó atascado en la garganta de Ramona cuando el ojo tomó posesión de su voluntad. Tanner no estaba para salvarla. No había nadie. Sólo el ojo, y estaba obligándola… a *correr*.

Ramona se dio la vuelta y empezó a correr, cayendo al instante sobre Xaviar. Casi sin perder un paso, se lo cargó a la espalda y siguió su carrera.

Había fallado a sus compañeros de clan, había huido de la muerte, pero era incapaz de hacer que sus piernas dejasen de alejarla del ojo. La alejaba, desdeñándola como oponente de valía, y ella no pensaba discutirlo. Sin aflojar el paso, echó una temerosa mirada por encima del hombro. El ojo se había apartado de ella, pues el Toreador contemplaba su victoria.

Entonces el humo volvió a espesarse, y lo único visible fue una vaga silueta en el montículo… y el resplandor del ojo.

Ramona alcanzó a la mujer que había visto arrastrándose antes. No había salida: la roca fundida y burbujeante bloqueaba todas las vías de escape. Pero mientras Ramona avanzaba un poco más, la mujer, que tenía la mayor parte del cuerpo cubierta de quemaduras, se arrojó a la lava. Ramona se paró al verlo.

Suicidio, pensó… no era una idea muy descabellada a aquellas alturas.

Pero entonces vio el arco del salto de la Gangrel y la pequeña isla entre el magma sobre la que aterrizaría… lo bastante cerca del borde del prado como para alcanzar la libertad con un segundo salto.

No obstante, cuando la Gangrel aterrizó, sus pies y piernas atravesaron el suelo, revelando que la «isla» no era más que una costra de tierra y hierbas que había sido elevada en vez de consumida por la lava.

La mujer estaba demasiado sorprendida para gritar, pero el dolor era patente en su expresión cuando se hundió en lava hasta las rodillas. La supuesta isla desapareció bajo su peso.

Ramona sólo podía pensar en la carne y los huesos de la mujer fundiéndose de abajo arriba. Los muslos acabaron de hundirse. Xaviar gimió, con la boca a unos centímetros de la oreja de Ramona. No habría escapatoria para ninguno de ellos.

Pero la mujer silenciosa captó la mirada de Ramona, y una tácita comprensión pasó de una a la otra. Sin vacilar —si lo pensaba, flaquearía— Ramona saltó.

El humo de la lava la quemó al pasar. Si se había equivocado aunque sólo fuese por unos centímetros o compensado mal el peso de Xaviar, todo terminaría rápidamente. Ramona parecía estar suspendida en el aire, moverse más despacio de lo que permitían las leyes de la física.

Cayó sobre los hombros de la otra Gangrel. El impacto hizo que la mujer se hundiese hasta el pecho. Ramona se detuvo sólo una fracción de segundo para recuperar el equilibrio, y saltó de nuevo.

Voló por encima del magma, y cuando ella y Xaviar aterrizaron, lo hicieron sobre la tierra sólida allí donde el prado empezaba a elevarse… no muy lejos de donde había estado agazapada con Cara de Rata y los otros, lo que parecía mucho tiempo atrás.

Volvió la mirada una última vez, pero la mujer había desaparecido bajo la lava, hundida del todo por el segundo salto de Ramona.

¡Soy Maria Evernorth, y muero por mi clan esta noche!

Se acomodó el peso de Xaviar y empezó a correr colina abajo.

Lunes, 26 de julio de 1999, 3:51 am
Estado de Nueva York

Ni siquiera después de haber cruzado el risco más cercano y dejado atrás los gemidos de los moribundos y el olor del humo y la carne chamuscada, pudo alejar Ramona de su mente las imágenes de la matanza de aquella noche. No importaba cuánto corriese, no podría huir de los cuerpos quemados y mutilados. El peso de Xaviar aumentaba a cada paso. Avanzó a trompicones por el bosque como si estuviese ciega. La oscuridad la rodeaba espesa y pesada. Su visión nocturna parecía haberse desvanecido como había hecho antes la fantasma. No llegaba ninguna luz desde lo alto a través de la espesura, y Ramona imaginó que cada árbol, cada oscura silueta, era un megalito preñado de fuego infernal que había brotado en la superficie. Cada sonido era el Toreador tras su pista. Pero si el ojo estuviese cerca proyectaría su enfermiza luz. La fatiga y la oscuridad la envolvieron. Su marcha se aflojó hasta convertirse en un trote cansino, y después en un paso tambaleante. El Toreador podía quedarse con ella si la alcanzaba, decidió. Estaba agotada en espíritu además de físicamente. Había sobrevivido a la carnicería… pero incluso aquel bienestar relativo era fuente de tormento. Demostraba que había fallado a sus compañeros de clan, ¿pues cómo si no habían muerto mientras ella sobrevivía? Primero Eddie, después Jen, Darnell, y ahora… ¿cuántos otros? Incluso Xaviar estaba malherido. Ramona sólo tenía una vaga idea de cuántos Gangrel se habían reunido, y de cuántos habían muerto. No recordaba haber visto escapar a nadie más, pero el prado había estado tan lleno de humo y fuego y muerte…

Siguió adelante sin un propósito concreto, sin más objetivo que no chocar contra el siguiente árbol. Tras haberse dirigido al este desde el risco, debía de haber girado hacia el norte en algún momento, pues sus pasos no tardaron en llevarla hasta un

lugar conocido.

Ramona no estaba segura de cuántos minutos había pasado mirando Table Rock antes de que su mente registrase dónde estaba. Dejó a Xaviar sobre la piedra, razonablemente fresca tras el infierno que acababan de abandonar. Xaviar se quedó allí, aturdido y golpeado, moviéndose sólo para cubrirse el rostro. Tenía la piel llena de quemaduras, pero lo más revelador era el brazo izquierdo, que colgaba flojamente a un lado. Parte del daño infligido por la púa de piedra había empezado a sanar, aunque Ramona se preguntó si el poder de la sangre lograría curar del todo aquella herida. Por debajo del codo, el antebrazo de Xaviar giraba en varios ángulos imposibles, no roto y astillado, sino *remodelado*… torcido en una y otra dirección hasta recordar a una S mayúscula.

Ramona ignoraba si habría escapado algún otro Gangrel. Pensaba que todos los que ella conocía habían muerto. Pero era posible que algún otro se las hubiese arreglado para huir. Supuso que en tal caso volverían allí. No habían habido instrucciones al respectó, ni sobre nada que ella pudiese recordar. Los Gangrel parecían actuar más por instinto que de acuerdo con las órdenes, y volver a Table Rock parecía lo más natural.

¿Por eso estoy yo aquí? se preguntó. *¿Por instinto?* No había pretendido ir allí. No había pretendido ir a ninguna parte.

Luchado contra los latidos de sus sienes, se acercó a la tumba más allá de Table Rock. Se quedó ante el lugar de reposo final de Zhavon esperando sentir el dolor de la pérdida. Pero no pudo. Todo lo que veía era un montón de tierra removida. Intentó visualizar el rostro de Zhavon tal y como lo había visto antes, recordar la sensación de tener a la chica entre sus brazos, pero sólo pudo ver un malévolo ojo palpitante. Sólo pudo sentir el hueco en su mejilla allí donde el ácido había quemado su carne.

Ramona había visto muerta a Zhavon. Al menos, la visión fantasma había conseguido aquello. ¿Pero significaba que estaba libre del dolor de su pérdida, o que le habían robado tal dolor? Los sentimientos que hubiesen debido estar allí iban haciéndose más ajenos y débiles. *Zhavon*. Podía pronunciar aquel nombre, pero no salir de aquel foso de embotada indiferencia. Ramona pateó la tierra con su pie deforme. ¿Qué era la muerte de una chica mortal comparada con los horrores que había visto aquella noche, con el horror en que se había convertido su existencia?

La palpitación en sus sienes se hizo más fuerte, convirtiéndose en una especie de rítmico tamborileo, no muy distinto de lo que había sido en el pasado el latido de su

corazón. Se llevó las manos a la cabeza, pero los latidos continuaron, haciéndose más fuertes. Los martillos golpearon su cráneo hasta que ya no pudo seguir soportándolo. Entonces el orden emergió del alboroto y Ramona reconoció la letanía que pedía ser liberada.

—Soy Eddie —dijo débilmente—, y muero por mi clan esta noche.

»Soy Jen, y muero por mi clan esta noche.

Desde algún lugar a kilómetros tras ella, Xaviar gimió, pero su voz se hizo más fuerte.

»¡Soy Darnell, y muero por mi clan esta noche!

»¡Soy ACECHA-EN-LOS-BOSQUES, y muero por mi clan esta noche!

Xaviar se quejó de nuevo, gruñendo. Ramona se dio la vuelta y vio la ira en su rostro, pero no guardó silencio.

»¡Soy Ronja… soy Peera Entrega Regalos… soy Louisa, y muero por mi clan esta noche!

—*¡Silencio!* —ordenó Xaviar por entre los dientes apretados por el dolor. Se arrastró con el brazo sano a través de la roca—. Para, maldita seas.

—¡Soy Bernard Pie Ligero… soy Crenshaw, y muero por mi clan esta noche!

Ramona vio el dolor y la furia de Xaviar. Cada nombre le golpeaba como una acusación de fracaso. *¡Débil y patético Toreador, los cojones!* estaba oyendo. No podía hacer frente a la destrucción de su gente, todavía no. Ramona se detuvo, pero la letanía seguía reclamando ser liberada. ¿No podía sentirlo Xaviar mucho mayor y más poderoso que ella? Seguramente Pluma Negra lo hubiese entendido.

Xaviar se fue acercando poco a poco, gruñendo a cada centímetro.

—Te enseñaré a desobedecerme, condenada novata…

Ramona se puso rígida, apartándose del antiguo, y su voz sonó más fuerte que nunca.

—¡Soy Mutabo… soy Lisa Espalda Fuerte, y muero por mi clan esta noche!

Recitó nombre tras nombre, liberando los espíritus en la noche uno tras otro.

»¡Soy Brant Edmondson, y muero por mi clan esta noche!

Xaviar la perseguía, con intenciones obvias. Pero no podía alcanzarla.

»¡Soy Cara de Rata, y muero por mi clan esta noche!

Por fin, Xaviar se vino abajo. Su furia se desvaneció, habiendo agotado sus fuerzas.

Ramona alzó su voz a los cielos, desafiando al orgullo de su antiguo, desafiando al

terrible ojo, dondequiera que estuviese en aquel momento.

—¡Soy Maria Evernorth, y muero por mi clan esta noche!

Tras aquella declaración final, cayó de rodillas, a menos de un metro de Xaviar. El antiguo permanecía inmóvil, como si tuviese una estaca clavada, pero su mirada abrasó a Ramona.

—Márchate —dijo, alzando el rostro. Parecía mucho más viejo y curtido que antes.

Ramona le contempló allí tendido, derrotado. Sintió compasión por él… y odio. Tenía la misma arrogancia que Tanner… aquella seguridad en sí mismo que creía que le daba derecho a imponerse a todos los demás, a tomar las decisiones por ellos. Tanner había llevado a Ramona a aquel horrible mundo de tinieblas, pero Xaviar hubiese podido hacerlo igualmente.

¿Y qué ha sido de Tanner? se encontró pensando. Su nombre no había formado parte de la letanía. Ramona no le había visto muerto a su lado.

—¡Largo de aquí! —gritó Xaviar, interrumpiendo sus pensamientos—. Traeré a los siete clanes para combatir a esa bestia. Ya no eres necesaria. ¡Márchate!

Ramona podía sentir el vitriolo en sus palabras. Ella era un recordatorio de su fracaso, de su terrible derrota, y Xaviar no la quería con él. Dudaba que pudiese atraparla, no en aquel estado. Pero aquel estado no duraría siempre.

Se encontró corriendo de nuevo, su fatiga anulada por el odio, su cuerpo alimentado por el miedo. No huyó de Xaviar, aunque supuso que hacerlo era una muestra de prudencia. Ni siquiera huyó del ojo palpitante. Huyó del vacío que había echado raíces en ella, que amenazaba con aniquilar todo lo que había sido, y temió que nunca conseguiría dejarlo atrás.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

Notas

[1] Las entradillas aparecen en negrita cuando la historia avanza normalmente; y en cursiva cuando se hace algún retroceso temporal para narrar otros sucesos anteriores (o revisar los mismos desde otra perspectiva). (N. del E. D.) <<

[2] Si la imagen que continúa a este texto no es legible, dice lo siguiente:

COPIA DE ARCHIVO
5 de julio de 1999
Ref: Ojo de Hazimel
Atlanta — confirmado mensajero de Hesha entre las bajas de la incursión; informa Rolph — no hay señales del Ojo en la ciudad. ¿Caído en poder del Sabbat? No, de acuerdo con la información vía el asesino/ghoul mascota de Vykos.

*~ ¿Dónde **ESTÁ** el maldito Ojo?*

~ «incursión» ¡UN CUERNO! : Atlanta, Savannah, Columbia, Charleston, Raleigh, Wilmington, Norfolk, Richmon, DC…

Nota: actualizar archivo:
Pierterzoon, Jan, se espera llegada a Baltimore esta noche

La imagen no es la original que venía en el libro en papel, ha sido realizada a semejanza a partir de ésta (N. del E. D.) <<